LEON URIS

CONSPIRACIÓN EN ATENAS



Leon Uris sitúa la trepidante acción de esta obra en la Grecia de 1941. En el momento en que los invasores alemanes se disponen a arrojar al mar a las tropas del Imperio Británico, Mike Morrison, un americano recién llegado a Grecia, se encuentra súbitamente envuelto en una red de intriga y de aventura, con visos de pesadilla, en la que pasa sin transición de las más espeluznantes situaciones a los brazos de dos bellas griegas, para volver a asomarse inmediatamente al mortal abismo de horror y peligro que se abre a sus pies. La tensión emotiva que, con habilidad consumada, sabe provocar en el ánimo del lector Leon Uris, crece desde la primera página hasta la última de esta narración, que sirvió de argumento a una extraordinaria y recordada película.

Lectulandia

Leon Uris

Conspiración en Atenas

ePub r1.1
Mangeloso 29.03.14

Título original: *The angry hills*
Leon Uris, 1955
Traducción: José Vidal Cadellans
Retoque de portada: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso
Corrección de erratas: jascnet
ePub base r1.0

Hace bastantes años tuve la suerte de entrar en posesión de un Diario que puede calificarse de fuera de lo corriente. Este Diario había pertenecido a mi tío, Aron Yerushalmi, de Tel Aviv, en Israel.

Mr. Yerushalmi perteneció a la Brigada Voluntaria que los palestinos mandaron durante la Segunda Guerra Mundial a apuntalar la Fuerza Expedicionaria Británica que luchó en Grecia contra los alemanes, antes de que los Estados Unidos entraran en guerra. Sus extraordinarias aventuras se desarrollaron, a través de varias capturas con sus correspondientes fugas, a todo lo largo y ancho de la agitada geografía griega.

Aunque los personajes de este libro son ficticios, me veo obligado a reconocer que tanto el ambiente como la sucesión cronológica de lo que podríamos llamar historia, se apoyan lo máximo posible sobre el citado Diario. Así, pues, gracias a él ha sido posible escribir esta novela.

A mi tío Harry y a mi padre

Primera parte

Capítulo Primero

Solamente cinco días antes, el «Hotel Kifissia» estaba prácticamente desierto. En cambio, en aquellos momentos, rebosaba de soldados procedentes de todos los rincones del Imperio Británico. En el vestíbulo, una muchedumbre vestida con uniforme caqui producía un confuso murmullo formado por fragmentos de diversos idiomas, de la multitud de matices con que el idioma inglés era hablado en los distantes países que identificaban los distintivos de cada uniforme. Junto al inglés de las Islas, el de Nueva Zelanda, Australia, el Oriente Medio, Chipre o Palestina. Del bar, que se hallaba a la derecha del vestíbulo, llegaba un continuo tintineo de vasos, subrayado por el ruido metálico de la caja registradora.

Cerca de la ventana, un individuo con ropas de paisano estaba hundido en una butaca confortablemente tapizada, sin hacer el mínimo caso de la agitación y el ruido que le rodeaban. Apoyaba los pies en el alféizar de la ventana, tenía el sombrero caído sobre los ojos y una pipa apagada colgaba de sus labios. Vestía un traje *tweed*, caro, pero discreto, que daba la impresión de encajar completamente con el ambiente circundante, y se completaba con una corbata de género sólido y pesado, atornillada a su cuello. Ni dormía ni estaba despierto, sino en un estado intermedio; podía considerarse perfectamente como un ejemplo de aburrimiento.

Posiblemente, de haberse hallado allí algún ávido lector de novelas de segunda clase o alguien que hubiera estado suficientemente familiarizado con los ambientes literarios, le hubiera reconocido, ya que se trataba de Michael Morrison, americano, uno de estos escritores que llenan cuartillas con el exclusivo fin de ganar a cambio el pan y la mantequilla y que se hallan en el catálogo de casi todos los editores. Un escritor con un pequeño, pero fiel puñado de seguidores, que aumentaba lentamente a cada nueva obra publicada. Los ingresos que le habían producido sus cuatro libros, eran incrementados por diversas colaboraciones en varias revistas, con lo que pacientemente había logrado alcanzar un confortable promedio de quince mil dólares anuales. Desde luego, las cosas no le habían ido siempre tan felizmente. La subida de Morrison era la historia típica del escritor, con numerosos y largos años de lucha, fracasos, desengaños y el resto de temores y frustraciones que adornan la supuestamente encantadora profesión de escritor.

Un coro de improvisados cantores que llegaba desde el bar, obligó a Morrison a despertar del todo. Gruñó, se echó atrás el sombrero y dio una ojeada al reloj. Faltaba aún algún tiempo para la cita que tenía concertada. Apartó los pies de la ventana, se levantó y concentró toda su atención en el incómodo problema de encender de nuevo la pipa, sin preocuparse aún de la algarabía que armaban los soldados. A los treinta y cinco años, mostraba todavía las huellas de sus años de atleta juvenil, muy claras en un ágil esqueleto de un metro ochenta centímetros de alto que cargaba con

indiscutible facilidad con su peso de noventa kilos. A pesar de que conservaba algo de infantil en su expresión, esto no borraba ciertos rasgos que indicaban dureza y cinismo. En resumen, Michael Morrison guardaba una semejanza muy notable con la concepción que el gran público acostumbra a tener lo que «debe» ser un escritor.

Se abrió paso a través de la multitud, hasta llegar a la puerta. Salió a la calle y permaneció unos momentos en la acera, esperando un taxi. Decidió caminar hasta una plaza cercana donde había una parada de taxis. A última hora, debido al aluvión de tropas británicas, tuvo que alojarse en un hotel un poco apartado, ya que todos los hoteles del centro habían sido requisados para uso de los recién llegados.

Mientras iba andando, la tristeza se reflejaba en sus ojos. El viaje a Grecia había contribuido a reavivar en él una serie de recuerdos que tenían mucho de punzante y desagradable. Con frecuencia él y su mujer habían planeado minuciosamente el viaje. Habían hablado de él durante años y hubiera sido la luna de miel que a su debido tiempo no pudieron tener. El tío de Ellie, comerciante griego dedicado a la importación y exportación, les había dejado un legado de unos nueve mil dólares, pero cada año surgía algún imprevisto que les impedía llevar a cabo su dorado proyecto; además del continuo temor de verse obligado a tener que gastar el dinero para las menudas y urgentes necesidades diarias, en vez de realizar el soñado viaje, al que, después de todo, estaba destinado el dinero.

Cuando por fin Michael consiguió llegar a poseer una respetable cuenta en el Banco, a costa de llenar cientos y cientos de cuartillas, los planes para el viaje comenzaron a adquirir forma; pero entonces todo se desmoronó a causa de un accidente de automóvil en el puente de Golden Gate, un día de niebla: Ellie murió instantáneamente.

Fue necesario que transcurriera más de un año para que Morrison volviera a encontrarle algún sentido a la vida. Tuvo que superar primero unos meses de profundo sentimiento de culpabilidad, desesperación, soledad y horror a dormir por temor a las pesadillas. A continuación otro período de autolástima y dedicación a la bebida. Finalmente llegó la lenta resurrección, con la ayuda de sus padres y algunos amigos, pero sobre todo gracias al amor hacia sus hijos, un niño y una niña.

Seguramente hubiera dejado que el dinero siguiera estando en Grecia durante varios años más, ya que la idea de ir allí sin Ellie, le resultaba inconcebible. Sin embargo, era abril de 1941, todas las compuertas parecían rotas. En el Norte, la invasión había comenzado. Tanto su Banco como su agente le advirtieron que tratara de sacar de Europa el dinero que le pertenecía, ya que la situación era allí cada día más caótica y desesperada. De aquí su repentino viaje a Atenas. Morrison no hacía otra cosa que pensar en el regreso a San Francisco, ya que una luna de miel sin esposa le resultaba insoportable.

—Petraki, 17 —dijo al taxista, y el coche se puso a rodar hacia el centro de

Atenas. En aquellos tiempos casi todo el mundo tenía algún pariente en América y el chófer no constituía una excepción. En su caso particular se trataba de un hermano que residía en Cleveland. Después que Morrison le hubo asegurado que nunca había estado en Cleveland, pero que si alguna vez iba trataría de encontrar a su hermano, si es que todavía estaba allí, la conversación se deslizó hacia el tema de mayor actualidad.

Todo se apoyaba en aquellos días en la posibilidad de que la recién llegada Fuerza Expedicionaria Británica detuviera el avance alemán en las provincias septentrionales. Durante el último invierno el reducido Ejército griego había expulsado del país a los italianos; el taxista deducía en buena lógica que, si los griegos podían con los italianos, seguramente los ingleses podrían con los alemanes. Además el taxista sabía de buena fuente que América entraría pronto en la guerra.

Morrison no estaba tan seguro de esto. En primer lugar había por medio un gran Océano, y en segundo, en la primavera de 1941 la mayoría de los americanos creían que no existía motivo para meterse en aquel lío. Desde luego, Mike Morrison no tenía la menor simpatía por Hitler. Se trataba simplemente, del orden de cosas absurdas que los europeos habían estado haciendo durante siglos y siglos, desde siempre. Sencillamente, no era asunto de los americanos. Pesaba mentalmente las posibilidades que tenían los ingleses de detener el avance alemán. Los alemanes tenían la exclusiva de un especial modo de hacer la guerra llamado *blitzkrieg* que se caracterizaba por su eficacia a la hora de suprimir la resistencia enemiga. Y se descubría en el ambiente de la ciudad algo así como una corriente subterránea de nerviosas sonrisas en torno al presentimiento de que los ingleses no podrían hacer gran cosa para detener la avalancha que venía del Norte.

El taxista desvió su atención de la guerra y la política para dedicarla por completo al difícil trabajo de conducir su coche a través de la congestionada zona alrededor de la calle Kifissia y Alexandra. El tráfico consiguió ponerle mucho más nervioso que el propio Ejército alemán que avanzaba inexorablemente en el Norte.

Las tiendas estaban repletas, y como en cualquier otra ciudad cosmopolita los transeúntes circulaban por las calles con el aire vivo y maravilloso de los que tienen prisa. Sin embargo, bajo las señales exteriores de normalidad podía percibirse muy bien la tensión, la duda y el temor. Los uniformes ingleses aparecían en todas partes. Los jóvenes griegos, en cambio, no se veían en ningún sitio, puesto que todos se hallaban en el Norte o en el frente de Albania. Resultaba clarísimo para Mike que las atractivas mujeres griegas estaban dando a sus «salvadores» ingleses una cálida bienvenida, dentro de la mejor tradición. Nada era demasiado bueno para «Johnny», que había venido para combatir contra «Jerry» y arrojarle del país.

A medida que el taxi se dirigía hacia el Sur, podía oírse el distante aullido de las sirenas, que anunciaban los ataques aéreos. Los «Stukas» iban y venían a conciencia

sobre los muelles de El Pireo, donde el cuerpo expedicionario estaba desembarcando. También los campamentos ingleses de las afueras de Atenas eran duramente bombardeados. Morrison pensó que los alemanes debían de estar perfectamente informados por agentes situados en la misma Atenas y que los ingleses harían mejor en mandar despegar algunos aviones, si es que deseaban dar una muestra de lo que eran capaces de hacer.

El taxi se detuvo frente a una casa de piedra amarillenta en la calle Petraki. Morrison pagó al chófer, le dio las gracias por la interesante discusión sostenida y atravesó la calle.

El picaporte de hierro oxidado descargó un golpe que sonó como un trueno en el interior de la vieja casa de Fotis Stergiou. Inmediatamente el también viejo criado, Tassos, le introdujo en la casa del procurador. Tassos cerró la puerta y a continuación le llevó hasta el despacho de Stergiou.

El anciano le miró desde el otro lado de su enorme mesa y le dirigió una sonrisa de reconocimiento. Era un viejo bien conservado. Ostentaba su cabello gris como un penacho, llevaba una amplia bufanda sobre sus hombros y unas gafas de cristales cuadrados que se apoyaban difícilmente en el extremo de su nariz.

—¡Ajá!, mi amigo americano, siempre a la hora, como de costumbre —dijo saludando a Mike e indicándole un asiento. Luego, ordenó con su voz aguda—: Café, Tassos, por favor.

Revolvió los montones de papeles situados encima de la mesa hasta que encontró lo que buscaba. Mientras lo hacía, Mike se halló de nuevo admirando la magnífica perla negra del anillo del viejo procurador.

—Bien —dijo éste—. Todo parece estar en orden.

—¿Cuánto tiempo será necesario? —preguntó Mike.

—Siempre andan apresurados ustedes, los americanos. Llegaré a pensar que no le gusta mi país.

—Creo que es muy mala ocasión para hacer un viaje de turismo, y, por otra parte, tengo un encargo para el primero de mayo.

—Sí, sí, desde luego. Ha de ir usted a Hollywood a escribir para el cine. ¿Es algo importante?

—Nada, excepto el dinero.

—Dinero, dinero, ésta es la cuestión; y todo el mundo quiere sacar su dinero de aquí, estos días. No es que me parezca mal, no. Los del Banco me han prometido tener a punto los papeles necesarios para dentro de poco. ¿Cuándo piensa usted marchar?

—Tengo un billete de avión para Londres mañana por la mañana.

Tassos entró silenciosamente en el despacho.

—Café, esto es. Lo tomaremos en la terraza, Tassos, por favor.

Se sentaron ante las tazas de café y se ofrecieron mutuamente tabaco. Morrison estaba completamente orgulloso del que usaba, una mezcla especial fabricada por la casa «Grundel», en el barrio de la Misión, en San Francisco. Sin embargo resultaba demasiado flojo para el anciano, mientras que Morrison se atrevió tan sólo a llenar la mitad de su pipa con el tabaco que Stergiou le ofreció.

Más tarde, Stergiou le dio al americano un breve curso de arte bizantino, tomando como pretexto las piezas que adornaban su casa. Tal como Mike sospechaba, el anillo con la perla negra era un tesoro familiar y no había abandonado aquel dedo desde hacía cuarenta años.

—La muerte de su mujer debió de ser un duro golpe para usted. Su tío estaba muy orgulloso de ella; frecuentemente hablaba de sus visitas a América.

—Sí, desde luego, fue un duro golpe.

—Me hago cargo. Y los chicos, ¿qué edad tienen ahora?

Una ligera sonrisa animó los labios del orgulloso padre; necesitó poco tiempo para poner ante los ojos del griego la serie de fotos de sus hijos que siempre llevaba consigo.

Stergiou ajustó sus gafas convenientemente y declaró:

—Buenos chicos. Comprendo que quiera usted volver cuanto antes a San Francisco. Supongo que los habrá dejado en buenas manos.

—Sí, claro. Están con mis padres. Vivimos en Larkspur, cerca del puente de Golden Gate, al otro lado de la bahía. Vinieron a vivir conmigo después de la muerte de Ellie.

El anciano vació su pipa en el cenicero, hizo una reflexiva pausa y dijo luego:

—Mr. Morrison, ¿puedo pedirle un favor personal?

—Desde luego. Haré lo que pueda.

—Tengo un documento de gran importancia para uno de mis clientes. Tal como están las cosas en estos días, no me decido a confiar en el correo. ¿Podría usted llevarlo personalmente a Londres?

—Claro que sí. No faltaría más.

El anciano sacó un sobre de reducidas dimensiones del interior de uno de sus bolsillos. «No tenía aspecto de contener un documento», pensó Morrison. Stergiou lo sostuvo por algunos segundos y luego lo alargó a Mike. Llevaba escrita una dirección de Londres y el nombre de Sir Thomas Whitley.

—En otras circunstancias —se disculpó el anciano—, naturalmente, no me habría atrevido a pedirle que sirviera de correo, pero las cosas están como están y se trata de un asunto de mucha importancia para mi cliente.

Mike sonrió.

—¿No hay nada fuera de lo corriente? En todo caso iría prevenido.

—Oh, los escritores siempre sospechando cosas. Nada extraño, sólo quizás un poco fuera de lo corriente. Si toma usted el máximo de precauciones, me hará todavía doble favor. El documento posee un gran valor.

Morrison habría querido preguntar aún dos o tres cosas, pero decidió no hacerlo y deslizó el sobre en uno de los bolsillos interiores de su americana.

—Lo vigilaré día y noche, y a costa de mi vida.

—Hágalo así —repuso Stergiou, sonriendo, y Mike también sonrió.

Tassos salió a la terraza llevando un teléfono, que colocó frente a su amo. El procurador habló brevemente y dejó de nuevo el receptor en su lugar, con un gruñido.

—Lo siento, Mr. Morrison, pero los del Banco están literalmente ahogados de trabajo. Necesitarán algunas horas para que los documentos estén a su disposición.

—Espero que los tenga con tiempo para coger el avión de mañana. No puedo perderlo.

—Le prometo que me ocuparé de ello. El Banco está trabajando día y noche, ya que en estos días todo el mundo procura sacar fuera de Grecia su dinero. ¿Qué le parece si vuelve a las ocho? Para entonces es casi seguro que todo estará a punto.

—Bien, así lo haré.

—Y le pido mil perdones por la molestia.

Stergiou acompañó a Morrison a lo largo del corredor, repleto de cuadros y estatuas, y lo despidió en el vestíbulo. Tan pronto como la puerta se cerró, Stergiou regresó a su despacho. Un individuo de rostro adornado por un gran bigote y vestido con un impermeable inglés, se sentó al lado de la mesa. Stergiou llenó su pipa calmosamente.

—¿Se lo ha dado usted? —preguntó el hombre.

Stergiou repuso:

—Sí, se lo he dado, mayor Wilken.

—Va bien.

—No me gusta eso.

El mayor Howe-Wilken, del Intelligence Service británico, se levantó y fue hasta la ventana, sobre cuyo cristal apoyó las manos.

—Soutar y yo hemos estado bajo vigilancia desde el momento en que pusimos los pies en Grecia. Estoy completamente seguro de ello, y si mis suposiciones son correctas, Konrad Heilser se halla escondido en alguna parte de Atenas dirigiendo la operación. Si es así, Mr. Stergiou, nuestras vidas no valen un comino.

—Entonces, ¿por qué no ha mandado usted la lista al Ejército, para que allí se encarguen de llevarla a su destino?

—Lamento informarle que la situación en el Cuartel General es terriblemente confusa. No creo ni que el Ejército sea capaz de sacar al Rey de Grecia.

—En otras palabras, mayor Wilken, nos estamos guisando en nuestra propia salsa.

—Algo así. Los alemanes tienen una habilidad sorprendente en crearse amigos frente a su propio Ejército.

Stergiou gruñó y repiqueteó sobre la mesa con los dedos. Howe-Wilken se dirigió hacia él.

—Bueno, de todos modos no estamos tan absolutamente seguros de que nos vigilan, pero hay que tomar las máximas precauciones. Soutar está preparando un avión que nos llevará a Londres. Si todo va bien, ya lo oye, mañana estaremos tranquilamente en Londres.

—¿Y si no sale bien?

—Entonces, nuestro amigo americano, Mr. Morrison, entregará la lista en lugar de nosotros. Una precaución adicional. Afortunadamente él se halla por encima de toda sospecha.

—No me gusta jugar con fuego, mayor. Basta que los alemanes sospechen por un momento, para que no le quede ni una oportunidad. Y en cuanto a los hombres de la lista, usted sabe perfectamente lo que ocurriría con ellos.

—De todos modos —murmuró el mayor— recuerde usted, Mr. Stergiou, que jugar con fuego es mi profesión. Por lo menos, uno de los riesgos de mi profesión.

Capítulo II

Docenas de asuntos estaban por arreglar y algunas heridas estaban todavía abiertas. Konrad Heilser se repantigó en su butaca, cerró los ojos y movió rápidamente la cabeza al compás de la fuga de Bach que sonaba en el gramófono. Se acarició maquinalmente el bigote con los dedos. Howe-Wilken y su camarada escocés, Soutar, se habían burlado ya dos veces de él. Habían pasado ocho meses desde su primer encuentro en Noruega. Después de que los alemanes liberaran aquel país, los dos agentes ingleses llegaron y partieron de nuevo en submarino y dejaron a sus espaldas una red de espionaje muy bien camuflada. Media docena de veces los tuvo acorralados en Noruega, y media docena de veces se le escaparon. Sólo por la mala suerte del último segundo, no pudo impedir que escaparan de Noruega.

La última vez que se enfrentó con ellos, fue durante el último verano, en París. De nuevo el dúo Howe-Wilken y Soutar le metieron en un callejón sin salida mientras ellos escapaban tranquilamente.

El alemán maldijo suavemente al recordarlo y al pensar en el rincón del mundo al que le habían mandado, pero se prometió a sí mismo que esta vez no se le escaparían. Desde luego, había tenido mala suerte cuando Zervos, funcionario gubernamental, le había puesto al corriente del plan de Stergiou.

Heilser entró en Grecia antes de que los alemanes la invadieran, con el fin de preparar el terreno, y la ayuda de Zervos le valió de mucho. Pronto, un buen grupo de traidores, oportunistas y cobardes se unió en torno suyo, ansiosos todos ellos de que llegaran los alemanes. Heilser y sus amigos griegos llevaron a cabo su trabajo concienzudamente. Los ingleses andaban confusos, sin saber en quién confiar y en quién no. Heilser y sus amigos griegos contribuyeron a aumentar la confusión que siempre viene antes de una derrota. Pronto, aquella confusión se convertiría en un tremendo e invencible pánico.

Cuando el disco cesó de dar vueltas, Konrad Heilser se levantó y encendió un cigarrillo, el último de su paquete. Fue hasta el espejo de su tocador y quedó lleno de admiración hacia sí mismo. Pasó un cepillo sobre su ya ultracepillado cabello negro.

Se sentía satisfecho de sí mismo, ya que su trabajo había sido realizado a conciencia. Con meticulosa paciencia y método había ido enterándose de cada uno de los planes y de los propósitos de los ingleses. Les había seguido desde su llegada, no había perdido ni uno de los pasos que habían dado. Finalmente, sus dos viejos amigos, Wilken y Soutar, habían metido a Stergiou en el lío, con el agradable detalle de la lista. Magnífico. Un placer inesperado.

Heilser miró su reloj y apartó la cortina de la ventana. Daba a una sucia callejuela empedrada. Grecia no era un país que mereciera la pena conquistar. Una podrida y sucia raza en decadencia, que vivía de las glorias de dos mil años atrás. El recuerdo

de París le asaltó de nuevo. Si aquellos tragadores de *spaghetti* que eran los italianos no se hubieran empantanado en Grecia y hubieran perdido además Albania, él se hallaría aún en Francia.

Pero incluso Grecia tenía sus compensaciones. Tan pronto como las tropas alemanas liberaran Atenas, toda una *suite* en el «Hotel Grande Bretagne» estaría a su disposición. Canaris, desde luego, e incluso Von Ribbentrop se enterarían del espléndido trabajo llevado a cabo por Heilser. La lista de Stergiou significaría un ascenso, quizá la dirección de todo el Servicio Secreto de Grecia. También quedaba, y no en último lugar, las mujeres griegas. Este último pensamiento le hizo temblar de impaciencia y excitación.

Heilser observó la figura de grueso cerdo griego de Zervos, que caminaba por la callejuela pavimentada con grandes losas de piedra. Desapareció de su vista al entrar en la casa. Heilser oyó los pasos del griego, en la escalera; se acercaban gradualmente y llegaban hasta la altura del quinto piso en que vivía. Pudo oír incluso a Zervos respirando pesadamente por efecto de la ascensión, al otro lado de la liviana puerta, a la que el griego finalmente llamó.

Tan pronto como entró, Zervos se dejó caer en la butaca, tratando de recuperar la normalidad de su respiración y secando su húmeda cara. Heilser se detuvo frente a él.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó.

—Los tres están localizados. Howe-Wilken ha ido en coche a casa de Stergiou.

—¿Y Soutar, el escocés?

—Ha estado preparando un avión para escapar del aeropuerto de Tatoi esta misma noche.

Heilser cerró los ojos y apoyó sobre la frente las puntas de los dedos. Debía disimular a toda costa su ansiedad frente al griego. De ningún modo debía demostrar desconcierto ante un subordinado.

—¿Los nombres?

—Sin duda Howe-Wilken traía la lista consigo. Stergiou no ha visto a nadie más. Tassos me lo ha asegurado así.

—Bien, bien —repuso Heilser satisfecho, ya que el golpe se acercaba y esta vez no podía fallar—. ¿Y la situación militar?

—La última información indica que los ingleses no resistirán ante Atenas.

—Entonces, daremos el golpe. Disponga de Wilken y Soutar. Y quiero vivo a Stergiou.

Se volvió hacia Zervos.

—He estado esperando durante ocho meses este momento. Vigíleme estrechamente a los dos, ya que son endemoniadamente escurridizos. Me responderá con la cabeza de cualquier error.

El griego sabía que no hablaba en broma. Gruñendo se incorporó en su asiento,

secándose de nuevo la cara.

—Otra cosa me preocupa —dijo—. Un americano ha visitado a Stergiou por tres veces durante la última semana.

La faz de Heilser enrojeció y las huellas de sus dedos, hasta entonces apoyados sobre la frente, se mostraron en un color más pálido.

—¿Un americano? ¿Qué clase de americano?

—He llevado a cabo una investigación de rutina —repuso Zervos—. No es más que un escritor de segunda fila, un escritor sin importancia, Mike Morrison. Su visado está en orden y, según parece, ha venido a hacerse cargo de un legado. El Banco lo ha confirmado. Hay unos nueve mil dólares americanos a su nombre. Stergiou está llevando a cabo todo el trámite legal necesario para la transferencia.

El rápido palpitar del corazón de Heilser se hizo más lento y normal.

—¿Seguro de que no es un truco, Zervos?

—Supongo que no. Carezco de la más mínima razón para sospechar de este hombre.

Heilser llegó hasta la ventana y dio una ojeada a la callejuela. Comenzaba a extenderse una leve niebla.

—Siga.

—No hay nada más que decir. Marchará mañana por la mañana en avión hacia Londres. Está alojado en un hotel en Kifissia.

—Sí, sí —murmuró Heilser para sí—. No me extrañaría que sirviera para pasar la lista de Wilken a Soutar. Un neutral por encima de toda sospecha… Y el avión en Tatoi puede ser una coartada.

Despidió a Zervos y sacó del tocadiscos la pieza de Bach que anteriormente había estado escuchando. Se fue consumiendo en sus dedos el cigarrillo que acababa de encender. Lo arrojó al suelo y con la punta del zapato lo aplastó hasta reducirlo a polvo.

Capítulo III

Morrison no se dio cuenta en absoluto del individuo con uniforme neozelandés que echó a andar detrás de él tan pronto como salió de casa del procurador, ni mucho menos de la media docena de pares de ojos que observaban la casa desde diversos puntos. Caminó a través del distrito de Kolonaki hacia la plaza de la Concordia, hundiéndose el sombrero en la cabeza para defenderse de la fina llovizna en que se había convertido la niebla.

La plaza de la Concordia estaba llena del acostumbrado público de media tarde, subiendo y bajando las escaleras del ferrocarril metropolitano o instalado en los numerosos cafés comentando las incidencias del día. Se detuvo y se dirigió a uno de los limpiabotas callejeros que tienen la especialidad de distinguir a un turista americano a un kilómetro y medio de distancia. El neozelandés que le vigilaba se detuvo en la terraza de uno de los cafés.

La tensión que se observaba en el ambiente era más patente a cada minuto que pasaba. Aunque no entendía el idioma, Morrison podía darse cuenta a través de fragmentos sueltos de conversación, que los ingleses iban a retirarse de Atenas. La gente circulaba por la calle con cierto estupor retratado en la cara, revelando una mezcla de miedo, confusión e incredulidad.

Una molesta sensación invadió a Mike, quien comenzó a contar las horas que todavía le faltaban hasta encontrarse en el avión que le debía llevar a Londres. El limpiabotas dio a sus zapatos los últimos toques con un par de cepillos desmesuradamente grandes. Después, retrocedió unos pasos para admirar su propia obra. Los zapatos americanos eran muy fáciles de limpiar. Recibió una soberbia propina. Durante algunos minutos, Morrison permaneció en la acera y pensó en cómo pasar lo que le quedaba de tarde. El Museo Nacional estaba cerrado y sus tesoros habían sido puestos a salvo. Miró hacia la calle de Atenea y se fijó en la Acrópolis que se levantaba al final. No deseaba volver a ella. No tenía la intención de visitar la ciudad como turista, ya que aquello le deprimía y le hacía pensar demasiado en Ellie. Por un momento, pensó en el «Bar Americano», pero tampoco le atrajo el panorama. Una aburrida charla con cualquier soldado visitante. Comenzaba a sentirse hambriento y pensó en tratar de encontrar alguno de los restaurantes típicos. Un par de días antes había estado en Cavouri, a treinta y cinco kilómetros de Atenas, dominando una pintoresca bahía, y tenía aún en la boca el sabor del aceite de oliva.

Comenzó a andar con las manos en los bolsillos, calle Eolo abajo, entre una acumulación masiva de olores de todas clases procedentes de los restaurantes, que abrían sus puertas uno al lado de otro. A pesar de los esfuerzos de los propietarios de los establecimientos, la clientela era tan sólo mediana. Todo el mundo parecía pensar en lo que iba a ocurrir al día siguiente. Se dedicó a mirar escaparates, y recordó las

veces que con Ellie había estado haciendo lo mismo, por no poder permitirse ningún otro pasatiempo. Compró algunos juguetes para Jay y Lynn y siguió paseando.

En la calle próxima se encontró con un gran número de soldados ingleses procedentes del campo de Kokinia, y se dio cuenta de algo que resultaba clarísimo en todos los idiomas. Entró en un bar y se vio obligado a escoger entre dos clases de *krasi*. Sus años de escritor no famoso no le habían preparado para distinguir entre dos clases del mismo licor, de modo que debía confiar al azar su elección. El neozelandés rubio entró también en el bar y tomó asiento cerca de la puerta.

Media botella más tarde, la tensión había aflojado un buen trecho dentro de Mike. A medida que el bar se iba llenando de soldados, efectuó una honorable retirada a otra mesa, sin abandonar la botella. Observaba y bebía.

Los soldados de la Fuerza Expedicionaria Británica se hallaban al borde del colapso moral. Morrison escuchó amargas lamentaciones y comentarios acerca del bombardeo de los campos y de la falta de unidades de combate en la Fuerza. Los coloniales, en el argot típico de los soldados, tenían alguna que otra palabra que decir acerca de la ayuda que estaban recibiendo.

Al llegar a las tres cuartas partes de la botella, el ruido de la sala pareció disminuir. Morrison apartó de sí sus nostálgicos pensamientos acerca de sus hijos, a los que estaba deseando ardientemente volver a ver y comenzó a preguntarse qué habría en el sobre que le había dado Stergiou y en qué consistiría el negocio en que el anciano estaba metido y en el que al fin y al cabo le había metido a él. Venció la tentación de abrir el sobre y examinarlo rápidamente, y en su lugar imaginó media docena de posibles respuestas a la cuestión. Su atención fue distraída por alguien que le preguntó:

—¿Me permite que me siente aquí?

Era el neozelandés rubio y alto que miró hacia el atestado bar.

—Demasiado lleno allí… Mosley, me llamo Jack Mosley, del Primero de Rifles de Nueva Zelanda.

Comenzó a abrir su botella, pero Mike le interrumpió.

—Vaciemos primero ésta.

Mosley sacó una pipa. Los fumadores en pipa tienen muchas cosas en común, por lo menos en muchas ocasiones la marca de tabaco.

—Pruebe del mío —dijo Mike, ofreciéndole su petaca.

Mosley cargó la pipa, la encendió, echó una bocanada y mostró su satisfecha aprobación mediante un expresivo gruñido.

—Es usted americano, ¿verdad?

—Sí —repuso Mike—. Soy americano.

—Bien, bien. Me gustan los americanos. ¿Qué diablos está usted haciendo en Grecia estos días?

La lengua de Mike se soltó cuando fue abierta la botella del neozelandés. Tan pronto como la botella se vació y les sirvieron otra, dio cima a toda la historia, completada con las fotos de Jay y Lynn. Mosley correspondió a la confianza mostrando a su vez las fotos de los suyos. Mike se alegró de encontrar en su compañero de bebida a un hombre amigable e inteligente; y a medida que iban vaciándose las botellas, la consideración hacia él aumentaba en varios grados.

El salón estaba lleno de una nube de humo producido por el tabaco turco y las diversas mezclas inglesas. Algunos de los concurrentes cantaban, olvidando de momento sus preocupaciones. Entraban nuevos clientes de vez en cuando.

—¿Y en qué negocios está metido usted, Morrison?

Era una pregunta que temía, ya que cuando un profano se topa con un escritor parece sentirse decepcionado si no es un Faulkner o un Hemingway, y siempre resulta molesto para el profano tener que confesar que no conoce ninguna obra del escritor.

—Morrison, desde luego, perdóneme usted —dijo Mosley—. Claro está que le conozco. Me gustó mucho su *Home is the Hunter*. Un libro espléndido.

—Realmente. Bien, venga otro vaso, amigo mío.

—Diga, Morrison, ¿está usted tan amargado de la vida como en su libro quiere demostrar?

Mike estaba acostumbrado a estas cosas. Al comprar un libro, todo el mundo cree adquirir automáticamente una licencia de crítica. Era un mal menor. Lo malo era cuando se pedía prestado el libro y no por esto se renunciaba a la crítica. Le sorprendió, de todos modos, encontrar que los comentarios de Mosley eran extremadamente agudos y objetivos. El vino era excelente y el ruido aumentaba de nuevo, de modo que pidieron otra botella.

Mike disertó acerca de una gran variedad de asuntos, desde la literatura a la guerra, y desde San Francisco a la música y a Grecia. De hecho, había muy pocas cosas sobre las que no pudiera hablar. Los temas de conversación surgían uno tras otro, se atropellaban uno detrás de otro. Estaba desquitándose de los días de silencio y aburrimiento que había pasado hasta entonces en Grecia. Preocupado en hablar, ni siquiera se dio cuenta de que su compañero comenzaba a mostrar señales evidentes de haber bebido con exceso. Entonces, como acostumbra a ocurrir generalmente, la conversación comenzó a versar sobre mujeres.

—Mosley —dijo Morrison, que no estaba mucho más sereno que el otro—. Me parece que le conozco lo suficiente para plantearle una importante cuestión. Diga: ¿es usted uno de esos tipos completamente fieles a su mujer?

—Depende de cómo y cuándo —repuso Mosley.

—Bueno, ahora es una de las ocasiones de cómo y cuándo. Diga qué es lo que podemos hacer, dígalo. Me parece que podemos ir a la plaza de la Constitución y buscar un par de muchachas que valgan la pena.

—No es mala idea.

—De todos modos tardarán en topar con tipos como nosotros, ¿no, Mosley? No, claro que no… Usted está K.O. en mi libro si…

Luchó con sus propios pies y cayó de nuevo en la silla. Emitió un prolongado silbido.

—Carguen el material.

Silbó de nuevo.

—Material cargado, señor.

Con la ayuda de Mosley adquirió esta vez la posición vertical y, con la misma ayuda, atravesó el salón y salió a la calle. El aire de la noche casi le hizo caer.

—¡Oh! Espere un poco, espere un poco, hombre, vea la hora que es en mi reloj. ¿Qué hora es, eh?

—Las ocho y media.

—Demonios, lo olvidé. Tengo una cita. Iré rápidamente y volveré. Vaya a mi hotel, al «Kifissia», y espéreme en mi cuarto. El hotel está al lado de la montaña… Tan pronto como vea al tipo que me ha citado, vendré y nos iremos a la… a la plaza… a las muchachas, ¿eh?

Mosley metió a Morrison en un taxi y apenas le hizo caso cuando sacó la cabeza por la ventana, repitiendo:

—«Kifissia»… recto por aquí…, mi hotel.

Tan pronto como el taxi dobló la esquina, un coche dio la vuelta y se detuvo junto a la acera en que Mosley aguardaba. Abrió la puerta y se metió dentro.

—¿Debemos seguirle? —preguntó el chófer.

—No. Vayamos a ver a Zervos.

—¿Y el americano?

Mosley sonrió y se arrellanó en el asiento.

—Déjalo en paz. Está loco. Si él es un agente británico, yo soy Winston Churchill.

Capítulo IV

Mike se detuvo frente a la casa de la calle Petraki. La calle estaba oscura, vacía y silenciosa. Echó una mirada en torno suyo y trató de encender la pipa, sin éxito, ya que los efectos de la bebida le duraban todavía. Le costó un esfuerzo llegar hasta la puerta de la casa. Quiso golpear con el picaporte de hierro, pero al hacerlo empujó la puerta, que se abrió silenciosamente.

Se apoyó contra la puerta y estuvo esperando a Tassos, después de llamar varias veces. Tassos no llegaba.

Mike empujó definitivamente la puerta y se sumergió en la especie de pozo oscuro que era el vestíbulo. Buscó cerillas en sus bolsillos y cuando las encontró encendió una tras otra, hasta que le quemaron la punta de los dedos. Masculló un juramento. Encendió otra y vio que el vestíbulo se hallaba desierto.

El corredor se abría ante él. Parecía mucho más largo a la escasísima luz de las cerillas, con sus estatuas de blanco mármol.

—¡Eh, Stergiou! ¿Dónde está usted?

Adelantó unos pasos y le llamó de nuevo. La casa parecía abandonada y le molestaba aún el olor del vino que había bebido.

—¡Stergiou, salga, salga de una vez, esté donde esté!

Tropezó con una estatua y se apoyó en el pedestal. Extendió los brazos para impedir la caída de la estatua, se inclinó a modo de disculpa y gritó de nuevo.

—¡Stergiou!

Se detuvo frente a la puerta del despacho del anciano y murmuró:

—Probablemente se ha dormido en su despacho, probablemente.

Mike empujó la puerta y entró en el despacho. La puerta se cerró detrás de él. Buscó el interruptor de la luz. Tropezó con un sillón y se cayó al suelo; allí estuvo un buen rato, incapaz de levantarse por sí mismo.

Trató de incorporarse, ayudado por manos y pies, y fue a dar de cabeza contra la mesa. Se agarró a ella con la mano y lentamente se incorporó, buscando luego la luz de sobremesa.

Al encender la luz, la habitación se llenó de sombras amarillas y negras. Se apoyó sobre la mesa y trató de sobreponerse a los efectos de la bebida. Sus ojos recorrieron las sombras y examinaron la sala. ¡Aquello parecía un matadero!

Oyó un ruido.

Cogió la lámpara situada encima de la mesa y alumbró la escena. En el suelo encontró las gafas rotas de Stergiou y una carpeta roja de sangre.

—Morrison —murmuró alguien desde la sombra.

Una oleada de invencible miedo invadió a Mike. Sintió una extraña sequedad en el cuello.

—Morrison —dijo de nuevo la voz oculta.

—¿Quién es usted? —preguntó temblando Mike.

—Estoy cerca de la puerta.

—¿Quién es usted? ¿Dónde está Stergiou?

—Stergiou está muerto.

Morrison se sintió positivamente mal. Movió la cabeza como si tratara de alejar una pesadilla. Tenía que ser forzosamente una pesadilla, como las que había tenido cuando murió Ellie. Se volvió lentamente y miró hacia la parte opuesta de la sala. Efectivamente allí había alguien. A pesar de la oscuridad pudo ver a un hombre que le miraba.

—No… no… No quiero saber nada de esto. Me voy, no quiero saber nada.

—¡Morrison! —apremió la voz—. ¡Deténgase! Todavía tengo una bala para usted.

Se detuvo. No le quedaba otra solución.

Sus ojos apenas veían, oscurecido por el terror. Tenía la cara empapada de sudor. Miró al hombre, que estaba sentado en una silla. La sangre le corría por la cara y empapaba su gran bigote.

—¿Qué quiere usted de mí? —preguntó Mike—. ¿Qué le he hecho?

—El sobre, la carta. Debe entregarla usted. Un avión sale de Tatoi esta noche, a la medianoche. Coja mis credenciales.

Mike sacó el sobre de su bolsillo.

—Aquí lo tiene usted. Aquí tiene el maldito sobre. Yo soy un ciudadano americano y no tengo por qué verme mezclado en esto.

El hombre gimió y sus ojos se empequeñecieron en su rostro. La muerte se reflejaba ya en ellos. Se esforzaba en hablar de un modo coherente.

—No le queda otro camino, Morrison. Le cogerán. Están sobre su pista. Y no pruebe a ponerse en contacto con la Embajada americana, porque la tienen estrechamente rodeada, e incluso es posible que tengan amigos allí dentro. Tienen amigos en todas partes. No tiene escape, Morrison.

La mano que sostenía la pistola se aflojó y el arma cayó al suelo. Mike cogió al hombre por las solapas.

—¿Quiénes son «ellos»? —preguntó—. ¿Quiénes son?

La cabeza del hombre se dobló sobre su pecho. Tenía los labios entreabiertos, pero era ya incapaz de hablar. Mike cogió la pistola y las credenciales del hombre y lo guardó todo en su bolsillo.

El hombre lanzó un débil gemido. Mike salió de la habitación y respiró con alivio al encontrarse de nuevo en el corredor.

Capítulo V

Morrison recorrió el corredor hasta llegar al vestíbulo. Se detuvo en seco al llegar a la puerta de la calle y miró a izquierda y derecha con desesperación.

La calle Petraki estaba tan silenciosa como un depósito de cadáveres.

La llovizna había dejado sobre el empedrado una fina superficie brillante y resbaladiza, en la que se reflejaban las luces del alumbrado.

Caminó todo lo que sus piernas aún inseguras le permitieron hacia la avenida Vasilissis Sofias. La avenida debía de estar llena de gente, por lo que era preciso alcanzarla lo antes posible. El silencio nocturno era roto solamente por el sonido de sus pasos sobre la acera.

Se detuvo repentinamente.

Le acababa de llegar el sonido inconfundible de un motor de coche al ser puesto en marcha, la lenta aceleración y el ruido de los húmedos neumáticos al rodar. Morrison trató de hundirse en la sombra de una pared y se apretó contra ella todo lo que pudo. Un coche oscuro, con las luces encendidas, avanzó hacia él. Cerró los ojos, a punto de desmayarse. Apretó los dientes para tratar de silenciar su agitada respiración. Al cabo de unos instantes el coche se detuvo en un cruce y dio la vuelta hacia la calle Ravine; el sonido del motor fue apagándose poco a poco.

Mike comenzó a correr a toda la velocidad de que era capaz. Le golpeaba escandalosamente el corazón dentro del pecho. Cuando llegó a la avenida se dio cuenta, horrorizado, de que estaba vacía.

—¡Dios mío, no puede ser!

La avenida Vasilissis Sofias estaba desierta. En el ancho bulevar no había ni un solo coche, ni un signo de vida. Las casas aparecían oscuras, no brillaba otra luz que la mortecina del alumbrado público.

—¡Despierta! ¡Despierta de una vez! —se exigió a sí mismo.

Continuó corriendo por la desierta avenida, a lo largo de uno, dos, tres, cuatro manzanas. Luego le fue imposible avanzar más.

Se detuvo. Estaba frente a la fachada de mármol del Museo Bizantino. Era incapaz de andar ni un solo paso. Le zumbaban los oídos.

¡Allí! Calle abajo había una luz. Siguió andando trabajosamente hasta llegar a la luz. Miró por la ventana. Un bar absolutamente vacío, exceptuando al hombre que estaba detrás de la barra.

Entró en el bar, jadeando. El hombre de la barra se volvió hacia él.

—Inglés —jadeó Mike—. ¿Habla usted inglés? Englezos, inglés.

El del bar comenzó a hablar en griego.

—Englezos…, teléfono…, ring, ring, ring —explicó Morrison.

Buscó en su bolsillo y sacó un billete. Lo arrojó sobre el mostrador y se dirigió al

teléfono. El hombre del bar le miró sin saber a qué atenerse exactamente.

—Operador, operador, aló… ¿Puede entenderme? ¿Inglés, englezos? Gracias a Dios. Embajada americana. No, no: Embajada americana. Exacto, exacto; de prisa, por favor.

Cerró los ojos y cuando oyó sonar el timbre comenzó a contar: uno, dos, tres, cuatro…

—¡Contestad, contestad, malditos!

Ocho, nueve, diez, once…

Colgó de nuevo el auricular y se apoyó por unos momentos sobre la barra del bar, intentando pensar con alguna claridad en aquel laberinto. Le ascendió un sollozo de desesperación, garganta arriba.

—Operador —dijo suavemente—. Operador… Englezos…

El operador no entendía. Casi colgó de nuevo el teléfono.

—Operador —insistió—. Englezos, sí, englezos… Quiero la «Associated Press»… «Associated Press». América, noticias. Sí, eso es.

Ring, ring…

—A. P., Watson al habla.

—¡Ah!, señor, señor… Soy americano y… me hallo en un apuro.

—Entonces debe llamar a la Embajada, ¿no cree?

—¡No, por favor! ¡Espere! La Embajada no contesta… Debe usted ayudarme.

—Que se lo crea usted eso.

—Están sobre mi pista, están tratando de matarme.

—¿Qué clase de juego es este?

—No, no es juego… Por favor… Le digo que están tratando de matarme.

—Basta, Fred. Me he cansado de oírte la voz. Tenemos mucho trabajo.

—¡Por el amor de Dios, escúcheme usted!

—Le diré una cosa, amigo. Me parece que está usted borracho.

—Sí, sí, estoy bebido… No puedo evitarlo… Pero no por esto dejan de estar sobre mi pista. Ha de ayudarme usted.

—¿Quién es el que anda detrás de usted?

—¡Qué sé yo!

El del otro lado colgó. Mike golpeó la horquilla una docena de veces.

—Aló…, aló…, aló…

Se escondió detrás del mostrador tan pronto como vio al automóvil negro pasando lentamente frente al bar.

Salió a la calle; con una especie de desesperación rezó pidiendo tener de nuevo la cabeza clara y encontrar algún signo, alguna señal de vida. Llegó frente al Jardín Nacional. Los árboles y los matorrales y los desiertos senderos le dieron una momentánea sensación de seguridad. De los árboles se desprendían gotas de lluvia,

empujadas por un vientecillo suave. Cada nuevo rumor le producía escalofríos. En su cabeza no había más que una espantosa confusión.

Morrison siguió caminando. Un gran edificio coronado por una cúpula apareció ante sus ojos. Pensó que debía ser el Parlamento. Estaba cerca de la plaza de la Constitución.

—Alguien habrá allí —murmuró.

Llegó a la avenida Amalia y a la plaza situada junto a ella. La plaza estaba desierta y la calle vacía. Tembló sobre sus inestables piernas. Se detuvo un taxi frente al monumento al Soldado Desconocido.

Morrison se metió dentro del coche.

—¿Dónde diablos está la gente, dígame?

—Los ingleses están retirándose de Atenas y la gente se ha quedado en su casa. ¿Adónde quiere que le lleve?

—¿Adónde? Adelante, circule, vaya por donde quiera, pero circule.

Era todo horriblemente extraño. Si por lo menos pudiera ser capaz de pensar de nuevo con alguna claridad… Su mano topó, en el bolsillo, con algo duro. Dio un vistazo a las credenciales de aquel hombre: «Mayor Teodoro Howe-Wilken: Intelligence Service». También el pequeño sobre blanco estaba en su mano.

—Al aeropuerto de Tatoi. Lléveme al aeropuerto de Tatoi —dijo finalmente al taxista.

Capítulo VI

El taxi corrió velozmente por las desiertas calles, dando de vez en cuando bruscos frenazos y tomando las curvas sobre dos ruedas tan sólo, con un desprecio total por la vida y la integridad de sus ocupantes.

El miedo que hasta entonces le había asaltado en sucesivas oleadas, ya no invadía a Morrison de modo tan extremado, pero los acontecimientos de las últimas horas se confundían en su mente del mismo modo que se confundían en su vista los edificios que iban desfilando a medida que el taxi avanzaba. Le era imposible pensar con claridad y coherencia. Sabía que debía mantener sus ojos bien abiertos. Trató de pensar, de todos modos, en lo que iba a hacer. Debía alcanzar el aeropuerto de Tatoi, y desde allí salir de Grecia y marchar lo más lejos posible. Sólo este propósito, que al fin y al cabo era puro instinto de conservación, subsistía por encima del caos dejado por tres botellas de *krasi* y la extraña serie de acontecimientos que habían seguido luego.

A las once menos cuarto, el taxi llegó ante las alambradas que rodeaban el aeropuerto.

—Apague esas luces —ordenó al taxista un centinela.

Mike pagó al taxista, bajó del coche y se dirigió al centinela.

—Hay un avión para mí. Mayor Howe-Wilken.

El centinela estudió aprensivamente la insegura y lamentable figura. Morrison ofrecía un triste aspecto.

—¿Puedo ver sus papeles?

—Papeles… Sí, sí, desde luego.

El soldado tomó la tarjeta y la examinó con ayuda de una lámpara de bolsillo. La devolvió a Mike y se cuadró en el más perfecto de los saludos militares. Mike suspiró aliviado.

A continuación el centinela entró en su garita y telefoneó.

—Aquí, Edmonds. Estación tercera. Ha llegado el mayor Howe-Wilken… Sí, señor; muy bien, señor.

Colgó el aparato.

—¿Quiere entrar, mayor? Un coche de la Comandancia estará aquí en un momento. Su avión está a punto, en la pista del Este.

Mike comenzó a respirar con cierto alivio. Lo peor ya había pasado. Miró hacia arriba. Brillaban algunas estrellas y la luna en cuarto menguante asomaba de vez en cuando entre las nubes. Mirando luego hacia el campo, distinguió la silueta de un gran avión.

Buscó su pipa y recorrió sus bolsillos en busca de cerillas.

—Lo siento, señor, pero debo pedirle que no fume. Órdenes, ya sabe usted.

—Es verdad, excúseme.

Afuera reinaba una gran actividad. El aire estaba lleno de sonidos y ruidos de motores. Miró hacia el campo, desde la puerta. Un largo convoy de camiones repletos de soldados avanzaba lentamente.

—¿Qué es esto?

—Tropas del campo de Kokinia, señor. Se detienen para recoger a nuestro destacamento. Es una vergüenza, señor, si me lo permite, esto de abandonar Atenas. Hubiéramos podido causar muchos disgustos a los hunos. Pero, no vale la pena hablar de esto. Aguarde. Hay aquí algunos encargos para usted.

Mike se puso en guardia. ¿No podía aún respirar tranquilo?

—Han preguntado por usted. Un neozelandés que no dio su nombre. Cabo de lanceros. Vino con un tipo muy grueso, un griego, supongo. Preguntó si había llegado usted.

Mike comenzó a sentir miedo nuevamente.

—Y otro que vino hace tan sólo unos momentos. Mr. Soutar.

—¿Soutar?

—Sí, señor. Pequeñito y con gafas. Escocés, si es que los hay.

Mike oprimió la pistola que tenía en el bolsillo. Miró hacia el lugar donde se hallaba el avión. Pudo percibir el rumor del motor al comenzar a calentarse. Lo cogería, se iría de allí, de aquel extraño y peligroso mundo.

—¿Cuándo va a llegar el coche?

—No creo que pueda tardar, señor. Lamento que no esté ya aquí.

Edmonds dio un vistazo y se detuvo a respetuosa distancia del mayor. Mike comenzaba a impacientarse. Estaba nervioso y tenía miedo. El soldado miró a los ojos de Mike, que demostraban su miedo. «Extraños individuos aquellos del Intelligence», pensó.

Un coche apareció al final de la pista Este y se detuvo a unos doscientos metros del lugar en que se hallaba Mike, al mismo tiempo que un coro de sirenas tronaba sobre el campo.

Se oyó un ruido lejano de aviones que iban acercándose.

Los ocupantes del coche lo abandonaron y se echaron al suelo.

El sonido de los motores que se acercaban, se convirtió en un imponente rumor que lo llenaba todo.

Comenzaron a oírse los disparos de las baterías antiaéreas; un infierno de humo y rayos luminosos que cruzaban el cielo, se desencadenó en lo alto.

El ruido poderoso de los motores se detuvo de repente; por primera vez Mike Morrison oyó el terrible silbar de los «Stukas» bajando en picado.

Contra las sirenas y los demás sonidos de tierra, los aviones respondieron con su propia sinfonía.

Los hombres que iban en los camiones, saltaron a tierra y trataron de buscar refugio en cualquier parte, sin hacer caso de las órdenes que se les daban.

Mientras tanto, los «Stukas» realizaban su trabajo con el entusiasmo de una manada de lobos entre un rebaño. La tierra temblaba, entre un infierno de explosiones, humo, fuego y resplandores.

Mike se arrojó al suelo y se tapó los oídos. Los «Stukas» estaban llevando a cabo otra pasada. Mike se agarró al suelo como pudo, hincando las uñas en la tierra. El centinela cayó a su lado, sin conocimiento.

Mike dio un salto hacia la puerta y la abrió. Del campo de aviación ascendía hacia el cielo un mar de llamas anaranjadas o rojizas. A su luz vio cómo ardía el avión que para él había sido preparado en la pista Este.

Le invadió la desesperación. Se dirigió al inerte cuerpo del centinela. Se sentía mareado de nuevo y tuvo que apoyarse en la pared para no caerse. Pero no le alcanzarían sus enemigos, no.

Arrancó las ropas del cuerpo del centinela y se despojó de su propio vestido. Se metió en el uniforme, mientras el estrépito en el exterior iba en aumento. Sus manos registraron sus propias ropas, de las que recogió el sobre, la cartera, la pipa, el pasaporte, las credenciales y la pistola.

Se dirigió hacia la puerta.

Una especie de sombra siniestra recorrió todo el campo. Una voz atravesó aquel infierno: «Morrison, Morrison». La sombra tomó forma de hombre. Aquel hombre cuyas credenciales llevaba.

Mike se dirigió tambaleándose hacia la línea de camiones detenidos a mitad del campo.

Todo estaba ya silencioso.

Los aviones se habían marchado y el aire cobraba de nuevo su normalidad. Las luces en torno al campo se desvanecieron y quedó tan sólo el resplandor del fuego.

Mike cayó de rodillas junto a uno de los camiones y se oprimió el estómago. Luego cayó sobre la hierba.

—¡Jesús, Dios mío! Estoy enfermo, enfermo.

Y aquello no se acababa nunca: la Embajada americana, las calles vacías y desoladas, «Fred, ¡váyase usted al cuerno, no tengo tiempo para bromas!»; le cogerían, le cogerían al fin, el hombre al que la sangre cubría la cara y teñía de rojo el bigote, las gafas rotas en el suelo, el corredor con las estatuas, el «Hotel Kifissia»…

Luego, nada.

—¡Malditos hunos!

—¡Eh!, Tom, ayuda. Creo que éste ha sido alcanzado.

—Por lo que huele, me parece que ha sido alcanzado por un exceso de vino del país.

—Bien, bien. Muchachos, subidlo arriba. Y afuera con los camiones.

El inerte Mike fue izado a uno de los camiones y la puerta se cerró tras él.

El convoy se puso en marcha.

Capítulo VII

Morrison miró a través de la ventana. Al otro lado vio caras que le miraban, un centenar de caras con los ojos asustados por el miedo. Eran griegos.

La ventana comenzó a moverse y las caras se desvanecieron.

Mike se incorporó en su asiento y luego se deslizó un poco. La cabeza le daba vueltas y más vueltas y le pesaba horriblemente. Tenía un gusto reseco, polvoriento y miserable en la boca; el estómago era como una bola de plomo. Se pasó la mano por la frente.

Frente a Mike había un hombre que llevaba uniforme y la cara envuelta en vendajes. El hombre gruñó.

Mike se removió en su asiento y trató de darse cuenta del lugar en que se hallaba. Era el departamento de un tren. Miró en torno suyo y vio otros departamentos llenos de soldados heridos.

Se dejó caer en su asiento y oprimió la cabeza contra las manos. Los recuerdos comenzaron a acudir a él: «No tiene escape, Morrison».

Buscó en sus bolsillos y sacó la tarjeta: «Mayor Teodoro Howe-Wilken, Intelligence Service». Dio un vistazo al pequeño sobre blanco.

El tren comenzó a traquetear con renovada furia más allá de un olivar. El soldado que estaba frente a él gruñó y gimió de nuevo, como un hombre que estuviera agonizando. Mike sintió que la memoria le iba volviendo y comenzó a encajar unas piezas con otras. Muchos de los acontecimientos que iba recordando le parecían absurdos, y en cuanto a otros, aún no estaba seguro de que realmente le hubiera ocurrido. Se examinó nuevamente a sí mismo. El tren, el uniforme, el sobre, el pasaporte. No era una pesadilla. Todo aquello había sucedido realmente.

Buscó consuelo en su pipa y trató de resumir la situación. Stergiou, el procurador, se hallaba mezclado sin duda alguna en algo muy importante, con lo que se relacionaba forzosamente el contenido del sobre blanco. Un enemigo implacable quería apoderarse del sobre. El Intelligence Service británico estaba del lado del procurador, por lo que forzosamente los alemanes debían estar al otro lado.

Se dio cuenta de que las cosas eran mucho más complicadas de lo que hasta entonces había confusamente entrevisto.

—Estoy arreglado —murmuró.

Michael Morrison sabía ya mucho más de lo que buenamente le hacía falta. Algo era innegable: tan pronto como pudiera abandonaría todo aquel lío.

El miedo del día anterior se le convirtió en ira. ¡Valiente desfachatez la de aquel Stergiou!

Se pasó la mano otra vez por las sienes y esto le calmó. Sonrió para sí mismo y murmuró:

—¡Valiente lío! Y lo peor es que cuando lo cuente en el Club no me creerá nadie. ¡Valiente lío!

El tren se detuvo.

Alguien caminaba por el exterior.

Se abrió la puerta del departamento y un individuo que llevaba el brazal de médico de la Cruz Roja entró en él.

Después de reconocer al soldado herido situado frente a Mike, el médico abrió su maletín y puso en el brazo del muchacho una inyección de morfina.

—¡Bravo, muchacho! Volveré dentro de un rato.

Se dirigió a Mike.

—Ya veo que se halla usted mejor. ¿Cómo va?

—No tan mal.

—Le he reconocido y no le encontré ninguna herida. Si se encuentra usted mejor, será preferible que se incorpore de nuevo a su unidad. Debe de estar en algún lugar del tren.

—¿Adónde vamos?

—Hemos llegado a Corinto y hemos recogido otro destacamento.

—¿De qué clase?

—Zapadores. Deben minar los puentes para que vuelen cuando el último tren haya pasado. Nos retiramos al sur de Grecia, al Peloponeso.

Mike comprendió que debía actuar con mucha prudencia.

—Tal como le he dicho, es mejor que usted vuelva a su unidad.

—¿Quién está al mando del tren? —preguntó Morrison.

—El coronel Potter. ¿Por qué?

Mike alargó la tarjeta del mayor Howe-Wilken hacia el doctor.

—Busque al coronel y dígale que deseo hablarle inmediatamente.

—Sí, señor, desde luego.

El médico se volvió hacia la puerta.

—Doctor.

—Sí, mayor.

—Ni una palabra de esto, excepto al coronel.

—Sí, señor.

El médico abandonó el departamento.

«El resto sería muy sencillo», pensó Mike. Contaría toda la historia al coronel Potter. Tenía sus papeles para garantizar su identidad. Todo aquello no le afectaba, ya que entraba de lleno en los intereses británicos. El coronel le daría escolta hasta Atenas o bien prepararía un vuelo para que pudiera salir del país.

Transcurrieron algunos momentos. Mike miró por la ventana y observó cómo los soldados circulaban a lo largo del tren. «Pobres diablos —pensó—; después de todo,

él estaría fuera de Grecia dentro de poco».

Cuando todos estuvieron en su sitio, atrajo su atención un individuo cuya presencia entre los soldados le resultaba extraña. No sabía por qué, pero aquel hombre delgado y bajo, con grandes gafas de concha, no encajaba en absoluto con el Ejército. No medía más allá de un metro y medio y el uniforme le colgaba como de una percha. Ni siquiera llevaba el equipo acostumbrado entre los soldados, excepto una pistola de grandes dimensiones y, cruzado sobre el pecho, el correaje. Ciertamente no parecía formar parte del Ejército. La curiosidad de Mike se convirtió en desazón.

Algo sabía acerca de aquel hombre, algo había oído de él, pero no podía recordar. ¿Qué era? Recordó de repente. Era uno de los que habían preguntado por él en el cuarto de guardia del aeródromo. El centinela le había hablado de un hombre bajo y con grandes gafas de concha. Incluso le había dado su nombre, pero Mike no conseguía recordarlo.

El hombrecillo subió al tren.

Mike probó a razonar consigo mismo. Todavía se sentía pesado. Pero, de todos modos, todo aquello había ocurrido realmente. El despacho de Stergiou, la voz que le habló desde la sombra, el hombre del gran bigote, Howe-Wilken, que le había advertido: «Tienen amigos y le cogerán a usted, Morrison».

El tren comenzó a moverse.

Se abrió la portezuela. Era el médico.

—¿Mayor Howe-Wilken?

—Sí.

—El coronel Potter le espera. Está en el cuarto coche, yendo hacia la cabeza del tren, en el tercer departamento.

Mike fue arrojado contra un extremo del departamento, al doblar el tren un recodo. Se incorporó de nuevo y atravesó el coche repleto de soldados heridos. Sólo tenía un pensamiento: salir del vagón, abandonar el tren.

Alcanzó el extremo del coche y empujó la puerta. Tuvo que empujarla durante un rato, con renovada fuerza. Al fin, cedió y pudo salir a la plataforma. El aire fresco que le azotó la cara le hizo bien. Trató de pasar a la plataforma del otro coche, pero le dio miedo hacerlo. Miró hacia abajo y vio cómo las vías se deslizaban vertiginosamente. Le parecía suicida intentarlo.

Pero debía hacerlo. Con buena suerte, podía llegar hasta el coronel Potter. Llegaría.

Tomó impulso y saltó a la plataforma opuesta. Dio un vistazo por la puerta de cristal. Era un vagón sin departamentos, atestado de soldados. Buena suerte.

Abrió la puerta y miró cautelosamente en torno suyo. Avanzó poco a poco, fijándose en cada una de las caras de los que estaban en el coche, pasando por encima

de las armas y los bagajes que obstaculizaban el pasillo.

Llegó al final del vagón.

Cruzó la plataforma para pasar al próximo. Palestinos. Lo atravesó y, asimismo, el siguiente. El coronel se hallaba en el cuarto. Se acercaba lentamente pero, con seguridad, a su liberación.

Se detuvo de repente. Apoyado contra la puerta, bloqueándola, se hallaba un hombre, cuyos fríos ojos azules miraban a Mike. Era un individuo alto, con el uniforme neozelandés. El hombre que en el bar se había presentado a sí mismo como Jack Mosley.

Mike buscó su pistola, pero la había perdido.

Se miraron el uno al otro. Mosley arrojó al suelo su cigarrillo y avanzó hacia Mike.

Morrison echó a correr y atravesó el vagón que acababa de recorrer, el de los palestinos, y luego el otro, retrocediendo siempre.

Cuando alcanzó finalmente su propio vagón, empujó la puerta con el hombro y se detuvo a mitad del pasillo. La puerta de su departamento estaba abierta y pudo ver, reflejado en el cristal de la ventana, al hombrecillo de las gafas de concha.

—¿Y dice usted que estaba aquí?

—Sí, desde luego —respondía el médico.

—¿Dónde ha ido?

—A ver al coronel Potter, tres coches más adelante.

—Hubiera querido verle yo antes que el coronel.

Mike se introdujo en un departamento en el que dos soldados heridos yacían sobre los bancos. El hombrecillo de las gafas de concha pasó por el corredor. Mike salió de nuevo afuera y comenzó a correr hacia atrás. Pensaba que de todos modos le alcanzarían; murmuraba las palabras de Howe-Wilken: «Le cogerán Morrison, le cogerán».

Alcanzó la última plataforma, en el último vagón del tren. El neozelandés entraba en aquel momento por el extremo opuesto del coche. Tenía una pistola en la mano y caminaba poco a poco, examinando cada departamento. Levantó los ojos en dirección a la plataforma trasera y al mismo tiempo alzó cuidadosamente la pistola.

Capítulo VIII

Michael Morrison se apoyó en la barandilla de la plataforma. Las vías se deslizaban rápidamente hacia atrás. Cruzó la plataforma y se situó al lado de la puerta, dispuesto a arrojarse encima de Mosley tan pronto como apareciera. En aquel momento, el tren se detuvo bruscamente y Mike dio un traspié.

Oyó un ominoso rumor en los cielos, que ya conocía bien: los «Stukas».

Pequeños puntos negros comenzaron a distinguirse en lo alto y fueron adquiriendo forma poco a poco.

Mike se arrojó de la plataforma y se deslizó por el talud. Los hombres que viajaban en el tren hicieron lo mismo. Salían soldados por las plataformas y por las ventanas.

En el cielo los motores dejaron de rugir y los aviones comenzaron a dejarse caer en picado. Pasó un segundo, dos, tres.

El odioso silbido de las bombas se dejó oír. Mike se cubrió la cabeza con las manos. La tierra tembló bajo el diluvio de bombas.

La primera alcanzó de lleno al tren. Los soldados corrían locamente en dirección al precario refugio de un bosquecillo de olivos. Cuando los «Stukas» dieron la segunda pasada, todos estaban de bruces contra el suelo. Mirando por encima de su hombro. Mike vio como el tercer vagón se desintegraba. La línea de vagones parecía metida en una trágica danza. La locomotora fue lanzada fuera de la vía y descendió por el talud silbando y echando humo, hasta que quedó detenida.

Mike se aplastó contra el suelo, al borde mismo del bosquecillo de olivos. Los soldados se arrastraban hacia allí y caían inmóviles, lo mismo que Mike.

Los «Stukas» volvieron de nuevo, una vez destruido el tren, y comenzaron a ametrallar a los soldados, que corrían ya por el campo como animales asustados. Los aviones volaban a la altura de las copas de los árboles y ametrallaban a conciencia. Las ramas saltaban en pedazos. Un soldado gritó:

—¡Ya vuelven!

—¡Bastardos asesinos! —gritó otro.

Volaban tan bajo que Mike se fijó en la cara de uno de los pilotos. Un soldado que estaba cerca de él se arrodilló y le hizo fuego con el rifle. Un oficial llegó hasta él y le quitó el rifle de las manos.

—¿Qué es lo que haces, imbécil? ¿Quieres que se enteren de dónde estamos, o qué?

—¡Dios del cielo! Lo saben perfectamente. ¿Qué sucia guerra es ésta?

La discusión terminó bruscamente cuando una nueva rociada de balas trazó una línea en torno al soldado y el oficial.

Metódicamente, una pasada después de otra, los aviones fueron ametrallando el

olivar, sin descanso ni compasión. Diez minutos, veinte minutos, treinta minutos. Disparos, ráfagas de ametralladora, ruido infernal de motores.

Al final, cuando los depósitos de las bombas estuvieron vacíos y se acabó la munición de las ametralladoras, los «Stukas» dieron su deportiva distracción por acabada y se volvieron a sus bases.

Había un silencio de muerte en el olivar. Los hombres que quedaban vivos se hallaban demasiado aturdidos para reaccionar. Mike se sentó en el suelo y apoyó la cabeza entre las piernas.

—¡Santa Madre de Dios! —murmuró, mientras el último avión se perdía en el horizonte.

Al cabo de un tiempo pareció que algo se ponía lentamente en marcha. Algunos soldados se levantaban y caminaban sin ir a ninguna parte. Al cabo de cinco minutos, el lugar se convirtió en un maremágnum de individuos que iban de un extremo a otro del olivar, gritaban y se movían por el simple placer de hacerlo.

Alguien dio una palmada a Mike en la espalda.

Un joven capitán con uniforme australiano se hallaba a su lado.

—Tú también. Ven con nosotros —le dijo al mismo tiempo que le señalaba una unidad que se estaba formando fuera del olivar.

Mike tembló sobre sus piernas.

—¿Dónde está el coronel Potter?

—El coronel ha sido alcanzado por el bombardeo —repuso el capitán.

—He de hablar con el que ostenta el mando.

Buscó en sus bolsillos. Había perdido la credencial del mayor. Mal asunto, o quizá fuera mejor. Algunos soldados miraban ya hacia él. Todo se hallaba en la mayor confusión. Lo que hiciera sería ya inútil.

—Lo siento, señor —le dijo al capitán, y se incorporó al grupo de hombres que formaba fuera del olivar.

Otros oficiales estaban formando grupos de cien hombres, sin tener en cuenta la unidad a la que anteriormente hubieran pertenecido. El capitán australiano permaneció al frente del grupo en que Mike se hallaba.

—Bien, muchachos, atended —dijo el capitán—. A causa de los «Stukas» debemos fraccionarnos en pequeñas unidades. Se acabaron las excursiones en tren.

Se oyeron débiles risas.

—Hemos de marchar a pie y permanecer unidos.

—Capitán, ¿adónde vamos?

—Absolutamente secreto —mintió el capitán, al que le hubiera gustado saberlo.

—Si los «Stukas» vuelven, señor, ¿hemos de disparar?

Era una pregunta absurda. Había veinte fusiles ametralladores en la unidad. Una serie de preguntas igualmente absurdas fueron planteadas acerca del agua y las

raciones. El capitán daba la impresión de que no disponía de respuestas adecuadas para lo que le preguntaban.

Marcharon finalmente a lo largo de la vía férrea, hacia las colinas, buscando refugio por si los malditos «Stukas» volvían.

En lo que se refería a Michael Morrison, turista americano, se veía sumergido sin poder hacer nada por evitarlo, en un grupo de hombres desesperados que huían sin saber adónde. No valía la pena ponerse en contacto con ningún mando, ya que ni parecía haber nadie que mandara realmente ni, si lo hubiera, podría hacer algo por él. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer? ¿A quién dirigirse? ¿Dónde esconderse?

A medida que la tarde avanzaba, Mike comenzó a recordar los primeros días después de la muerte de Ellie, en que se sentía como en aquellos momentos, cogido en una trampa y sin saber adónde iba ni lo que haría. Había vivido automáticamente, mecánicamente. Tal como entonces estaba caminando, pero sin que nada le importara nada, seco y muerto por dentro, con gruesas nubes de miedo y desesperanza por todo panorama.

La columna se apresuraba ahora por avanzar, rodeando las colinas. Los soldados estaban fatigados sobre toda ponderación, demasiado fatigados incluso para pensar en ello.

El suelo era cada vez más áspero y caminar resultaba más difícil a cada minuto que pasaba. Cuando el sol desapareció detrás de las lejanas colinas y el aire comenzó a volverse frío, el capitán dio orden de hacer alto en una quebrada.

Los hombres se dispersaron entre las rocas, después de beber en un arroyo, a pesar de las advertencias del servicio sanitario, que en teoría debían saberse de memoria.

La oscuridad cayó sobre el Peloponeso.

Los soldados se sumergieron en un profundo sueño, completamente deshechos después de la marcha.

Sin embargo, Mike Morrison no se atrevió a entregarse a aquel lujo. Estuvo vigilando sin pegar ojo durante toda la noche. Debía prevenirse contra el hombrecillo de las gafas de concha y contra el neozelandés Jack Mosley. ¿Quiénes eran? ¿Cuántos otros podían estar observándole y vigilándole? A sus ojos, todos eran sospechosos.

De vez en cuando se adormilaba, pero cada rumor del viento sobre las ramas de los árboles, cada gruñido de los que dormían, le despertaba de nuevo y por completo. Trató de mantenerse despierto, recitándose a sí mismo fragmentos de poemas, diálogos de sus propias obras, cualquier cosa que pudiera contribuir a que no se durmiera.

Comenzó a amanecer.

Durante el segundo día, el grupo caminó sin objetivo claro, internándose en la montaña, en busca de lo más intrincado de ella.

Los «Stukas» volvieron y los localizaron. La caza comenzó nuevamente. Siete veces el grupo fue descubierto y ametrallado. Cada vez, los supervivientes se levantaron de nuevo y reanudaron la marcha.

El sacrílego rapto de Grecia se estaba consumando. Cada una de las aldeas que se hallaban en la ruta que utilizaba para su retirada el Cuerpo Expedicionario Británico, fue arrasada por completo.

No había un momento de descanso. Los buitres volaban sobre ellos y seguían pacientemente su marcha. Al fin, el joven capitán australiano dio la orden de hacer alto durante el día. Caminarían de noche.

Mike pudo mantener su vigilancia hasta el atardecer. Sus enemigos podían acechar detrás de cada roca, de cada árbol, de cada matorral.

Al fin se desplomó y se sintió caer en una especie de pozo sin fondo, en una pesadilla de la cual salía tan sólo de vez en cuando, para oír las palabras de aliento de un soldado cualquiera. Le llevaron a rastras a lo largo de la cada vez más difícil ruta.

Al tercer día, se halló a sí mismo bajo un limonar, cerca de una aldea, tratando de pasar desapercibido para los «Stukas» durante las horas de sol.

Se sintió a gusto en aquellos momentos. Podía ver y oír lo que pasaba a su lado, aunque los sonidos parecían llegarle desde muy lejos. Podía tocar las cosas, pero no le producían ninguna sensación. Podía andar sin caerse, pero carecía del sentido del movimiento. Podía hablar, pero ni siquiera sus palabras le decían nada.

Mientras los hombres de la unidad yacían durmiendo sobre la tierra, exhaustos por la noche de marcha, Mike se incorporó apoyando la espalda contra un árbol.

Trató de serenar el caos que hervía en el interior de su cabeza y miró hacia las ordenadas hileras de limones. La luz del sol que se filtraba a través de las ramas, creaba zonas de sombra que se agitaban y cambiaban constantemente de forma al impulso de una suave brisa.

Algo le llamó la atención al extremo del limonar. El reflejo de un tipo determinado de cristal… Entonces vio al hombre y, de nuevo el reflejo de los cristales de las gafas. El hombrecillo caminó lentamente entre dos hileras de árboles, mitad en la sombra mitad bajo el sol. Un hombrecillo, un hombre muy pequeño, que caminaba a través de la sombra hacia el grupo de soldados que dormían.

Capítulo IX

—¿Dónde diablos va usted? —preguntó a Mike el capitán australiano.

—Agua —gruñó Mike—. Necesito agua. Voy a la aldea.

El capitán estuvo a punto de ordenar a Morrison que volviera a su sitio. Estudió por unos momentos a Mike. El muchacho se hallaba en malas condiciones, quizá peor que el resto de la tropa. No llevaba comida ni raciones de ninguna clase. Quizá fuera mejor darle algo de comer y agua para que se refrescara. De otro modo era probable que tuvieran que volver a cargarlo entre todos durante la próxima etapa de marcha.

—Está bien —concedió el capitán—. Pero dentro de una hora, aquí.

Mike emprendió el camino de la aldea.

—¡Soldado!

—Sí, señor…

—Cuando vuelva, será mejor que trate de dormir.

—Dormir… dormir… No puedo dormir. Ellos no me dejan dormir.

El capitán australiano le miró con extrañeza. Raro bicho aquel muchacho.

Mike llegó a un sucio espacio cuadrado, rodeado por una docena de barracas pintadas de blanco. En un momento fue rodeado por medio centenar de aldeanos, mujeres y niños en su mayor parte. Todos ellos comenzaron a hablar a la vez, estrechándole la mano y dándole la bienvenida.

Algunos le besaron y algunas mujeres lloraron.

¿Por qué lloraban por él? ¿No sabían que los ingleses habían sido derrotados? ¿Acaso no sabían que sus salvadores no podían hacer nada por ellos? ¿Qué extraña clase de gente era aquella?

Tomó un jarro de agua que le ofrecían y la sequedad de su garganta desapareció ante la frescura de aquel agua de pozo, casi helada. Dejó que le cayera sobre el cuello y el pecho y se la echó también sobre la cabeza, riendo casi histéricamente para sí mismo.

Una mujer le dio un pedazo de pan y otra un queso. Se llevó el pan a la boca y bebió un poco más de agua.

Se refrescó todavía con más agua, se metió pan y queso en los bolsillos, les dio las gracias y les besó incluso.

El avión llegó a tal velocidad que nadie le oyó acercarse. Salió de entre las nubes y voló sobre la plaza, disparando sus ametralladoras.

Una chiquilla de unos cuatro años yacía muerta sobre el polvo de la plaza, con una muñeca de trapo en las manos. Llevaba trenzas negras y apretaba estrechamente a la muñeca contra su pecho.

Lynn —susurró Mike, dándole el nombre de su propia hija—. Lynn…

Los aldeanos comenzaron a abandonar la plaza. Le resultaba imposible seguir

afrontándolos como si no hubiera ocurrido nada. Dio la vuelta, pasó frente a las chozas y tomó el sendero que conducía al limonar.

—¡Eh, tú! Te estaba buscando.

Mike se detuvo.

Era un sargento palestino que avanzaba hacia él por el mismo sendero.

—El capitán me ha mandado que venga a buscarte. Nos marchamos.

—El avión… ha matado a una chiquilla…

—Bien, bien. Hemos de marcharnos.

—¿Marcharnos? Pero, hay todavía luz del día, y los aviones nos alcanzarán.

—Nuevas órdenes, por radio. Apresúrate.

—El hombre… —murmuró Mike—. No dejen que el hombre me encuentre.

—¿Qué hombre?

—El hombre pequeño, el hombrecillo de las gafas de concha.

—No hay ninguno así.

—Sí. Yo lo he visto. Le vi que llegaba y se acercaba a mí.

El sargento gruñó.

—¿Te encuentras bien, muchacho? Venga, vamos y deja que te ayude.

Mike se apoyó en el sargento. El palestino le ayudó a llegar hasta el limonar, donde la tropa se hallaba preparando la marcha.

El sargento miró al capitán australiano y el capitán le hizo una señal de inteligencia.

—Estamos buenos con éste.

—No le perderé de vista, señor —prometió el sargento.

—Le vi llegar a través del campo —murmuró Mike todavía.

—Venga, muchacho, de prisa.

Comenzaron a marchar.

El sargento palestino cuidó de estar cerca de Mike y en ningún momento dejó de vigilarle. Cuando el terreno comenzó a hacerse más abrupto, Mike fue continuamente animado e incluso ayudado por el sargento. Al fin sus fuerzas se agotaron completamente y tuvo que ser arrastrado, entre dos soldados, casi inconsciente. El capitán australiano dirigió a sus fatigadas gentes hacia un estrecho paso de montaña que daba acceso a la costa. El interminable día terminó tan sólo para sumergirse en la interminable noche.

—Le cogerán… le cogerán, Morrison…

Al amanecer del cuarto día, se encontraron en la montaña, a la vista ya del mar. Alcanzaron una playa no muy distante de la ciudad de Nauplion. Acamparon en un bosque frontero a la playa. Otro grupo de cien hombres se hallaba también allí.

Desde su escondrijo, podían ver la ciudad, situada al otro lado de una playa. En algún tiempo había sido la capital de la República. Un pintoresco y antiguo castillo,

se adelantaba golfo de Argolis adentro. En alguna ocasión la fortaleza había sido conocida como el Gibraltar de Argolis. Aquello, sin embargo, había ocurrido en otros tiempos y en otra guerra. En esta guerra, el Gibraltar de Argolis no era más que un inútil montón de piedra contra los buitres del cielo. Nauplion había sido bombardeada concienzudamente.

Los «Stukas» volvieron, repitiendo incansablemente su infernal juego de muerte y destrucción.

El grupo se dispersó y se dejó caer aburridamente sobre el suelo. Mike Morrison se hallaba en un estado de total cansancio y abatimiento.

Los días que había pasado sin dormir, pesaban sobre él como la cuchilla de una guillotina. Se apartó de los soldados hasta que tropezó con un montón de hojarasca junto a unos matorrales, y allí se dejó caer, incapaz de dar un paso más o del menor movimiento. Los párpados le pesaban como plomo. Era completamente incapaz de seguir adelante. Se sintió arrastrado a un sueño profundo e invencible.

Un rayo de sol le dio en los ojos, al cabo de un tiempo indeterminado. Vio cómo el sol se ponía y se dio cuenta de que había dormido durante casi todo el día.

Bostezó y se desperezó. Sentía el cuerpo pesado, pero la cabeza clara. Su gradual recobramiento del estado de pasividad de los últimos días, le hizo darse cuenta del tremendo esfuerzo físico que había realizado. Se quitó los zapatos y vio que sus pies estaban llenos de ampollas.

Se refrescó a conciencia y luego comió pan y queso, del que le habían dado gentilmente en la aldea bombardeada. Volvió a ponerse los zapatos.

Los bosques estaban extrañamente silenciosos. No había nadie a la vista. Se levantó lentamente.

Un lejano rumor de charla y algunas voces que cantaban atrajeron su atención.

Emprendió la marcha en dirección al lugar de donde venía el rumor, caminando siempre bajo los árboles. Se detuvo al borde del bosque. A lo largo de la playa vio numerosos grupos de soldados. «Las diversas unidades habían ido llegando a través de las montañas para encontrarse allí en una última cita», pensó Mike.

El sol se hundía rápidamente en la bahía.

Un barco apareció frente a aquel lugar, y, desde lejos, transmitió un mensaje.

Mike podía captar fragmentos de la charla de los soldados.

—Un vapor de la «Prince Line»… Ocho mil toneladas…

—Es el *Slamat*.

—Seremos evacuados tan pronto como oscurezca.

—Ya sabía yo que los barcos tenían que venir a buscarnos.

Michael Morrison cerró los ojos y suspiró.

—Gracias a Dios… Gracias a Dios…

Se metió de nuevo en el bosque, buscó un buen escondrijo y se dispuso a observar

los acontecimientos. Mejor era no arriesgarse. En tomo suyo había un millar de hombres; Mosley y el hombrecillo de las gafas de concha podían estar muy bien entre ellos.

El sol despidió su último resplandor en el horizonte.

Mike sabía que tenía que estar prevenido y vigilante, pero, después de haber podido descansar y dormir, se sentía optimista. Alcanzaría el barco, de un modo o de otro. Mosley y el hombrecillo podían estar vigilando a la hora de embarcar, pero él conseguiría burlarles. Seguramente controlarían los botes que llevarían a los hombres hasta el barco. Bien. Él podía nadar hasta que uno de los botes lo recogiera y le llevara hasta el barco. Era un magnífico nadador. Mosley y el hombrecillo no le alcanzarían y en vano esperarían a que pasara ante ellos para embarcar en los botes. Una vez a bordo, le bastaría con ir al capitán y explicarle la situación.

Comenzó a pensar en el momento en que volvería a reunirse con sus hijos y casi lloró de excitación. Pensó en otras cosas. Se afeitaría y se haría lavar la cabeza en la barbería de Kastrup. Pensó también en un filete a la «Mignon» doble, en el restaurante de Amilio, y pensó también en la terraza del «Hotel Mark Hopkins». Se iría a la terraza y estaría allí tres o cuatro horas contemplando la belleza de la ciudad, extendida a sus pies, por encima de las colinas. San Francisco.

Las ropas y otros objetos que había dejado en el «Hotel Kifissia», no tenían importancia. El seguro cubriría la pérdida. Las pipas sí que eran una lástima. Le molestaba perderlas. De todos modos encontraría buenas pipas en Londres, estupendas «Barling» o «Petersen».

Había oscurecido por completo.

Mike se dirigió hacia el agua, pero se quedó a un centenar de metros de distancia entre él y las tropas que ya habían formado. Muy pronto los botes comenzarían a llegar a la playa.

Se quitó la ropa y vació el último tabaco de su petaca. La petaca era impermeable. Se quitó los zapatos y registró los bolsillos. El pasaporte, dinero, el pequeño sobre blanco. Mike lo metió todo en la petaca y la cerró. Estaba preparado para nadar hasta el bote.

Pasó una hora.

La original ola de optimismo en la playa se convirtió en una sensación molesta de impaciencia. Una hora más tarde, la charla se había reducido a un esporádico murmullo.

Un cohete taladró la oscuridad.

Las voces aumentaron de intensidad y los hombres comenzaron a avanzar por la playa en dirección al agua.

—¡El barco ha embarrancado en un banco de arena!

Las voces del millar de hombres fueron apagándose y sus miradas quedaron fijas

en el agua. El silencio apenas era roto ocasionalmente por alguna que otra maldición.

A medida que iba avanzando la noche, la esperanza se iba haciendo más débil. Estaba claro, incluso a los más optimistas, que el barco no tendría tiempo para embarcar a los mil hombres que esperaban en la playa.

Morrison se internó de nuevo en el bosque. Arrojó la petaca al suelo.

—¡Hijo de perra!

Se embutió nuevamente en el uniforme británico. No había tiempo para compadecerse de sí mismo. Ni nadie podía ocuparse en aquellos momentos de él, ya que, tal como estaban las cosas, la Fuerza Expedicionaria Británica más bien necesitaba urgentemente alguien que pudiera ayudarla que se hallaba en estado de ayudar a nadie. Las cosas estaban mal, a cada minuto que pasaba parecían estar irremediablemente peor.

Había que hacer algo. ¿No podía evadirse de una vez para siempre de Mosley y del hombrecillo de las gafas de concha? ¿Cuánto tiempo podría evitarles? ¿Otra hora, otro día? Tarde a temprano darían con él. En su angustia pensó en sus hijos. No quería a Jay y Lynn huérfanos y preguntándose durante toda la vida cómo diablos y dónde demonios pudo ir a morir su padre.

Pronto amanecería. Mike pensaba febrilmente. Quizá lo más sensato fuera tratar de volver a Atenas. Le quedaba tiempo para hacerlo, ya que el fin y al cabo el Ejército griego y la retaguardia inglesa todavía se hallaban al norte de la ciudad. Si pudiera sacarse de encima para siempre a Mosley y al hombrecillo, las cosas se aclararían y todo marcharía bien. Llegar a Atenas le exigiría dos o tres días. La gente del país se mostraba amigable y le ayudaría por el camino.

Una mancha de luz en el horizonte anunció el nuevo día.

—Venga, muchachos, meteos en el bosque.

Los soldados comenzaron a marchar hacia el bosque, con evidente desgana y disgusto, demasiado cansados y aburridos para hablar siquiera.

Mike los evitó cuidadosamente. Se detuvo por unos momentos para mirar cómo el sol iba apareciendo. El barco estaba en la bahía, cerca de la playa, indefenso como una tortuga vuelta al revés. La tripulación nadaba hacia la playa, ya que la luz del día iba acompañada por el siniestro ruido de motores en el cielo.

Unos minutos más tarde el *Slamat* era mandado al infierno por los «Stukas».

Morrison vio al capitán australiano y al sargento palestino caminando hacia él. Se escondió detrás de un árbol, pero oyó sus voces cuando pasaban junto a él.

—¿Ha oído usted la última noticia, sargento?

—¿Qué noticia, señor?

—Los alemanes han entrado en Atenas.

Capítulo X

La noticia alcanzó con todo su peso a Michael Morrison, quien se sintió nuevamente lleno de una gran compasión hacia sí mismo. Aquélla no era su guerra, protestó silenciosamente. ¿A santo de qué tenía que verse mezclado en ella?

Los alemanes se reagruparían en Atenas, y, dentro de un día o dos, continuarían la marcha por el Peloponeso. El enemigo que llegaba por el cielo, no sería entonces la única amenaza.

Un convoy formado por una treintena de camiones se detuvo a un cuarto de kilómetro del borde del bosque, en medio de un camino polvoriento. Toda organización pareció desaparecer, y los soldados tomaron los vehículos al asalto, sin necesidad de que los oficiales les dieran prisa para ello.

Mike debía escoger rápidamente. Era muy sencillo: quedarse o marchar. ¿Quedarse? ¿Para qué? ¿Afrontar al Ejército alemán? No encontraría manera de volver a Atenas, era muy probable. Si lo intentaba, ¿de qué podría servirle? Seguramente los alemanes tendrían a la Embajada americana sometida a estrecha vigilancia. Dominarían cualquier medio de comunicación y todos los americanos de Atenas se hallarían rigurosamente controlados.

Mike observó cómo los soldados iban subiendo a los camiones y los iban llenando uno tras otro.

No le quedaba otra solución que unirse a ellos. Debía afrontar la posibilidad de que Mosley o el hombrecillo de las gafas de concha dieran con él, y especular con la posibilidad, con la remota posibilidad de que los ingleses lograran, por fin, reembarcar y salir de aquel infierno.

Corrió por el bosque hasta un lugar en que la carretera pasaba muy próxima. Los camiones se pusieron en marcha. Cuando el último de ellos llegó a su altura, bajó al camino e hizo señas al chófer. El camión moderó su marcha lo suficiente para que pudiera subir. Media docena de brazos se alargaron para ayudarle a subir. Mike echó una rápida ojeada en torno suyo. Ni Mosley ni el hombrecillo se encontraban allí. Momentáneamente se hallaba en seguridad. Una nube se había disipado, pero tan sólo de momento. Luego ya se vería.

Cerca del cruce con la carretera principal, un poco más abajo de Nauplion, el convoy se unió a otra hilera de camiones todavía más numerosa. Centenares de camiones repletos de soldados de la Fuerza Expedicionaria, pertenecientes a divisiones inglesas, neozelandesas, australianas, que habían combatido al norte de Atenas, en el paso de las Termópilas. Amenazadas por el flanco cuando los griegos fueron incapaces de retirar el grueso de su Ejército, entretenido en Albania, estas fuerzas tuvieron que retirarse y abandonar Atenas. Habían luchado valerosamente contra la ola de tanques y aviones, contra el fuego que venía del cielo y el que les

llegaba de la misma tierra y corrían rumores de que iban a retirarse para evitar a Grecia mayores males.

Estas divisiones penetraron en la península meridional de Grecia, dejando una fuerte retaguardia en Corinto, con cierta esperanza de que pudiera contener el avance alemán mientras el grueso de las fuerzas era reembarcado.

Frente a docenas y docenas de pequeños puertos del sur de Grecia, barcos de guerra ingleses y mercantes griegos e ingleses llevaron a cabo la evacuación en condiciones infernales. Martilleados desde el aire por los aviones y con la amenaza de los alemanes pisándoles los talones en tierra, se esforzaron por sacar a aquellos hombres de la arrasada península. La evacuación fue llevada a cabo durante la noche, pero muchos barcos sufrieron la suerte del *Slamat*. Otros navíos consiguieron llegar con su abigarrada carga hasta las costas de Creta, Libia o África del Norte.

Miles de contradictorios rumores corrían a lo largo del convoy. El rey de Grecia había escapado en una lancha motora. El Primer Ministro se había suicidado. Los ingleses habían ganado una gran batalla naval contra los italianos. El grueso del Ejército griego había sido capturado en Albania.

A continuación, noticias esperanzadoras. La mayor parte de la Fuerza Expedicionaria había podido ser evacuada. Por lo tanto, cabía sentirse optimista.

El convoy se hacía más largo a cada cruce de carreteras. De vez en cuando abandonaba la ruta principal para internarse en cualquier tortuosa carretera de montaña.

Los camiones traqueteaban, resbalaban y jadeaban penosamente a lo largo de la ruta casi impracticable. Atravesaban vados, subían pavorosas cuestas y descendían por peligrosos toboganes. Todo el convoy estaba envuelto en nubes de polvo. El sol de mediodía venía a caer sobre los cansados soldados a través del polvo.

En la compleja vorágine de acontecimientos que iban formando las horas más oscuras de la Historia, un hombre solo, Michael Morrison, escritor americano de novelas de segunda categoría, se hallaba precisamente en medio de un camión cargado de tropas, resumen de todo cuanto la guerra tenía de mísero y lamentable. Sin nada que le identificara o le distinguiera de los demás, corriendo sin rumbo.

¿Hacia dónde y por qué esta carrera? No tenía idea. Todo tenía su explicación, su causa, su razón, se había dicho a sí mismo con mucha frecuencia. Incluso hubo una razón, una causa de la muerte de su mujer. Poco a poco se había ido perfeccionando en su oficio y había adquirido cierto prestigio como escritor. ¿Qué fuerza desconocida le había precipitado en medio de aquel confuso caos? ¿Lo sabría quizás algún día?

«¿Por qué precisamente yo? —pensaba—. No es mi guerra».

Pero luego se preguntaba si, después de todo, era quizá la guerra de cualquiera de los soldados que tenía junto a él, que aguardaban una muerte, si no inevitable, por lo menos muy probable. ¿Era la guerra del soldado que hasta hacía poco había sido

ranchero de ovejas en Nueva Zelanda? Seguramente el neozelandés se maravillaría de que pudiera estar entonces en el sur de Grecia y se preguntaría también si aquélla era su guerra.

¿Era quizá la guerra de aquel muchacho inglés que se apoyaba sobre el borde de la caja del camión y vomitaba? ¿O la guerra del árabe que tenía a su lado? ¿Era la guerra de la chiquilla ametrallada en la plaza de la aldea, apretando su muñeca de trapo?

Continuó preguntándose cosas parecidas y acabó con el acostumbrado sentimiento de compasión hacia sí mismo.

La oscuridad envolvía las montañas.

Las tropas habían sido apelotonadas en los camiones de tal modo que no les quedaba ni siquiera espacio para sentirse cansadas ni tiempo para pensar en ello.

La hilera de camiones iba deslizándose trabajosamente a través de las montañas, en dirección al mar. Una corriente interminable de vehículos, de la que no se veía más que las luces que alumbraban el camino. Una corriente que parecía de peregrinos con sus antorchas, iluminando la ruta que les llevaría a Tierra Santa.

De vez en cuando, uno de los camiones sufría alguna avería, perdía la dirección o le faltaba alguna pieza vital, y se precipitaba con toda su carga por cualquier precipicio, entre un siniestro estrépito de gritos desesperados. Otras veces se derrumbaban sobre el mismo camino, incapaces de seguir adelante, y los hombres debían bajar y seguir a pie, después de precipitar a los camiones inutilizados fuera del camino, para dejar paso a los siguientes. Los camiones ya sobrecargados, debían recibir todavía una carga adicional, y los hombres colgaban de ellos como racimos.

La macabra procesión continuaba incansablemente.

¡Amanecer!

Un centenar de camiones quedaba atrás, en los barrancos que bordeaban la carretera.

Aquel Dunkerque sobre ruedas llegaba a su fin. La columna se detuvo en las afueras de la ciudad de Kalamai, en el golfo de Messinia. Era el fin. No podía seguirse más allá. No había ya más tierra en la que adentrarse.

Michael Morrison vio de nuevo los rostros que ya le eran familiares, las caras de los griegos, de la gente griega. Kalamai, ciudad abierta e indefensa, ¿qué suerte iba a correr?

La tropa se desparramó por los abundantes limonares cercanos a la ciudad. Inmediatamente, con diabólica precisión, los aviones comenzaron a bombardear y arrasar sistemáticamente cada metro cuadrado del terreno. Cientos de aviones.

Mike se echó al suelo. Hora tras hora los «Stukas» iban y venían absolutamente dueños del cielo. Mientras el mundo ardía en torno suyo, un salvaje odio comenzó a nacer en él. Comenzó a distinguir quién era su enemigo y qué clase de enemigo era.

Mediodía. La sinfonía continuaba.

Un cabo que ostentaba el distintivo del Ejército inglés se acercó a Mike y le dio una palmada en la espalda.

—Ven, muchacho. Necesitamos gente. Hay un camión de provisiones encallado en Kalamai.

Mike se puso en pie y caminó junto al cabo. Sanitarios y médicos sobrecargados de trabajo, iban y venían febrilmente, incapaces de dar abasto a las llamadas que de todas partes les llegaban. El cabo reclutó a algunos otros hombres.

—¿Se sabe algo sobre la evacuación?

—He oído decir que no pueden mandar más barcos hasta mañana por la noche, por lo menos.

—¿Y los hunos?

—Nuestra retaguardia se sostiene en Corinto.

Llegaron hasta el borde del limonar y se metieron en un camión que les esperaba. Marchó en dirección a la ciudad.

El camión se dirigió hacia la plaza principal. Tres «Stukas» se precipitaron sobre él, el pelotón se arrojó al suelo rápidamente. En pocos segundos el camión ardía.

Mike se escabulló de la plaza. De pronto tropezó y cayó al suelo. Se encontró sobre un caballo muerto. Permaneció allí durante unos segundos, mirando como hipnotizado los ojos del animal, que parecían burlarse de él y decir: «Esta guerra tampoco es la mía». Mike abandonó su lugar y corrió a lo largo de una hilera de casas. La nueva oleada de bombas le metió de cabeza dentro de un sótano.

Apoyados contra la pared vio a un anciano y a tres mujeres. Una de las mujeres tenía en brazos a un niño que lloraba. La mujer trataba de acallarlo poniéndole el pecho sobre la boca, pero cada bomba que estallaba hacía que el niño llorara más estrepitosamente. El viejo se santiguaba y rezaba en voz alta. Una de las mujeres comenzaba a presentar todos los síntomas de un ataque de histeria. Mike apartó sus ojos de aquel panorama.

Transcurrieron tres horas antes de que el ataque cesara. Mike salió afuera. Las cenizas de lo que fue Kalamai humeaban bajo el sol. El caballo muerto de ojos burlones yacía aún en mitad de la plaza.

Mike tomó la carretera que desde la ciudad conducía hacia el Sur. Un camión que pasaba se detuvo para recogerlo y lo dejó en un bosque que terminaba a cosa de un kilómetro y medio del mar. Allí los supervivientes de la Fuerza Expedicionaria aguardaban la evacuación.

Con la noche llegó una lluvia torrencial.

Michael Morrison se hallaba incluso demasiado cansado para comer el resto de pan y queso que todavía conservaba, o para pensar o para preocuparse de nada. Cayó dormido sobre el lodo.

Capítulo XI

El sol de la mañana dejó caer su calor sobre Mike. Se desperezó, se quitó el lodo de los ojos, de la boca y del pelo y se sentó. La tropa se había puesto en pie de marcha y se internaba lentamente en las cercanas colinas en busca de una protección más eficaz.

Un oficial dio prisa a Mike y éste siguió a los que iban ladera arriba. Cuando llegó a un lugar que le pareció bueno, se detuvo y se sentó. Desde allí podía ver toda la bahía y el mar. Debajo de él se hallaba lo que quedaba de la ciudad de Kalamai, sus viñedos, olivares y limoneros, e inmediatamente las jorobas rocosas del Peloponeso.

El panorama desde donde Mike se hallaba, era absolutamente pacífico, incluso los aviones que volaban sobre Kalamai semejaban tan sólo inofensivos insectos. El pan que guardaba era casi imposible de comer, pero el queso aún valía la pena. Lo comió y bebió hasta la última gota de agua que le quedaba.

Debido a alguna inexplicable razón, el recuerdo del caballo muerto y de la chiquilla apretando su muñeca de trapo, no le abandonaba. Tuvo un estremecimiento y una momentánea impresión de que se hallaba contemplando San Francisco desde los Twin Peaks.

Un soldado le ofreció generosamente lo que le quedaba de un cigarrillo y Mike lo fumó apresuradamente.

—Los alemanes han atravesado el canal de Corinto.

Aquello significaba que el XII Ejército se hallaba ya en la Grecia meridional. A menos que la retaguardia británica contuviera su empuje, era indispensable que los evacuaran aquella misma noche.

Mike se arrellanó en el asiento que se había formado en la hierba y miró el cielo que tenía encima, pensando en el caballo muerto de Kalamai.

Repasó en la mente toda su fantástica aventura. Casi inconscientemente su mano rebuscó en el interior del bolsillo de la guerrera caqui. Sacó el pequeño sobre blanco.

Lo estuvo examinando un rato. Con la elegante caligrafía de Fotis Stergiou se leía en él: «Sir Thomas Whitley, 12 Beauchamp Place, Londres SW 3. A entregar personalmente».

Mike jugueteó con el sobre durante unos instantes. Luego se dejó vencer por un impulso que le invadía irresistiblemente.

Abrió el sobre y con los dedos extrajo el papel que había dentro. Era una sencilla y pequeña hoja plegada sobre sí misma. Nuevamente con la caligrafía cuidada y elegante de Stergiou, había escrita allí una lista de nombres y ciudades. El reverso estaba en blanco.

Echó un vistazo a los nombres, ninguno de los cuales era griego. Quizás en todo caso se trataba de una especie de clave. Mike se sintió decepcionado y como

estafado, ya que por lo menos esperaba hallarse con una fórmula o algo parecido.

Leyó la lista:

Jon Petersen, Johannesburg, S. A.
Lorrie Daniels, Sydney.
Elmer Jackson, Montreal.
Sarah Moonstone, Montreal.
Adam Piper, Montreal.
David Main, Christchurch, N. Z.

Y así sucesivamente, nombres y ciudades.

Mike se sentía lleno de curiosidad. ¿Quién era aquella gente y qué significado tenía la lista? Cada nueva suposición no hizo sino aumentar su curiosidad. Sólo una cosa quedaba clara: aquel pedazo de papel era extremadamente importante tanto para los ingleses como para los alemanes.

Quienes iban detrás de aquellas listas no parecían conceder ninguna importancia a las vidas humanas. Si la lista era encontrada en su poder, era seguro que le costaría la vida. ¿Y si no se la encontraban? Debía tratar de conservar alguna oportunidad, incluso aunque la evacuación fallase. ¿Por qué no aprenderse los nombres de memoria? No le costaría ningún esfuerzo extraordinario. Sería cuestión de unos momentos.

Había aún alguna otra razón en el espíritu de Mike. Era una razón que no quería admitir plenamente, pero las experiencias de los últimos días habían afectado su posición indiferente de neutral para quien la guerra no era la suya.

«Al diablo con todo», pensó. Conservaría la lista tanto como pudiera, y si las cosas se ponían feas la destruiría. Aprendiéndose los nombres de memoria se comprometía excesivamente ante sí mismo. Sin embargo, si la lista era destruida, los ingleses nunca llegarían a enterarse de ella.

Mike se tumbó de nuevo, tratando de olvidar el maldito asunto, pero los nombres de la lista no le dejaban en paz. Se los repetía una y otra vez a sí mismo. Jon Petersen, Lorrie Daniels, Elmer Jackson…

Suspiró y se asombró de su propia tontería. A pesar de todo se aprendió la lista de memoria y a continuación rompió el papel en diminutos pedazos y los esparció al aire.

El día pasó sin ningún incidente apreciable. A medida que fue avanzando, Mike se dio cuenta de que los «Stukas», por lo menos momentáneamente, habían abandonado aquel campo de acción. Miró hacia el mar y vio unos puntos negros en el horizonte.

¡Algunos barcos se dirigían hacia la bahía de Messinia!

Los soldados se levantaron y miraron atentamente al mar. Esta vez no hubo charla

ni broma, sino que tan sólo se escucharon oraciones aquí y allá. Las oraciones quedaron ampliamente desatendidas cuando se extendió la estremecedora noticia de que los alemanes habían arrojado paracaidistas en las afueras de Kalamai.

Los oficiales recorrían el bosque gritando:

—¡Todos los que tengan armas, abajo! Los demás a la playa.

—¡Venga, muchachos, todos los que estén armados, adelante!

—¡Enseñémosles a los hunos lo que podemos hacer!

Las colinas se cubrieron de hombres airados.

Primero de dos en dos o de tres en tres, luego en pelotones, corrieron hacia Kalamai con la venganza y la muerte en el corazón. Hombres enloquecidos, que fijaban bayonetas al extremo de sus rifles. Pistolas, ametralladoras, e incluso bastones. La furiosa acometida de los ingleses arrojó a los alemanes de Kalamai.

El enemigo se reagrupó y cayó sobre la débil fuerza británica con redoblada potencia. La retaguardia peleó valientemente, cediendo el terreno a los alemanes palmo a palmo. La noche cayó sobre los combatientes.

Destructores y transportes anclaron en el golfo de Messinia y se dispusieron a aguardar la hora propicia para iniciar la evacuación.

Mike Morrison bajó la colina desesperadamente decidido a llegar a uno cualquiera de los barcos y abandonar Grecia de una vez. Cuando llegó a la playa, toda sombra de disciplina había desaparecido por completo. Manadas de hombres desarmados no pensaban en otra cosa que en escapar. Mike se detuvo junto a aquella turba, que llenaba la playa. Cada hombre no tenía más que una idea fija: escapar.

Debía alcanzar el borde del agua. Debía estar allí tan pronto como llegaran los primeros botes. Detrás de él, los ruidos de la batalla se acercaban a cada minuto que transcurría.

Empujó para abrirse paso, a codazos y puñetazos a través de aquella delirante y frenética humanidad. Fue hundiéndose paso a paso en la masa, apelando a todas sus fuerzas. Repartió puñetazos, mordiscos, se vio varias veces aplastado por montones de hombres enloquecidos y, al fin, se encontró de rodillas al borde de la playa. El uniforme estaba convertido en harapos, tenía la cara y las manos ensangrentadas.

Repentinamente se produjo un extraño silencio.

Un coronel inglés llegó hasta el agua frente a los hombres que aguardaban huir. Aunque su prestancia era magnífica, no pudo ocultar un temblor en la voz al decir:

—Señores, somos prisioneros de guerra.

La última esperanza se había desvanecido.

Mantened ardiente el fuego del hogar
aunque el corazón esté en pavesas,
aunque estemos lejos de él,
todos recordamos el hogar…

Mitad inconscientemente, mitad como desafío a la suerte, los hombres que estaban en la playa comenzaron a cantar. La melodía recorrió espasmódicamente la atestada playa.

Tres palabras eran como un redoble en los oídos de cada uno de los miles de soldados desparramados en los suburbios de Kalamai: prisionero de guerra, prisionero de guerra.

Hay un resplandor plateado
que brilla a través de las nubes oscuras…

Comenzaron a encenderse fuegos a lo largo de la playa. Michael Morrison se sentó temblando al lado de uno de ellos. Estaba lleno de un miedo infinitamente superior a cualquier otro miedo que jamás hubiera sentido. Imaginaba un bastón negro que le golpeaba en la cara, un cubo de agua que le echaban encima para reanimarlo y el bastón nuevamente. No podría resistir a la tortura. Deseaba creer que era valiente, pero le faltaba valor para proseguir la absurda aventura.

Jugó con la idea de especular con la lista de los nombres a cambio de su vida. Trató de justificarse mentalmente de una acción como aquélla, pero le fue imposible. Sabía que si hacía aquello no tendría jamás un minuto de paz en lo que le quedara de vida, durante la cual no haría otra cosa que reprocharse su cobardía. Se levantó y se apartó del fuego, ya que necesitaba estar solo para pensar en todo aquello con calma.

Durante la larga noche, Mike estuvo aislado de todos, reviviendo muchos instantes maravillosos. Se hallaba aún con Ellie en el Campus de la Universidad. Estaba jugando en el equipo de Stanford. Sostenía a su primer hijo en brazos. Abría una carta que comenzaba diciendo: «Tenemos el gusto de comunicarle que aceptamos su novela…». Sí, había infinidad de cosas agradables que recordar.

La primera claridad del nuevo día comenzó a apuntar en el horizonte. Una extraña y maravillosa calma se adueñó de Mike Morrison. Ya no tenía miedo.

Desde el extremo del bosque, un individuo que vestía el uniforme neozelandés observaba silenciosamente a Mike.

El sol comenzó a levantarse sobre el golfo de Messinia.

El neozelandés dio la vuelta por detrás de unos matorrales y se situó a espaldas de Mike. El americano tuvo la impresión de que alguien estaba allí y se volvió. Al encontrarse con la mirada fría de los ojos azules de Jack Mosley, no sintió miedo ni nerviosismo. Aceptaba el desarrollo sucesivo de los acontecimientos con la mayor tranquilidad.

—Bien, Morrison. Levántese sin decir ni pío y camine hacia el bosque.

Mike se levantó y precedió a Mosley bosque adentro, hasta que se hallaron bastante lejos de la playa. Mosley sacó una pistola y apuntó con ella a Morrison,

apoyándose contra un árbol.

Su cara se abrió en una sonrisa y saludó burlonamente al americano con el arma.

—Tocado, Morrison, lo reconozco. Su borrachera fue espectacular, una buena escena. Me ha hecho correr bastante para alcanzarle.

Encendió un cigarrillo calmosamente. Mike permanecía silencioso. Sus ojos se empequeñecían de odio y esperaba que Mosley se distrajera tan sólo un instante.

—Estará usted interesado en saber que ayer por la noche, después de la rendición, hablé con Atenas. Nuestro común amigo Konrad Heilser ha tenido una gran alegría al saber que usted no había podido marcharse de este pequeño y querido país.

—Si va usted a matarme, hágalo de una vez —dijo Mike tranquilamente.

—¿Matarle? ¿Quién habla de matarle? De ninguna manera. Heilser ha preparado para usted una estupenda recepción en Atenas. Creo que posee usted una buena cantidad de interesantes informaciones. No creo que el coche que le ha de llevar a Atenas tarde mucho. Y espero que el asunto de encerrar a sus camaradas en un campo de concentración tampoco se demore mucho.

—¿Qué van a hacer conmigo?

—¿Hacer? Depende de usted mismo, querido amigo. Ya sabe que muchas veces he discutido con Konrad en lo que se refiere a ciertos métodos demasiado poco delicados para obtener confesiones, pero de todos modos hay que reconocer que da excelentes resultados. Para comenzar, Morrison, ¿quiere usted decirme la marca del tabaco que fumaba en Atenas? Pienso hacer un buen pedido a América.

—¡Naz, hijo de perra! —escupió Mike.

—Es usted un mal jugador, Morrison. No sabe perder —le reprochó Mosley—. Ya sabe que en este asunto es mucho lo que se juega.

—¡Naz, hijo de perra…!

—Vale más que deje estas flores para Heilser, ¿no cree Morrison?

En aquel momento se oyó un disparo de pistola.

Una fea expresión apareció en la cara de Mosley. Su pistola le resbaló de la mano y cayó al suelo. Se tambaleó. Dio un par de pasos vacilantes en dirección a Morrison. Sus rodillas cedieron y cayó como un muñeco de trapo. Se estremeció y quedó rígido y quieto sobre el suelo. Su boca quedó abierta, con expresión de asombro en los ojos vidriados.

Capítulo XII

Todos los músculos de Morrison se pusieron en tensión. Se inclinó sobre el caído Jack Mosley y estuvo unos instantes observándole.

Un hombre salió de detrás de un árbol, unos metros más allá. Era un hombrecillo que medía un metro y medio escaso y llevaba gruesas gafas de concha; en su mano humeaba una pistola.

El hombrecillo se dirigió hacia el caído Mosley y registró sus bolsillos. Luego cubrió el cadáver con un montón de ramas y hojarasca. Cogió la pistola de Mosley y la puso en la mano de Mike.

—Esconda esto debajo de sus ropas —dijo.

Mike continuó mirando asombrado a su antiguo enemigo, tan oportunamente suprimido en el momento justo.

El hombrecillo cogió a Mike del brazo.

—Vamos, muchacho, debemos marchar de aquí.

Mike, aún aturdido, fue casi empujado por el hombrecillo a través del bosque. Dieron una vuelta y fueron a parar a la playa. Los soldados amontonaban sus rifles para que los alemanes los recogieran.

Mike se dejó caer sobre la arena y sacudió la cabeza.

—Estamos de suerte —dijo el hombrecillo—. Nadie oyó el tiro.

Mike le miró. En aquel momento hubiera desconfiado incluso de su propia madre. El hombrecillo se deslizó sobre la arena a su lado y habló en voz muy baja. Mike mantuvo cerrada la boca.

—Me llamo Soutar. El mayor Howe-Wilken, descanse en paz su alma, era mi compañero.

Mike trató de comprender lo que Soutar le estaba diciendo, pero le asaltaba una extraña duda. Había estado huyendo de aquel hombre, convencido de que trabajaba con Jack Mosley. ¿No podía ser que él y Mosley hubieran preparado la escena del bosque, para tenderle una trampa? Pero, no, no podía ser, ya que él mismo había visto la sangre que salía de la boca de Mosley.

—Morrison, no tenemos tiempo para perderlo estúpidamente. Nos ha costado muchísimo llegar hasta aquí.

Mike se mantuvo en silencio.

—Vea esta carretera. Dentro de poco los alemanes nos harán marchar por ella. Tienen un campo de prisioneros preparado ya en Corinto.

Silencio.

—Muy bien. Cállese usted. Guarde silencio. Konrad Heilser le encontrará en menos de veinticuatro horas. Ya veremos si con él también podrá estar callado. Mire, Morrison, los alemanes han incendiado más de un centenar de aldeas y están matando

a la población civil como si fuera un montón de moscas. Ya veremos lo que harán cuando se den cuenta de que ha caído en sus manos nada menos que una brigada de judíos de Palestina.

El hombre que se presentó a sí mismo como Soutar, encendió un cigarrillo.

—No sea usted estúpido. Le hubiera matado al mismo tiempo que a Jack Mosley si por un momento hubiera tenido la sospecha de que no se hallaba usted en el bando adecuado. Escuché perfectamente lo que le dijo a Mosley.

Mike pensó que era inútil resistir. Soutar sabía su nombre y sabía quién era. De todos modos, en el caso de que Soutar fuera un agente alemán, él tendría las de perder. Le latió el corazón más de prisa y abrió la boca decidido a hablar.

—Muy bien. Soy Mike Morrison, un americano, un ciudadano americano; no quiero otra cosa que verme fuera de este lío. Me metieron en él, no me importa en absoluto lo que ustedes tengan entre manos y quiero perder de vista ese asunto lo antes posible.

—Esto —repuso Soutar con una ligera sonrisa— quizá no sea tan fácil como le parezca. No sé si se da cuenta de que se halla metido en el asunto hasta la punta de los cabellos.

—¿Por qué? —preguntó Mike—. ¿Por qué?

—Le guste o no le guste. Ya sabe usted, Morrison, que a veces no podemos hacer gran cosa para alterar el curso de nuestra vida.

Mike dio una patada sobre la arena. Comenzaba a sentir confianza en el hombrecillo. El hombrecillo tenía razón, Mike se daba cuenta de ello. Llega un momento en que un hombre se ve obligado a hablarse con claridad a sí mismo y a decirse: «Así están las cosas; trata de sacar de ellas el máximo provecho». Anteriormente había tenido que aceptar el hecho de que Ellie estaba muerta, que no la vería nunca más. Existían muchas cosas contra las que ciertamente resultaba imposible luchar.

—Muy bien —murmuró Mike—. Estoy metido hasta el cuello.

Mientras se sentaban y esperaban lo que decidían sobre ellos sus vencedores, Soutar contó su historia, con su fuerte acento escocés.

Cuando los alemanes invadieron Grecia y Yugoslavia, él y el mayor Howe-Wilken fueron enviados a Atenas para recoger la lista de Stergiou. Desde el momento en que aterrizaron, se dieron cuenta de que el enemigo se hallaba sobre su pista. Esto fue confirmado más tarde, cuando Soutar descubrió que Zervos, un funcionario del Estado, había olido algo y había ido con la información a los alemanes.

Soutar y Howe-Wilken evitaron entrar en contacto con Stergiou y planearon, en cambio, entregar la lista a Morrison. A partir de entonces debían actuar de modo que sirvieran de tapadera a Morrison y desviaran de él todas las sospechas.

Howe-Wilken fue a casa de Stergiou y Soutar se encargó de encontrar un avión para salir de Atenas. Sabiendo que era seguido, Soutar pasó el día dando vueltas de un lado a otro de Atenas, hasta que los despistó para poder ir a encontrar a Howe-Wilken. Cuando Howe-Wilken no pudo encontrar a Soutar, fue a casa de Stergiou. A aquellas horas era ya demasiado tarde para obtener una escolta militar, ya que los ingleses estaban retirándose de Atenas.

Soutar llegó a la casa de la calle Petraki tan sólo pocos minutos después de que Mike, aturdido por los efectos de la bebida, hubiera marchado, y Howe-Wilken vivió lo suficiente para decirle que Morrison tenía la lista y que esperaba que fuera al aeropuerto de Tatoi.

El resto era ya historia conocida para Mike. Soutar perdió contacto con él en el aeropuerto, durante el ataque aéreo, lo reanudó de nuevo en el tren, lo perdió de nuevo y continuó su búsqueda durante la retirada de la Fuerza Expedicionaria.

—Desde luego, yo me hallaba en franca desventaja —dijo Soutar— ya que nunca le había visto a usted ni le conocía ni tenía idea de cómo era, pero el amigo Mosley me resolvió el problema.

—¿Quién es Mosley exactamente?

—En realidad tiene, o tenía, media docena de personalidades distintas. Últimamente era agente alemán con una buena educación oxfordiana. Trabajaba en estrecho contacto con Heilser.

—Este Heilser debe de ser el jefe, ¿no?

—¡Ah! Konrad Heilser. Le he encontrado ya un par de veces, en Noruega y luego en Francia. Obstinado, brutal y tenaz. Si es preciso nos buscará detrás de cada matorral y debajo de cada piedra de Grecia. No va a ser una jira campestre, Morrison, ya lo verá.

—Adelante.

—No hay mucho más. Cuando vi a Mosley en el tren, comprendí que le andaba buscando a usted. En vez de buscarle a usted, me dediqué, pues, a observar a Mosley, esperando que él mismo me condujera hacia usted. Así fue.

Mike murmuró:

—No puedo remediarlo, he de tomar a risa los movimientos que hice para escapar de usted…

—Muy hábil para un novato, Morrison, ésta es la verdad. Pero seguramente ha adquirido usted una provechosa experiencia. ¿Y la lista? ¿Qué ha hecho usted de ella?

—Tengo buena memoria. Me la aprendí en poco tiempo y la destruí.

Morrison hizo una pausa y preguntó:

—¿Qué significa la lista de Stergiou?

—Se lo diré. Creo que debe saberlo. Fotis Stergiou, descanse su alma en paz, fue uno de los mejores abogados del país, quizás el más conocido y famoso. Cuando los

italianos invadieron Grecia, el pasado invierno, Stergiou se puso en contacto con varios altos funcionarios del Gobierno y les hizo una proposición. Debían convertirse en colaboracionistas si la ocupación se convertía en un hecho. Diecisiete de ellos se mostraron conformes. Actualmente están trabajando con los alemanes, según la opinión general y la apariencia. Se encuentran en posiciones importantes, de modo que incluso dos o tres de ellos son ministros. Como es natural, trabajan para nosotros. Esperan que entremos en contacto con ellos.

Soutar tiró la colilla de su cigarrillo y se quedó mirando al horizonte.

—Ninguno de los que están en la lista de Stergiou, conoce a ninguno de los demás. Cada uno de ellos trabaja por separado.

—¿Por qué?

—En el caso de que los alemanes le descubran, no por esto descubrirán a todos los demás. Descubierto uno, los demás seguirían trabajando.

—¿Y no dice usted que los alemanes están sobre su pista a causa de un delator griego?

—Sí. Un tal Zervos. Y, a lo que entiendo, es tan peligroso como el propio Heilser.

Mike permaneció en silencio durante unos momentos. Había visto cuál era el poderío de los alemanes, y todo aquello le parecía inútil y absurdo.

—Pero, estos diecisiete individuos, ¿qué es lo que pueden hacer contra todo lo que hemos visto?

—¿Hacer? Es usted muy ingenuo, Morrison. Más de una guerra ha sido perdida o ganada gracias a estas cosas. Tenga en cuenta que estos hombres tendrán acceso a documentos secretos, conocerán cada uno de los movimientos de los alemanes en el país, cada submarino que tenga su base en un puerto griego, el lugar exacto en que cada soldado acampará o en el que cada cañón estará emplazado. ¿Hacer? Le diré a usted lo que van a hacer. Esta guerra cambiará de signo, un día u otro, recuerde mis palabras. Y para entonces la resistencia griega mantendrá inmóviles aquí una serie de divisiones alemanas. Cuantas más sean, menos podrán mandar a los frentes.

Mike dijo:

—Por lo que veo, esto es aún más importante que una fórmula secreta.

—¿Cómo?

—Nada. Estaba pensando en voz alta. Nada.

—Cuando todo esto termine, estos diecisiete hombres deberán ser reivindicados. No deben morir como traidores. Usted es ahora el único que sabe quiénes son.

Repentinamente Soutar susurró:

—Silencio.

Un soldado alemán salió cautelosamente de la carretera, llegó hasta la playa y se detuvo allí, frente a miles de sus enemigos. Los ingleses le miraron con curiosidad.

—Los nombres —murmuró Soutar—. Dígame los nombres.

—No así como así —sonrió Mike.

—No tenemos tiempo para perder, Morrison.

—Si no le digo todavía los nombres, usted se tomará con mayor interés el sacarme fuera de Grecia lo antes posible, ¿no le parece, Mr. Soutar?

—Es usted de los que aprender de prisa, según veo —gruñó Soutar—. Ya hablaremos luego de todo esto.

El soldado alemán gritó una orden, un poco asustado; los humillados y amargados miembros de la Fuerza Expedicionaria Británica comenzaron a formar, con evidente mala gana.

La tranquila actitud de Soutar tranquilizó a Mike. Los dos, el alto y atlético americano y el pequeño escocés, entraron a formar parte de uno de los pelotones.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Mike.

—Con un poco de suerte, no va a ocurrir nada hasta llegar a Corinto. Comience por deshacerse de su pasaporte y cualquier cosa que pueda identificarle.

—¿Qué ocurrirá cuando lleguemos a Corinto?

—No vamos a Corinto, usted y yo, amigo. Vamos a escaparnos del tren.

Mike recordó cómo se deslizaban las vías bajo los vagones, en el anterior viaje, y se sintió poco tentado a emprender la aventura.

La formación comenzó a marchar hacia Kalamai. Soldados alemanes con la bayoneta calada, se situaron a ambos lados de la columna británica.

—No se separe mucho de mí —susurró Soutar—. Si por algo debemos separarnos, póngase en contacto con el doctor Harry Thackery, en la Sociedad Arqueológica Americana de Atenas.

—Doctor Thackery, Sociedad Arqueológica Americana de Atenas —repitió Mike.

Soutar metió un grueso rollo de dracmas en el bolsillo de Mike.

La formación alcanzó las afueras de Kalamai. Los muertos vivos de Kalamai, se hallaban en las calles y lloraban mientras los muertos vivos de la Fuerza Expedicionaria Británica se dirigían a su poco glorioso destino. El caballo muerto yacía aún en mitad de la plaza.

Se detuvieron en la bombardeada estación de ferrocarril. Oficiales alemanes contaron a los ingleses y los separaron en grupos de ochenta. La eficiencia del enemigo había ya reparado las vías férreas y una larga hilera de vagones estaba aguardando.

Soutar se dio cuenta del nerviosismo de Morrison y trató de tranquilizarle, hablándole en voz baja. Le brillaban los ojos casi alegremente detrás de sus gafas de concha. Una muchedumbre de griegos se apelotonaba en torno a la estación. Los centinelas formaron una línea para separarlos de los prisioneros.

Una chiquilla pasó a través de los centinelas y se dirigió hacia el grupo en que se

hallaban Mike y Soutar. Llevaba un pedazo de pan en sus manos. Uno de los centinelas le ordenó detenerse. Los ingleses gritaron que se marchara. Sin embargo, la pequeña siguió avanzando con su pedazo de pan para los soldados hambrientos. El centinela gritó de nuevo. Bajó el fusil.

Soutar cogió a Mike del brazo.

—Conténgase. Vuelva la cabeza y no mire.

Mike dio un respingo cuando el tiro taladró el aire de la estación. Una serie de airados soldados ingleses se precipitaron contra el centinela, pero fueron reducidos con la ayuda de las bayonetas. El pedazo de pan rodó hasta llegar a los pies de Mike. Soutar lo recogió.

—Lo único que podemos hacer es comerlo, ¿no?

La puerta de un vagón de ganado fue ruidosamente abierta.

—Rápido —susurró Soutar—. Suba antes que nadie. Métase en el extremo del vagón, a la izquierda. Hay un agujero en el techo.

Ambos se metieron en el vagón y se situaron en el lugar señalado por Soutar. En un segundo, una oleada de prisioneros lo llenó por completo.

La puerta fue cerrada y se hallaron envueltos por la semioscuridad. Oyeron el ruido de la cerradura al ser cerrada. También oyeron cómo algunos soldados se subían al techo del vagón, para montar la guardia.

Mike y Soutar fueron aplastados contra el extremo del vagón, por el empuje de los hombres amontonados en torno suyo.

—Mantenga este lugar a toda costa —murmuró Soutar.

El tren se puso en marcha, convirtiendo el interior del vagón en una confusa jungla de brazos y piernas que se apoyaban donde podían.

El sur de Grecia es un país cálido, especialmente cuando se recorre en el interior de un vagón de ganado. El olor a animal fue pronto anulado por el olor a carne sudada. Algunos comenzaron a vomitar. Era absolutamente imposible mover un brazo o una pierna, ya que los pasajeros habían sido concienzudamente estibados. Cada uno debía aguantar como podía, sudar todo lo que podía y cargar con su propia sed y su hambre particular.

Al cabo de una hora, muchos de los prisioneros comenzaron a desvanecerse, pero siguieron en pie, ya que no quedaba espacio suficiente para caer. Las ropas estorbaban y de modo casi inconsciente, los soldados se las arrancaban de encima. Los cuerpos amarilleaban y olían a rancio. El hedor de los excrementos y de la orina se añadía a la pavorosa atmósfera.

Mike perdió el conocimiento varias veces. Soutar trataba de darle masaje en las sienes y en la nuca. Cuando perdía el conocimiento, Soutar hacía lo posible para reanimarle. La mitad de los hombres que viajaban en aquel vagón, se hallaban en idéntico estado de inconsciencia; algunos gemían como agonizantes.

El hedor a carne sudada era como una ola que llegaba hasta los mismos ojos de Mike y le cegaba. Cada traqueteo del tren lanzaba venas arriba un estremecimiento de dolor y una muralla de hombres desvanecidos contra su maltrecho cuerpo.

Al atardecer, incluso Soutar comenzó a ceder. Mike se había maravillado hasta entonces del aguante del pequeño escocés. Le aplastaba con su peso y apoyaba su cuerpo contra él, en los ratos en que se hallaba inconsciente. Finalmente Soutar comenzó a ahogarse. Le llegaba al nivel del pecho y le faltaba aire.

El viaje continuó, en aquellas dantescas condiciones, a lo largo de la noche.

Soutar y Morrison se relevaban mecánicamente en la tarea de mantenerse vigilantes y ayudarse a seguir alentando. Dos hombres habían muerto ya en el interior del vagón.

Había oscurecido por completo. Era de noche.

Por fortuna, la noche refrescó notablemente, lo que supuso un alivio para los prisioneros amontonados en los vagones. El hedor había llegado a ser insoportable. Mike y Soutar habían vomitado hasta que no les quedó absolutamente nada en el estómago.

Los hombres caían unos sobre otros, los más enfermos debajo, junto a los muertos, incapaces todos de moverse.

Al fin cerró la noche y con ella vino la completa oscuridad. Se desvaneció la media luz del largo crepúsculo. En aquellas circunstancias, Mike Morrison hubiera incluso aceptado la idea de marcharse a la Luna en un cohete.

—Nos vamos —dijo Soutar lacónicamente.

—¿Y si detienen el tren? —murmuró Mike.

—No se arriesgarán a ello sólo por un par de fugitivos. Si ahora se detuvieran tendrían que enfrentarse con un levantamiento en masa. Lo saben perfectamente. Nos llevan de esta forma con pleno conocimiento de lo que hacen, de los riesgos y de las ventajas.

Mike levantó a Soutar sobre sus espaldas. Soutar se aseguró de que la pistola estaba en su sitio. Trepó afuera.

—Usted pasará el primero, Morrison. Aguarde dos o tres minutos a que acabe de pasar el tren.

Mike asintió.

—Muchachos, dadnos una mano. Tratamos de escapar de aquí.

Varios pares de manos le ayudaron a alcanzar el techo del vagón. Mike agarró fuertemente el borde del agujero y se deslizó por él. Los soldados le empujaron hasta arriba.

El fresco aire de la noche fue como un poderoso tónico. Morrison sintió que la cabeza se le aligeraba. Trepó del todo hasta situarse sobre el techo del vagón. Decidió esperar a que el tren aflojara la marcha al llegar a una curva, para lanzarse, pero un

brusco movimiento le lanzó fuera del vagón.

El suelo se le acercó con horrible rapidez. Rebotó y rodó varias veces sobre sí mismo. Al fin se encontró al extremo del talud de la vía y se quedó quieto unos momentos.

Miró hacia la vía férrea. Oyó el disparo de un fusil. No se movió hasta que el ruido del tren se extinguió por completo y pudo oír, en el silencio que le envolvía, el latir de su propio corazón y su agitada respiración.

Molido por el golpe, caminó a lo largo del talud. A pesar de todo no sentía ninguna clase de dolor. Todo era maravilloso, se sentía ligero y animado, como si hubiera bebido media docena de «Martinis». Caminaba como sobre una nube. Se sintió bien, positivamente bien.

Siguió la doble cinta de acero de las vías. Estaba oscuro, excepto cuando aparecía la luna en cuarto creciente entre las nubes.

—Soutar —llamó en voz baja—. Soutar.

Oyó un gemido al otro lado de la vía férrea. Caminó hacia un matorral.

Allí estaba Soutar, de cara al suelo. Mike le dio la vuelta. Estaba muerto.

Buscó en los bolsillos. Estaban vacíos. Cogió la pistola y la guardó en su bolsillo. Arrastró el cuerpo de Soutar hasta el cercano bosque. Las piernas del escocés estaban cubiertas de sangre.

Cuando llegó al bosque cavó una rudimentaria fosa, metió en ella el cadáver y lo cubrió con tierra, hojarasca y ramas.

Atenas. Debía volver a Atenas y encontrar al doctor Harry Trackery. Trató de mantenerse en pie, pero tropezó con un árbol. Los árboles comenzaron a bailar ante sus ojos, de modo que le era imposible mantenerse de pie.

Debía encontrar agua, refrescarse, lavarse, aclarar la cabeza.

Caminó vacilante por el bosque, en dirección a la playa. Vio pronto las luces de una aldea. Gente… Griegos… Los griegos eran amigos, puesto que tenían el mismo enemigo que él. Le esconderían.

Las luces de la aldea comenzaron a bailar alocadamente.

Era preciso aguantar hasta el fin. Faltaba poco.

Caminando sobre las manos y los pies en varios trechos, se arrastró hasta llegar muy cerca de las luces, dejando una huella de sangre detrás de él. Se tocó la cara. Era una húmeda y sucia esponja.

Se derrumbó junto a la primera casa, ante la puerta. Nunca supo cómo pudo llegar hasta allí. Caminó como un autómata durante un trecho indeterminadamente largo.

—¡Socorro! —gritó desmayadamente—. ¡Por amor de Dios, ayudadme!

La puerta se abrió.

Mike Morrison se desvaneció.

Segunda parte

Capítulo Primero

Sonó el teléfono. Konrad Heilser gruñó, dio la vuelta sobre su cama y buscó la luz en la mesa de noche. Acercó el auricular a su oído y se apoyó en la almohada.

—Aquí, Zervos —dijo alguien al otro extremo de la línea—. Perdóneme usted por llamarle a estas horas, pero acabo de llegar ahora mismo a Atenas.

—¿Dónde se halla en estos momentos? —preguntó Heilser aún medio dormido.

—En el Cuartel General.

—¡Venga a mi hotel inmediatamente! —tronó Heilser.

A continuación colgó el teléfono.

La mujer que se hallaba al lado de Heilser se despertó y murmuró algo ininteligible. Heilser apartó la ropa y se sentó al borde de la cama. La muchacha abrió los ojos.

—¿Dónde vas, cariño?

—Negocios. Vuelve a dormir.

La muchacha alcanzó una caja de bombones que tenía encima de la mesita de noche. Quería mostrarse enfadada por la desatención de Heilser. Pero éste pensaba que ya estaba harto de ella, mientras se iba al baño a vestirse. La muchacha se desperezó con el propósito de llamar la atención de Heilser hacia su cuerpo desnudo y se olvidó de seguir mascando el bombón.

Agradable de mirar, la pequeña perdida, pero completamente estúpida. Sin imaginación. Incapaz de inventar ningún truco para retenerle. La despediría cualquier día y buscaría otra que le satisficiera. Una mujer que se hallara más a su altura. No tenía por qué seguir aguantando a aquella estúpida. Entró en el cuarto de baño. La mujer le incitó.

—Dame un beso, cariño.

—Calla y duerme —repuso él.

El alemán se mojó la cara y trató de despertarse del todo. Se aplicó la acostumbrada loción para el cabello y estuvo un buen rato inmóvil ante el espejo. Su habitual mirada de autoadmiración, se había desvanecido. Zervos, el sucio cerdo griego, seguramente llegaba con malas noticias. De esto, Heilser estaba seguro.

Zervos había llevado el asunto del modo más estúpido. En primer lugar había permitido que Stergiou, el viejo procurador, se suicidara y por lo tanto se llevara consigo el secreto de la lista. En segundo lugar, Soutar había conseguido huir. Finalmente, el americano, Morrison, había estropeado todo el juego.

¡Maldito americano! Nada peor que tener que enfrentarse con un aficionado, en aquella clase de negocios. Todos los detalles de la endiablada maniobra iban apareciendo claros. El americano había sido utilizado por Howe-Wilken y Soutar como solución de emergencia. La oficina de Heilser había sido bombardeada por

docenas de preguntas acerca de aquel maldito Morrison.

Heilser había asegurado a la Embajada americana que deseaba saber lo antes posible dónde se hallaba Morrison y que procuraba encontrarle y que no escatimaría esfuerzos para ello, aunque se guardó muy bien de informarles acerca de lo que haría con él una vez lo encontrara. La Embajada se sintió tan reconocida por su interés que incluso le mandó dos fotos de Morrison. Una de ellas procedía de la solapa de la cubierta de uno de sus libros. Otra era la de su pasaporte. Desgraciadamente, resulta imposible para cualquier hombre normal identificar a su propia madre sin otra ayuda que la de fotos de este género.

El agente profesional y debidamente entrenado, se adentra por determinados caminos y se expone a ciertos riesgos. El agente profesional coloca su misión por encima de su propia vida. El aficionado nunca lo hace. Procede contra todas las reglas y desarrolla toda la sagacidad de un animal salvaje para seguir viviendo.

Heilser reconstruyó con paciencia la sucesión de los acontecimientos.

En primer lugar, la llamada de Mosley desde Kalamai, informándole que Morrison no había abandonado Grecia y que le había localizado entre las tropas británicas. Después de la llamada, Heilser y Zervos habían ido a Corinto a esperar al americano. Pero el americano no había llegado. Luego el cadáver de Mosley había sido hallado cerca de la playa de Kalamai y Heilser había tenido que admitir que el desesperado aficionado había conseguido apuntarse un tanto.

A continuación el cadáver de Soutar había sido encontrado cerca de la vía férrea, en las proximidades de Nauplion. Heilser había interrogado a cada uno de los prisioneros y de los centinelas que habían viajado en el tren. Trabajó en el asunto durante sesenta horas, sin tomarse un minuto para dormir. Al fin consiguió establecer el hecho de que Morrison había estado en el mismo vagón que Soutar y que habían tratado de escapar los dos juntos. Soutar no había tenido éxito. Morrison, sí.

Allí acababa la pista.

Era una extraña e inexplicable desaparición. Zervos había sido enviado a Nauplion, con el encargo de interrogar a todo el mundo en la ciudad y en sus alrededores.

Heilser cogió con evidente aire de disgusto su cepillo para el cabello. Conocía perfectamente lo que costaría un fracaso en el asunto de la lista de Stergiou. Y sabía igualmente lo que costaba siempre lograr cazar a un aficionado que además se hallaba desesperado.

Zervos esperaba en el gabinete situado junto al dormitorio, con el sombrero en la mano. Sus envidiosos ojos recorrían cada uno de los detalles de la lujosa estancia. Se detuvieron en el mueble bar.

Echó una cautelosa mirada al dormitorio. Podía ver un extremo de la cama, con las blancas sábanas agitándose ligeramente.

Pronto llegaría su tumo. Los alemanes pagaban mal, pero un hombre inteligente podía aprovechar muy bien las circunstancias. Hasta entonces había jugado las cartas adecuadas. Había actuado con perspicacia. La ocupación alemana era un hecho. Un hombre inteligente no podía conformarse con ser toda la vida un simple funcionario del Estado. Vender buena información era una excelente idea. Pronto tendría una habitación como aquélla. La colección de cuadros que había hallado en la casa de Stergiou, sería el comienzo de su fortuna; a partir de allí sucederían otras cosas, mejores, propias de un ciudadano respetable como era él entonces.

Pensó en algunos ricos compatriotas. Zervos tenía detrás suyo todo el poder de la Policía alemana. Dentro de poco visitaría a algunos de aquellos ricachos. Les advertiría confidencialmente que la Gestapo se interesaba Por ellos. Pero él, Zervos, podía sacarles del apuro. Podía protegerles. Claro está que aquella protección les costaría dinero.

No tardaría demasiado. Comodidades, una muchacha en la cama, para darle placer. Quizá podría llegar a convertirse en propietario de un hotel entero. Sería rico y poderoso. No estaba mal lo que se proponía hacer. Buena carrera para un funcionario del Estado.

El sueño de Zervos se desvaneció en un instante cuando Heilser entró en el gabinete y cerró la puerta del dormitorio. Durante unos segundos se cambiaron miradas de mutuo odio, desconfianza y miedo. El alemán abrió la conversación con el acostumbrado y seco:

—¿Qué hay?

Nunca se olvidaba de atormentar un poco a aquel sucio Zervos.

Zervos se encogió de hombros y dejó caer las manos en un expresivo ademán.

—Parece haberse evaporado. Hemos revuelto Nauplion de arriba abajo. Nada.

—¡Esto es ridículo! —bramó Heilser.

Encendió un cigarrillo y se dirigió al mueble bar. Ofreció una bebida a Zervos para que no se desanimara del todo.

El grueso y jadeante griego, dio un vistazo a las botellas. Algún día entendería de bebidas y disfrutaría de ellas. Llenó su vaso de *retsina* y lo bebió de un trago. Se secó los labios con la manga.

—Le digo a usted, Herr Oberst, que se ha evaporado.

—No diga estupideces. No hay nada misterioso en todo esto.

Heilser bebió un poco de su whisky, dejó el vaso encima de la mesa y recorrió pausadamente el gabinete de uno a otro extremo. Luego se sentó a la mesa y desplegó un mapa del sur de Grecia, a gran escala, trazando un círculo en torno a Nauplion.

—Alguien, dentro de este círculo, tiene la solución.

Dejó caer el lápiz encima de la mesa.

—Hemos interrogado a un millar de personas…

—Pues deben interrogar a otras diez mil. ¿No sabe usted con qué clase de tipo estamos luchando? Estamos tratando de encontrar a una rata acorralada. Nada hay más ingenioso, y a la vez peligroso, que un hombre que lucha por su vida.

Heilser bajó la voz y dijo, como si hablara para él solo:

—Dos cosas pueden ocurrir. Le hallamos o nos halla él a nosotros. Tratará de llegar a Atenas de un modo u otro. Tendrá que entrar en contacto con alguien. No se atreverá a hacerlo con la Embajada, pero es seguro que Soutar le orientó en este sentido. ¿Quién será este enlace? Puede ser alguien entre una docena de simpatizantes declarados de los ingleses que tenemos bajo vigilancia.

Heilser encendió otro cigarrillo y bebió un trago.

—Sin embargo, no podemos esperar a que esto ocurra. Debemos ganar el máximo tiempo posible. Hemos de atraparle, pero para esto es preciso no espantarlo antes. Fue capaz de saltar de un tren corriendo a toda velocidad. A menos que se trate de un acróbata de circo, tiene que encontrarse forzosamente herido de cierta gravedad y debe ser incapaz de moverse, por el momento. Me atrevería a asegurar que se halla en Nauplion, o por lo menos en su vecindad.

—Muy posible, Herr Heilser.

—Por lo menos estamos de acuerdo en una cosa —rezongó Heilser irónicamente y con visible desprecio—. Y me parece que he de irme a Nauplion y comenzar a trabajar en este asunto personalmente.

Se levantó y se dirigió hacia la habitación. Se detuvo ante la puerta y dijo:

—Encontraremos a Morrison, Zervos. Le encontraremos aunque para ello tengamos que remover todas las piedras de este sucio país.

—Sí, señor.

Heilser abrió la puerta y echó una ojeada a la habitación.

—Espéreme en el vestíbulo. Estaré abajo dentro de una hora más o menos.

Capítulo II

Cuando abrió los ojos, todo a su alrededor era una confusa mezcla de color blanco que daba vueltas sin parar. Las encaladas paredes reflejaban rayos de brillante sol. Cerró los ojos, deslumbrado, se los cubrió con la mano y los abrió luego con precaución.

Frente a él distinguió una sombría y tétrica pintura representando a Cristo. Ardía una vela frente a ella. Miró el cuadro durante unos momentos y a continuación se fijó en varias docenas de iconos que rodeaban al primero.

Echó una ojeada a las paredes y se detuvo una y otra vez sobre las distintas pinturas, en las que aparecía un verdadero ejército de hombres barbudos y mujeres de piel olivácea y grandes ojos negros. Dispersas desordenadamente por la habitación, se hallaban algunas sillas groseramente construidas y algunas pesadas mesas y también un gran telar.

Le lloraron los ojos a causa de la luz. Se sintió inesperadamente débil. Le daba vueltas la cabeza y se desplomó sobre el lecho, un lecho de un metro ochenta centímetros de ancho montado encima de un horno.

Oyó un rumor al otro extremo de la habitación y percibió la presencia de otra persona.

Una bonita muchacha de unos veinte años apareció ante él. Tenía profundos ojos negros y busto erecto y firme; su negro cabello le caía suavemente sobre los morenos y redondos hombros. Podía ver incluso el hueco entre los senos bajo el escote generoso con el borde caprichosamente bordado. Vestía además falda multicolor, ceñida por un ancho cinturón.

—Ayúdeme usted —murmuró el americano—. Debo llegar a Atenas…

—Calispera —repuso la muchacha, y salió corriendo de la habitación.

Mike trató de incorporarse, pero el menor movimiento le producía intolerable dolores en todo el cuerpo. Por el rabillo del ojo pudo ver sus ropas sobre una silla cercana al lecho. Hizo un esfuerzo por alcanzarla, buscó en los bolsillos la pistola. La colocó debajo de la almohada.

Al cabo de unos momentos la muchacha regresó junto con dos hombres. Uno de ellos era un verdadero gigante y vestía una especie de casaca negra. Resultaba casi imposible distinguir sus facciones, a causa de la enmarañada barba que llevaba. Se cubría con un alto sombrero de forma triangular.

El segundo de los hombres era bajo y macizo. Le brillaba la calva cabeza rodeada por una línea de cabellos en forma de herradura. Le adornaba el rostro un formidable bigote y vestía una típica falda griega con medias blancas ribeteadas de negro en torno a la rodilla. Llevaba también una blusa blanca, una especie de boina con una larga cola, y calzaba unas zapatillas muy puntiagudas rematadas con borlas rojas.

Miró a Mike y comenzó a hablar en un incomprensible dialecto griego. Mike no entendió ni una sola palabra. De repente, dio una vuelta y disparó una serie de órdenes a una vieja que acababa de deslizarse en la habitación.

En un momento, la sala estuvo llena de varios individuos que miraban a Mike con cierta curiosidad. También entraron mujeres llevando platos de comida, pollo, arroz, aceitunas, vino y un pan tan grande como una rueda de molino.

El hombre de la falda arrastró una silla hasta el borde de la mesa, llenó un vaso de vino e indicó a Mike que comiera.

Mike se incorporó con gran esfuerzo, silencioso todavía, desconcertado y lleno de curiosidad. La muchacha se le acercó y arregló las almohadas bajo su espalda.

Un silencio completo dominó en la habitación mientras Mike examinaba los platos que tenía delante. Si bien tenía hambre, comprendía que no le era posible comer más que unos bocados. Movió la cabeza y apartó los platos. Un murmullo se extendió por la habitación. El hombre de la falda le instó apasionadamente para que comiera. Mike trató de explicar por medio de señas que le era completamente imposible.

Entonces el hombre de la falda mandó que todo el mundo saliera, excepto la muchacha.

Entonces se volvió hacia Mike y le anunció con evidente placer, en un inglés infernal, pero inteligible:

—Me llamo Christos Yalouris, y ésta es mi sobrina Eleftheria, de Dernica. Mi sobrina está al cuidado de mi madre, en Dernica, pero la he mandado venir para atenderle a usted. ¿Cómo se llama usted?

Mike se llevó la mano a la cabeza y se encontró la frente vendada. Repuso tan sólo:

—Atenas… Debo ir a Atenas.

Christos movió la cabeza lentamente.

—Ha estado usted muy enfermo.

—Yo… Lo siento. Olvídelo. Mi nombre es Jay, Jay Linden. ¿Dónde estoy?

—Se halla usted en Paleachora.

—¿Paleachora?

—Sí. Doscientos kilómetros al norte de Atenas.

—¿Al Norte? ¿Cómo puede ser? Yo estaba en el sur de Grecia… No lo entiendo en absoluto.

—Fue encontrado usted en los suburbios de Nauplion.

Christos ofreció vino a Mike, pero éste lo rehusó.

—Muchos soldados ingleses escaparon del tren —le explicó Christos—. La gente sabía que los alemanes registrarían sistemáticamente la ciudad al cabo de un día o dos todo lo más. Muchos soldados ingleses escaparon hacia las colinas.

—Entiendo. Adelante, siga.

—Afortunadamente, uno de los miembros de mi tripulación se hallaba en la casa de Nauplion a la que usted fue a caer. Estaba usted desvanecido y no podía moverse. Lo llevamos a mi barco y lo trajimos aquí.

—¿Es usted pescador, entonces?

—No. Yo, Christos, soy el único propietario del único molino de Paleachora —anunció con evidente orgullo—. Tengo la embarcación para… bien, para el comercio y… y otros negocios.

Christos guiñó el ojo, indicando que su embarcación era empleada en negocios que generalmente la Ley se resistía a admitir.

Se negó a aceptar el reconocimiento de Mike, ya que aseguró que no hacía más que cumplir con su deber.

—No ha de darme las gracias por nada. Es mi obligación y la cumplo. Lo que importa es que se reponga pronto. El doctor vendrá dentro de cuatro o cinco días. Mientras tanto, debe usted descansar y no preocuparse de nada.

—Pero…, yo debo ir a Atenas.

—Más adelante hablaremos de esto.

Se dirigió a su sobrina.

—Ven, Eleftheria. Dejemos a nuestro amigo que siga durmiendo.

Los próximos días fueron agradables y descansados para Mike. La buena comida le ayudó poderosamente a reponerse y sus dolores disminuyeron considerablemente.

Morrison estaba convencido de que había sido una suerte para él que le hubieran traído a Paleachora. Ciertamente, Konrad Heilser no le iría a buscar en el norte de Grecia. Al principio lamentó haber sido descubierto, pero supo que muchos ingleses estaban escondidos en las colinas. Los aldeanos griegos les recibían con los brazos abiertos, y de hecho consideraban un honor poder contribuir a su fuga. En aquellos momentos se hallaban en Paleachora dos ingleses y diariamente pasaban por allí prisioneros fugados en ruta para el campo de concentración de Salónica.

La lista de Stergiou atormentaba a Mike constantemente cuando pensaba en los acontecimientos de las pasadas semanas. El nombre del doctor Harry Thackery no se apartaba un momento de su memoria. De todos modos, de momento no podía hacer nada. Estaba reducido a la impotencia hasta que por lo menos pudiera mantenerse sobre sus propios pies. Examinó sus posibilidades y tantos a favor. Dos pistolas, un montón de dracmas y un valioso amigo en la persona de Christos. Su autoidentificación como Jay Linden, soldado neozelandés, quedaba en pie y no era discutida por nadie.

La muchacha, Eleftheria, se hallaba generalmente cerca de él durante todo el día, tejiendo o trasteando en la cocina. Era extremadamente reservada, y no había manera

de entrar en conversación con ella, aunque bastara un leve movimiento de la ceja de Mike para dispararla a cumplir su menor capricho. En algunos momentos Mike pensaba que la muchacha era tan pasiva, que pertenecía a la clase de mujeres que gozaban poniéndose incondicionalmente en manos de un hombre. De las que decían: «Eres mi dueño. Mátame a golpes, si te parece bien». Aunque no se podía negar que la muchacha era de buen ver y que valía la pena mirarla cuando se sentaba a hilar o andaba de un lado a otro de la habitación, Mike se hallaba excesivamente enfermo, excesivamente en deuda con Christos y excesivamente preocupado por la lista de Stergiou para entretener ninguna idea acerca de ella. Eleftheria poseía todos los dones naturales necesarios para hacer vacilar e incluso perder la cabeza a un hombre normal en condiciones normales.

Durante el día, Mike apenas veía a nadie más que a Eleftheria y a la anciana y silenciosa mujer de Christos, llamada Melpo, de la cual Morrison apenas sabía si era capaz de hablar.

El cura de la aldea, el padre Pablo, iba de vez en cuando a ver a Mike y, ciertas veces, algún que otro habitante de la aldea metía la cabeza por la puerta de la habitación para preguntar: «¿Qué tal? ¿Cómo vamos?».

Las mujeres pertenecían en su mayor parte al tipo de Eleftheria. Hermosas, pero terriblemente tímidas y reservadas. Si alguna vez Mike conseguía llamar la atención de alguna muchacha, cuando comenzó a levantarse y acercarse a la ventana, nunca pudo, de todos modos, entablar conversación con ninguna de ellas.

Las cosas cambiaban al atardecer. Christos llegaba del molino o de vuelta de uno cualquiera de sus numerosos negocios. Era colocada una mesa al lado de la cama de Mike y ambos compartían una cena a la luz de las velas y hablaban durante horas, o más exactamente, Christos hablaba durante horas y hablaba generalmente del mismo tema: de sí mismo.

Otros hubieran preferido pasar la velada vaciando poco a poco una botella de *krasi*, pero él prefería pasarla hablando. Su charla era siempre apasionada, subrayada por el brillo de su inquieta calva y sus no menos inquietos movimientos de brazos y manos, mientras el bigote subía y bajaba, iba y venía en una especie de fogoso *staccato*. Christos era el bienhechor de la Humanidad y el hombre de la aldea que sabía hacerlo todo y entendía un poco de todo. Morrison, como huésped especialmente distinguido, era testigo de infinidad de sus actividades. Siempre estaba metido en una docena de negocios distintos. La embarcación adquiría gracias a la guerra un valor enorme y Christos proyectaba ya dedicarla al transporte de trigo, que forzosamente escasearía dentro de poco y por lo tanto le pagarían a peso de oro. Con lo que ganara en el negocio, compraría algunas propiedades urbanas en Atenas, que estaban bajando de precio, pero un día u otro, cuando la guerra acabara, volverían a subir indefectiblemente.

Cuando el atardecer se cambiaba en anochecer y el vino soltaba las lenguas, la conversación acostumbraba a recaer sobre las hazañas de Christos en las casas de mala fama. Para entonces ya había cenado y siempre se agregaba a la reunión un grupo de aldeanos, que a la vez se sentían obligados a contar sus experiencias en los prostíbulos de todo el país. Mike se sorprendió al descubrir el papel relevante que las prostitutas tenían en la sociedad griega. La esposa, generalmente obtenida a causa de un arreglo entre familias, era pronto arrinconada. Su oficio consistía en dedicarse al hogar y a la familia. El marido pasaba buena parte de su tiempo en los burdeles y muchas veces se daba el caso de una prostituta inteligente, o por lo menos lista, que encontraba en tan sorprendentes lugares un buen marido, que le proporcionaba una vida cómoda y respetable.

Cuando este tema quedaba ya agotado y las velas se iban extinguiendo, Christos expresaba sus opiniones acerca de lo que era realmente la guerra. Vestido con su pintoresca falda, atravesaba repetidamente la estancia de un lado a otro, haciendo tremendas matanzas de invasores alemanes, a los que consideraba unos intrusos. Los búlgaros, los turcos y los italianos comedores de macarrones, eran los verdaderos enemigos, como lo probaban siglos y siglos de constante enemistad.

Naturalmente, cada noche el relato de Christos era un poco más exagerado que en la anterior.

Quedaba tan sólo Christos y dos únicos camaradas. El enemigo atacaba la colina sobre la cual él había decidido resistir. Los búlgaros subían a manadas, pero al final de la lucha quedó Christos, en medio de montones y montones de muertos. Cuando acababa de contar su hazaña le brillaba la calva y el sudor le corría por el cuerpo y se mostraba tan agotado como si realmente acabara de derrotar a todo un ejército de búlgaros.

—¡Éste es el modo de hacer la guerra! ¡Hombre a hombre!

En Nauplion, Konrad Heilser se hallaba en el balcón de la habitación que había tomado en el hotel, contemplando la bahía de Argolis. Tenía los ojos como sanguinolentos y el cabello revuelto. Los ceniceros colocados en cualquier parte de la habitación rebosaban de colillas de cigarrillos a medio fumar. Llevaba la corbata aflojada y las mangas de la camisa subidas hasta los codos.

Estaba llevando a cabo una minuciosa investigación en Nauplion, pero era incapaz de descubrir el más pequeño rastro de Michael Morrison, la más leve indicación que le condujera a encontrar la clave de su inexplicable desaparición. Zervos había sido enviado tras una pista absurda, que posiblemente no conduciría a nada, pero que en aquellas circunstancias era necesario seguir. Se decía que un pescador había oído hablar de algo referente a un cuerpo embarcado en un bote o una lancha el día siguiente a la fuga de Morrison del tren-prisión. El pescador se hallaba

en aquellos momentos en una de las incontables islas del mar Egeo.

Era perder el tiempo, pero Heilser estaba desesperado y Zervos fue enviado tras las huellas del pescador.

Sonó el teléfono. Heilser entró en el cuarto de estar y descolgó el auricular.

—Una llamada para usted, Herr Heilser.

—¿Aló, Herr Heilser?

—Sí, al habla.

—Soy Zervos.

—¿Dónde está usted?

—En la isla de Zea.

—¿Ha encontrado al hombre?

—Sí. Lo tengo detenido, pero no quiere hablar.

—¿Sabe algo del americano?

—Sabe algo, esto es innegable.

—Llévalo a Atenas inmediatamente. Yo voy hacia allí. Y ya veremos si también sigue negándose a hablar conmigo.

—De acuerdo. Tengo una lancha a punto. Estaremos en Atenas mañana por la noche.

Capítulo III

Al terminar la semana, llegó un médico desde Dadi, quitó los vendajes a Mike, examinó sus heridas y declaró que era un hombre de mucha suerte.

Mike estaba deseoso de probar qué tal le funcionaban las piernas, con el fin de pedir luego a Christos que le llevara a Atenas lo antes posible. Con ayuda de Eleftheria salió de la casa de Christos vestido con pesadas y malolientes ropas de campesino. Melpo le dio un grueso bastón. Con la ayuda del bastón y pasando un brazo sobre la espalda de la muchacha, caminó hacia el huerto de Melpo. La proximidad de Eleftheria obligaba a Mike a mantener una estrecha vigilancia sobre sus pensamientos, algunos de los cuales resultaban muy turbadores.

Llegaron a la plaza mayor de la aldea y allí Mike fue saludado por muchísima gente que le demostraba su simpatía y sus buenos deseos. Los chiquillos avisaban a sus padres y éstos salían a la calle, abandonaban los campos o dejaban de trabajar para ir a felicitar a Mike por su restablecimiento.

Y Michael Morrison, cínico y enemigo de todo sentimentalismo, se sintió profundamente conmovido por aquello. Se afirmó sobre el hombro de Eleftheria, sonrió ampliamente y la muchacha no ocultó el orgullo que le producía su papel de enfermera del americano.

Al cabo de otros dos días, Mike notó que le volvían rápidamente las perdidas fuerzas y aumentó la duración de sus paseos con Eleftheria, que parecía ir perdiendo algo de su timidez y reserva.

La aldea de Paleachora se encuentra situada en una colina de suave pendiente, a la vista del mar Egeo, sembrado de incontables islas. Era entonces una aldea como otra cualquiera de aquella parte del país. Una estrecha carretera polvorienta la atravesaba de un extremo a otro; a ambos lados de ella se alineaban unas docenas de casas de adobe, pulcramente blanqueadas y cubiertas por techos de paja. La iglesia, dedicada al profeta Elías, se levantaba a cierta distancia de la carretera, en medio de una pradera en la que pacían cabras y ovejas bajo la vigilancia de una joven pastora de pies desnudos.

Las colinas vecinas estaban cubiertas de pinos y el paisaje circundante se componía de viñedos, trigales y olivares.

El silencio era roto sólo de vez en cuando por el sordo golpe de un tronco de árbol al caer derribado al suelo, o el llanto de algún chiquillo dejado bajo la sombra de un olivo mientras su madre trabajaba en el campo cercano, o el rumor áspero de una rueda de molino, o el balido de las ovejas en las praderas.

La aldea de Paleachora se hallaba exactamente en el extremo septentrional de la provincia de Larissa, en la interminable costa oriental de Grecia.

Mike y Eleftheria paseaban junto a la iglesia y llegaban hasta un arroyo que

serpenteaba entre los pinos. Allí se sentaban y Mike encontraba dificultad en concentrarse en sus lecciones de griego. La muchacha movía la cabeza y se reía de sus esfuerzos por pronunciar la S o la Z con el acento adecuado. Sin embargo, Eleftheria nunca sonreía a menos que se hallaran solos y fuera de la vista de los aldeanos. Cuando Mike pasaba su mano por encima del hombro de la muchacha para ayudarse a andar, percibía una especie de ligerísima e imperceptible reacción que revelaba en Eleftheria a la mujer. Permanecían en silencio durante largos ratos. Mike se reprochaba luego a sí mismo por dejarse ablandar por la dulzura y encanto de Eleftheria y no pensar en su difícil misión. Después de una tercera visita al bosque situado al otro extremo del arroyo, se dio cuenta de que debía tomar una decisión.

No tenía demasiadas ocasiones de decir gran cosa más que *Hello* a los dos ingleses escondidos en Paleachora. Deliberadamente evitó a los fugitivos que estando de paso se alojaban casi siempre en la iglesia. Se encontró metido, sin desearlo demasiado, en alguna conversación con uno de los fugitivos permanentes, un australiano llamado Bluey, que se alojaba en casa de una familia que vivía un poco más allá de la de Christos. El australiano contó a Mike la historia de su fuga del campo de prisioneros de Corinto; algunos de los detalles que añadió fueron de interés para el americano. Así, por ejemplo, se enteró de que muchos ricos griegos habían facilitado embarcaciones a fugitivos ingleses para que pudieran abandonar el país. Mike pensó en esta solución como una posible escapatoria si su contacto con el doctor Thackery resultaba fallido por cualquier causa.

La mayor parte de su tiempo, sin embargo, lo pasaba Bluey despotricando contra los ingleses.

—Dejarnos abandonados en este rincón del mundo, esto es lo que han hecho. ¿Dónde demonios está la Flota? Nada más que un Dunkerque detrás de nosotros. ¿No te parece, Jay? No es que tenga nada contra los griegos. Al contrario, son gente de fiar y valientes, pero ¿acaso es agradable que nosotros hayamos venido a perdernos aquí mientras los malditos hunos a lo mejor se preparan para caer sobre Londres? ¿Qué clase de guerra es esta, hombre?

Como supuesto neozelandés y hermano de la «Anzac», Mike tenía la obligación moral de estar de acuerdo con él.

—Tú no has conocido aquel agujero infecto que es el campo de Corinto, Jay. Todo esto lo ganaste. Nos podríamos en infectos pozos de barro y arcilla. Jerry es un mal hermano, te lo digo. No sabe ganar y seguramente tampoco sabe perder cuando le toque el turno. Y tenía espías incluso en aquel infierno de campo. ¿Sabes quién me denunció cuando yo intenté fugarme por primera vez? Un médico inglés.

—Nada tan despreciable como un inglés —asintió Mike.

—Y pienso marcharme a Atenas y buscar a alguien que se atreva a mandarme de contrabando al norte de África.

Cuando Mike le preguntó cómo pensaba hacerlo, Bluey repuso que no tenía idea, pero que lo haría. Los trenes iban llenos de minuciosos inspectores que exigían continuamente la documentación. Los salvoconductos eran indispensables para recorrer un solo palmo en el país. La temporada de caza de prisioneros fugitivos estaba abierta.

—¿Sabes una cosa, Jay? Hablas como los yanquis de las películas.

Aquello se debía, le explicó Mike, a haber estado trabajando durante catorce años en las oficinas de una Compañía de navegación en San Francisco.

Habían transcurrido diez días de la llegada de Mike a Paleachora. Se daba cuenta, después de examinar a fondo la situación, de que si no contaba con la ayuda de Christos, se encontraba en una trampa, en un callejón sin salida. Esperó pacientemente a que Christos hablara de alguna salida con su barco, pero no hubo nada de aquello. En la noche del undécimo día, decidió hablarle de ello por su cuenta.

Después de cenar, Christos mandó a Melpo y Eleftheria que se marcharan a la cocina y los dos hombres se enfrentaron con varias botellas de *krasi* y un adecuado cargamento de tabaco.

—Christos, mi querido amigo, ¿cuándo piensa hacer una salida en su barco?

—Tan pronto como encuentre un buen cargamento. Hay muchas cosas que se presentan bien. Espero a que maduren.

—Christos, le diré la verdad. Debo irme a Atenas.

—¿Es que no le gusta estar con nosotros?

—Me gusta muchísimo.

—Entonces, ¿por qué diablos quiere marcharse? Es usted un estúpido. Aquí no le va a ocurrir nada y estará seguro.

—Usted sabe perfectamente, Christos, que pongo en peligro a toda la aldea estando aquí. Anteayer arrasaron una aldea por haber escondido a un fugitivo. Al mismo tiempo, como soldado, mi deber es escapar.

—La cosecha se presenta bien este año, Jay. Tengo un magnífico negocio en perspectiva y creo que voy a comprar algunas propiedades en Atenas.

Mike bebió un trago de *krasi* y dio dos o tres chupadas a la pipa.

—Bueno. Por otra parte, ya me encuentro bien y puede mandar a Eleftheria que regrese a Dernica. Supongo que su madre la necesita.

—Mi madre vive con un hermano. No le falta nada.

—Sea como sea, Christos, yo no tengo necesidad de enfermera.

Christos movió la cabeza, llenó de vino su vaso y miró a Mike como si mirara a un loco.

—¿Es que no le gusta la muchacha? ¿Le ha hecho algo malo?

—De ningún modo. Me gusta mucho.

—Entonces, ¿por qué demonios ha de mandarla a Dernica?

—Bien, digamos que no sólo me gusta sino que me gusta demasiado. Es una situación delicada y desagradable. Usted me comprenderá. Pueden ocurrir muchas cosas. Yo le aprecio mucho, Christos, y le estoy muy agradecido por todo. No quisiera que las cosas llegaran a complicarse, la verdad.

—Jay, habla usted como un tonto.

—Trato de decirle que si ella sigue así, las cosas pueden complicarse.

—¿Complicaciones quiere decir que le guste… demasiado?

—Bueno, sí, pero…

—Ella quiere quedarse. A usted le gusta. Asunto resuelto. Se queda y en paz. Además, mi pobre mujer ha estado trabajando y mucho en estos últimos tiempos. Necesita ayuda.

Mike se sonrió al darse cuenta de que aquélla era la primera vez que Christos aludía a su mujer.

Los dos hombres permanecieron durante unos momentos en silencio, un poco embarazadamente. Mike fue sorprendido por la proposición de Christos.

—¿Por qué no vamos a ver cómo bailan, Jay? Eleftheria le enseñará a bailar el *syrtos*, y podrá bailar usted también. ¿Le gusta bailar?

Mike apartó la silla y se levantó. Christos le miró con sonrisa infantil.

En medio de la noche Mike se despertó sudando y con el corazón latiéndole fuertemente. Apartó la ropa del lecho y se dirigió a la ventana. Lentamente fue despejándose y calmándose después de la pesadilla. Contempló durante algún tiempo la desierta calle de la aldea. En la habitación vecina podía oír a Christos y a su mujer roncando rítmicamente. Desde la ventana veía el cobertizo donde dormía Eleftheria. Cerró los ojos y se la imaginó minuciosamente tal como era.

Se apartó encolerizado de la ventana. Se había relajado hasta creer estúpidamente que estaba viviendo en un paraíso. Le enojaba sobre todo la seguridad interior que percibía, sin lugar a dudas, de que no deseaba marchar de ningún modo de Paleachora. Paleachora se había convertido para él en una invencible tentación.

Con todo, en su pesadilla los nombres de aquellos diecisiete individuos habían martilleado en su cerebro como el ruido de un tren sobre los carriles y el traqueteo de las ruedas iba diciendo: «Doctor Harry Thackery, doctor Harry Thackery…». Repentinamente el tren se hallaba en la bahía de San Francisco, rodeado de niebla, y oía las voces de sus hijos, Jay y Lynne, llamándole desesperadamente desde el agua: «Papá, papá, papá».

Mike Morrison había caído en una trampa celestial y esto le ponía furioso. Christos no lo había planeado de antemano, pero Mike estaba viendo lo que se acercaba. Sin la ayuda de Christos, Mike se hallaba indefenso y era incapaz de ir a Atenas, a menos que se arriesgara a un viaje de doscientos kilómetros por un país

desconocido. Un extraño país, en el que no tendría salvoconducto, ni papeles de ninguna clase, ni siquiera amigos. Todo era posible y todo podía ocurrir. No podía arriesgarse en exceso por culpa de la maldita lista de Stergiou. Por otra parte, no podía atraerse la enemistad de Christos.

No terminaba aquí todo. Un coro lejano le susurraba constantemente: «Te cogerán, te cogerán». Mike estaba aterrorizado. Le constaba que cada día que transcurría en Paleachora suponía tiempo adicional para que Heilser trabajara en localizarle. El alemán no se dormía y tarde o temprano una pista cualquiera acabaría por conducirle hasta la aldea.

Decidió dejar pasar unos cuantos días para que Christos olvidara sus palabras de la noche anterior, y luego insistir de nuevo, incluso a costa de tener que arriesgarse a viajar a pie hasta alcanzar Atenas.

Echó aún una ojeada al cobertizo donde dormía Eleftheria y a continuación se encaramó a la gran cama construida sobre la estufa y se deslizó bajo los cobertores. Estuvo tendido de espaldas con la mirada fija en la oscuridad, escuchando los ronquidos acompasados de Christos y su mujer. Le fue imposible dormir.

Konrad Heilser acabó su whisky y encendió otro cigarrillo. El griego, Zervos, estaba sentado cerca de él, desmadejado y soñoliento. Heilser miró al hombre que estaba al otro lado de la gran mesa, el insolente pescador llamado Maxos.

Maxos devolvió la mirada a Heilser. Sus poderosos músculos se destacaban bajo un delgado suéter de color azul marino. Sus macizos brazos estaban casi negros, como resultado de largos años de resistir agudos vientos y ardientes soles. Su cara era cuadrada y de rasgos acusados, su cabello caía en negros y cortos rizos. De la oreja derecha colgaba un pequeño anillo de oro.

Maxos estaba enojado porque Zervos le había casi raptado de su barca en la isla de Zea. No podía pescar ni podía beber *krasi*. A Maxos le tenía absolutamente sin cuidado si Heilser pescaba al hombre que estaba buscando o no lo pescaba. Maxos era un hombre acostumbrado a vivir en su barca y fuera de ella no era más que un pez violentamente separado del agua.

—Bien —dijo Heilser—. Cuéntame toda la historia.

—La he contado ya docenas de veces —gruñó Maxos, poco colaborador.

—Deseo escucharla de nuevo —insistió Heilser.

Maxos suspiró.

—¿Podré volver entonces a mi barca?

—Es posible.

Maxos gruñó nuevamente:

—Me hallaba en una taberna del puerto de Nauplion, bebiendo y ocupándome de mis asuntos. Acababa de llegar con una buena pesca. Un hombre debe ocuparse de

sus propios asuntos.

Heilser ignoró manifiestamente la indirecta. Estaba mucho más interesado en el hecho de que Maxos se hubiera hallado en la taberna de Nauplion la misma noche en que Morrison se escapó del tren donde iba prisionero.

—Había un hombre en la mesa cercana a la mía, ocupándose también de sus asuntos.

—¿Y dice usted que no conocía a este hombre?

—Le había visto algunos meses antes en la misma taberna. Creo que era un comerciante de la provincia de Larissa. Vestía como un agricultor de aquella provincia y su acento era también de allá.

—¿No había hablado nunca con él?

—He dicho cientos de veces que no. ¿Cuántas veces quiere usted que lo repita?

—Continúe con la historia.

—Como digo, su barco había venido por Nauplion unos meses antes. Cuatro meses antes, más o menos.

—¿Qué es lo que sabe acerca del barco?

—Poca cosa. Creo que llevaba trigo, tabaco y contrabando. No tengo tratos con esta gente.

—¿Cómo está tan bien informado?

—Es lo que decía la gente del muelle. En los muelles se sabe todo. Hay gente que tiene la lengua suelta y que no se preocupa mucho de lo suyo, sino de lo de los otros.

—¿Y es éste el segundo viaje que hizo aquel barco a Nauplion? ¿Está usted seguro de que era el mismo barco?

—Seguro. Yo nunca olvido una cara. El mismo barco y el mismo hombre.

—¿Y es seguro que procedía de la provincia de Larissa?

—Conozco a cualquier labrador o comerciante de las provincias del centro en cuanto lo veo.

—Bien. Usted se hallaba bebiendo y ocupándose en sus asuntos. ¿Qué más ocurrió?

—Entró otro individuo en la taberna y dijo al de Larissa que debía volver al barco. Discutieron, ya que el hombre que estaba bebiendo parece que quería ir a un burdel. Entonces el otro hombre bajó la voz. Tenían un pasajero a bordo y debían marchar de Nauplion sin perder el tiempo. Eso es todo. Ellos marcharon y yo seguí en mi barca, hasta que vino ese tipo —señaló a Zukos al decirlo— y me sacó de Zea y no ha parado de preguntarme infinidad de cosas estúpidas.

Heilser pulsó un botón que hizo entrar al cabo de un rato a dos soldados alemanes. Les indicó que Maxos podía ser sacado afuera.

—¿Puedo marcharme a mi barca?

Heilser no contestó.

—Póngame algo de beber —le ordenó a Zervos.

—¿Qué es lo que usted piensa?

—Es lo que esperábamos. En Nauplion cogimos a diez evadidos buscando a Morrison. Si Morrison hubiera estado allí, le hubiéramos cogido también. A la fuerza hubo de escapar por mar. Nadie sabía nada de él ni hallamos ningún otro rastro. ¿Puede haberse equivocado el pescador acerca de que el hombre fuera de Larissa?

—Un griego puede conocer bien a otro griego. No se ha equivocado.

—Necesariamente Morrison está herido. Lógicamente ha de hallarse escondido en alguna de las provincias centrales. No se ha puesto en contacto con nadie de Atenas ni de Salónica.

—Puede hallarse en una treintena de aldeas —dijo Zervos—. ¿No podemos asaltarlas todas a la vez?

—¿Está usted loco? Hay más de cien evadidos en esta parte del país. Hemos de examinar estas aldeas una a una pero rápidamente. Necesito una treintena de griegos para mañana por la mañana, y también una docena de turistas italianos. Y que las tropas no se adentren en esta parte. Es mejor no levantar la caza antes de tiempo. De otro modo se nos escaparían a las montañas.

Zervos colocó la bebida ante su jefe.

—¿Le parece a usted que formule una protesta ante la Embajada americana por las actividades de la Sociedad Arqueológica?

—No. A este doctor Thackery, que se dedica a ayudar a los evadidos ingleses, hay que dejarle en paz. Hay que vigilarlo continuamente. Es un riesgo que debemos correr. Yo sólo corro riesgo cuando me parece necesario. Thackery está jugando al oficio nada más, como Morrison. Y no me extrañaría mucho que fuera precisamente Thackery el hombre con el que Morrison tratará de ponerse en contacto.

Capítulo IV

A Mike le gustaba pasear por los viñedos y comer de vez en cuando algunos granos de uva. También le gustaba sentarse a la sombra de un pino y ver cómo los viejos y los niños bajaban por la carretera llevando un haz de leña sobre la espalda. Era agradable el olor acre del queso de cabra, o el contemplar los ondulantes campos de trigo, o el ver cómo las muchachas caminaban erguidas bajo las ánforas que llevaban encima del hombro, marchando suavemente sobre los pies desnudos.

Más que nada le gustaban las tardes, cuando el sol se ocultaba tras los bosques de pinos. La pastora retornaba a la aldea rodeada de sus corderos y cabras. El aire se iba haciendo fresco. En cualquier momento, una canción podía nacer en los labios de no importa quién. La melodía corría de colina en colina, hasta que toda Paleachora se encontraba cantando como en un inmenso y espontáneo coro.

La aldea se había convertido en el refugio de Michael Morrison. Aunque había luchado contra el pensamiento de quedarse todavía allí durante un tiempo indefinido, no podía negar que se encontraba maravillosamente en Paleachora, y que sentía una paz y una tranquilidad como quizá nunca anteriormente había sentido.

Los hombres de la aldea, al atardecer, se iban al café y hablaban de grandes y pequeñas cosas mientras las mujeres preparaban la cena. Al cabo de poco se sentarían en torno a las mesas de ruda construcción de madera, dirían las oraciones de la tarde y comerían su pan bendito, verdura, pollo y un racimo de uvas.

Más tarde, se encendía un fuego en el centro de la plaza y allí acudía todo el mundo a bailar. En primer lugar la gentil *sirton*, tan gentil como la misma gente griega. Luego, cuando las llamas alcanzaban su máxima altura y el vino quemaba el cuerpo, comenzaban los violentos giros del *calamatiano*. Las vueltas eran cada vez más violentas, y los hombres bailaban hasta caer exhaustos, animados por los espectadores que marcaban el ritmo con palmadas. Había un brillo especial en los ojos de los viejos, cuando recordaban los días en que ellos también podían saltar y bailar; algunas veces se lanzaban al corro para revivir fugazmente su perdida juventud.

Una noche, Mike se sintió particularmente animado y entró en el anillo junto a Eleftheria; bailó endiabladamente, animado por las palmadas de los aldeanos. Al terminar el baile dio un salto y disparó sus dos pistolas al aire; luego, cayó exhausto en brazos de Eleftheria.

A Mike le parecía que la propia alma griega era la que bailaba junto al fuego.

Después del baile las mujeres se dirigían a sus casas, mientras los hombres seguían durante largo rato charlando en el café o en casa de uno cualquiera de ellos. Christos contaba invariablemente sus aventuras en las casas de mala nota y su fabulosa lucha contra los búlgaros.

Cada día aprendía Mike cosas nuevas acerca de aquella extraña y maravillosa tierra de Grecia. Era el país donde había nacido el ideal que se había convertido en guía eterna del hombre, el ideal de la libertad. Desde sus orígenes, Grecia había sido una tierra atormentada, primero por la Naturaleza, con hambres, tempestades y terremotos, y luego por el hombre, con guerras, conquistas y luchas civiles. La sangre había corrido con abundancia en aquella tierra, pero el griego parecía un hombre de acero. La última infamia, la ocupación alemana, pasaría como todas las demás habían pasado.

Era como si Grecia hubiera sido condenada a probar su temple a lo largo de los siglos por el delito de haber inventado el ideal de la libertad. Las escasísimas épocas de paz y prosperidad no habían sido más que breves descansos, intervalos en la eterna prueba. Pero cualquiera que hubiera visto a un griego bailando el *calamatiano*, estaría absolutamente seguro de que aquel pueblo volvería a ser libre algún día.

La presencia de evadidos ingleses en Paleachora, se convirtió en un secreto a voces. La comida era escasa en las ciudades y cada tren a Dadi, la próxima estación, llevaba consigo un ejército de gente de la ciudad que salía al campo a tratar de buscar alimentos. Todos ellos traían objetos de positivo valor para cambiarlos por lo que les quisieran dar, trigo o lo que encontraran.

Christos y los demás aldeanos no perdieron el tiempo a la hora de capitalizar el asunto y de sacar partido de la situación. El trigo se vendía a precios fabulosos. Cuando la inflación convierte a la moneda en papel mojado, no queda otra salida que el intercambio. Christos, propietario del único molino de Paleachora, estaba en situación de ganar rápidamente dinero, y, de hecho, con el producto de sus negocios acabó por adquirir media docena de propiedades en Atenas.

Mike le reprochó por ello, pero Christos replicó que al fin y al cabo hacía un favor a la gente de la ciudad al ayudarles a seguir viviendo. Añadió que, además, ya era hora de que la gente de la ciudad dejara de mirar despectivamente a los aldeanos y se diera cuenta de que no eran ciudadanos de segunda clase.

Tan pronto como se difundió la noticia de la presencia de evadidos británicos en Paleachora, algunas muchachas llegaron a Dadi con el propósito de divertirse con ellos, ya que admiraban bobaliconamente a los extranjeros. Eran muchachas que se preciaban de haber obtenido la igualdad con los hombres y trataban de deslumbrar a los aldeanos con sus poses y sus bravuconerías de provincianas. Los aldeanos previnieron a los ingleses de los dos peligros que las muchachas traían consigo: el de las enfermedades venéreas, seguro; el de que fueran espías de los alemanes, muy probable. Mike pareció impresionado por el segundo de ellos y no quiso tener el más mínimo contacto con las visitantes.

Al cabo de pocas semanas de la derrota inglesa en Grecia cientos de prisioneros o fugitivos andaban por las colinas y eran ayudados por los aldeanos que los recibían

con los brazos abiertos. También en las ciudades recibían ayuda y nunca faltaba quien estuviera dispuesto a compartir con el inglés escondido su último pedazo de pan.

Esta situación, naturalmente se convirtió en una grave preocupación para los alemanes, ya que incluso en su estado de derrota e impotencia, los ingleses daban ánimos a la gente con su simple presencia. Espías, recompensas, trampas, amenazas. Ingleses traidores fueron utilizados como cebos. Luego, se hizo público que cualquier aldea que acogiera a un solo evadido, sería arrasada hasta sus mismos cimientos. De todos modos, los ingleses siguieron escapándose y los griegos siguieron escondiéndolos.

Todo esto hacía que el paraíso de bobos que disfrutaba Mike, lo fuera todavía más. No era posible esconder la cabeza en la arena por más tiempo. Cualquier día alguno de los «turistas» italianos o alguna de las muchachas de la ciudad que buscaban a los ingleses con tan filantrópicos propósitos, hablaría del neozelandés refugiado en Paleachora. Era preciso convencer a Christos de un modo u otro y marchar lo antes posible.

Aunque la opinión pública en Paleachora era claramente probritánica, o más exactamente proamericana, enfriaron un poco su entusiasmo los efectos de la ocupación. Impuestos extraordinarios, una buena parte de la cosecha confiscada y finalmente amenazadas sus mismas casas. Los más miedosos murmuraban que era injusto que por causa de los evadidos tuviera que ser perjudicado todo el pueblo, y trabajaban para que se fueran. Sin embargo, el hecho de que con las nuevas medidas e impuestos, el precio del trigo estuviera por las nubes y todos estuvieran ganando cantidades fabulosas de dinero, más dinero del que habían soñado en su vida, calmaba un poco los ánimos.

La mayoría estaba en favor de la resistencia y consideraba un deber sagrado ayudar a los ingleses evadidos y fugitivos. Otros decían que antes quemarían sus campos de trigo que dar un solo grano a los alemanes.

Con todo, era posible notar cómo la tensión iba aumentando día a día en la aldea. Mike no iba ya al café. Las discusiones se alargaban durante horas y horas, hasta que un buen día las sospechas y los murmullos sustituyeron las canciones y los bailes. Algunas familias fueron acusadas de estar colaborando con los alemanes.

—Le hemos encontrado —dijo por teléfono la voz de Zervos.

Konrad Heilser saltó de la cama.

—¿Dónde se halla usted?

—En Dad.

—¿Y está seguro de que le ha encontrado?

—Desde luego.

—¿Le ha visto alguien de los suyos?

—No, pero hay un aldeano que nos pasa informes. Hay un inglés que habla como

los americanos. La descripción de Morrison es perfecta. Incluso coincide con lo que creíamos: Morrison llegó herido a causa de su fuga del tren en marcha.

Heilser sintió que le latía el corazón apresuradamente. Por fin. Dijo a la mujer que estaba con él que volviera a dormir y comenzó a desabrocharse el pijama mientras seguía hablando por teléfono.

—¿Dónde está?

—En una aldea llamada Paleachora, en el extremo norte de la provincia. Quería hablar con usted antes de marchar allí con un pelotón de soldados.

—Aguarde. Un pelotón sería muy poca cosa.

—No entiendo.

—Tengo media docena de informes de aldeanos que han ofrecido resistencia armada en casos similares. No podemos arriesgarnos.

—¿Qué haremos, entonces?

—¿Cuánta gente se necesita para aislar la aldea?

—Doscientos o trescientos hombres.

—No haga usted nada. Marcho ahora mismo para Dadi. Organizaremos un raid contra esta aldea mañana a medianoche.

La calva cabeza de Christos y su bigote brillaban a la luz de la vela.

—Jay, no debe marchar. Lo quiero como a un hijo.

—Lo siento, Christos, pero piense que mañana o pasado o cualquier día pueden llegar los alemanes y arrasar Paleachora por mi culpa.

Christos escupió al suelo y soltó una palabrota contra los alemanes.

—Aunque se vaya, Jay, es seguro que nunca traicionaremos a los ingleses. Pero, no. No le dejaré marchar.

A pesar de todo, Christos era griego hasta la médula de los huesos.

—Tengo dinero. Tengo cinco millones de dracmas —dijo Mike—. Tómelo usted, Christos.

—Me insulta, Jay. No lo haga. ¿Cree que me preocupa el dinero? Usted es mi amigo.

—Muy bien. Entonces marcharé solo.

Christos gruñó.

—Cinco millones de dracmas… cincuenta millones de dracmas… Piensa que todo lo que a Christos le interesa es dinero, ¿eh? Si tuviera todo mi barco lleno de dinero, no por esto podría comprar un puñado de trigo con él. Le daría mi propio barco, pero no está preparado para cruzar el mar. Además, al cabo de un cuarto de hora, una patrulla le habría cogido.

—Es que yo no le pido que me lleve al norte de África, sino tan sólo a Atenas.

Christos jugó un momento con su vaso de *krasi* y a continuación encendió su

pesada pipa. Miró tranquilamente a Mike y le habló sin rodeos.

—Mi sobrina Eleftheria es una muchacha saludable, ¿no?

Bien, al fin Christos jugaba sus cartas abiertamente. Hubo de admitir Mike que Eleftheria tenía una salud de caballo.

—Jay, usted ya sabe que en nuestra tierra es costumbre que un delegado o procurador vaya a ver al padre con un anillo y se comience a discutir la cosa. Yo le hablo a usted como su tutor. Tengo un buen pedazo de tierra en Dernica, muy buena tierra, donde vive mi madre. Tengo una estupenda dote para Eleftheria. Habla usted el griego muy bien, por lo poco que hace que está aquí. Si llegara a convertirse en su marido…

Mike volvió la cabeza.

—Lo siento, Christos. Estoy casado y tengo dos hijos.

Christos se levantó y apretó las manos. Parecía un muñeco de los polichinelas. Dio un paso adelante y otro hacia atrás. Se detuvo y suspiró.

—Jay, mi buen amigo. Le voy a decir una cosa. Desde el momento en que le metí en mi barco, en Nauplion, me dije a mí mismo: he aquí a un hombre. Éste es un hombre que «es» alguna cosa. Aunque usted no esté de acuerdo con mis métodos, gracias a ellos soy rico. Esto es lo que al fin y al cabo quieren todos los hombres y quieren para sus hijos. Melpo no me ha dado un hijo. Yo… sepa que casi le quiero como si fuera mi hijo, Jay.

Mike se levantó y salió de la casa. Atravesó la huerta de Melpo y llegó hasta la polvorienta calle. Pudo ver a Christos que estaba de pie en la puerta, mirándole. Paleachora dormía, en un sueño pesado y agitado, amargado por los problemas de la guerra.

Mike Morrison se sentía lleno de ardientes deseos de encontrarse de nuevo en las colinas de San Francisco y pensaba en la niebla que muchas veces envolvía el puente de Golden Gate. Le gustaban los grandes árboles de Muir Woods, rectos hacia el cielo sus enormes troncos, y ver cómo las olas se deshacían en espuma contra los acantilados de Land’s End. Estos deseos y este amor, sin embargo, se convertían muchas veces en una especie de amargura y odio reflejados en las páginas que escribía.

Grecia había abierto en él una puerta interior, que había dado paso a una capacidad de amar a la gente de una forma de la que hasta entonces no, había sido nunca capaz.

Infinidad de razones le impulsaban a volver a la casa y decir a Christos:

—Me quedaré. Iré a Dernica con Eleftheria, cultivaré la tierra, bailaré la *syrtos* y hablaré *ouzo* en el café y aprenderé a cantar cuando vuelva del campo.

Comenzó a reírse de sí mismo, avergonzado de que hubiera podido casi caer en una conspiración tan burda.

Christos estaba sentado junto a la mesa cuando Mike entró en la casa. Mike se sentó a su lado y llenó un vaso de vino. Melpo roncaba en la habitación vecina.

—Christos —explicó Mike—, yo a ella no la quiero.

—¡Bah! ¿Qué dice, hombre? ¿Para qué necesita siquiera quererla? Ella le dará hijos, cuidará de usted, de su ropa, de su comida. ¿Para qué necesita el amor? Los ingleses son gente muy extraña. ¿Es que esperan que sus mujeres sean como esas desvergonzadas de la ciudad?

Mike movió la cabeza. Christos sabía que cualquier otra discusión sería inútil. Con una última mirada resignada y triste dirigida a Mike, vació su vaso. Suspiró y se levantó. Se dirigió a su habitación.

—Muy bien —dijo desde la puerta—. Mañana al amanecer marcharemos hacia Atenas.

Capítulo V

—¡Jay! ¡Rápido, despiértese!

Mike dio la vuelta y se apoyó sobre el codo. Christos, metido en una amplia camisa de dormir, con la cabeza coronada por un gorro, se hallaba al lado de la cama, llevando una vela en la mano. La candela temblaba en su mano y su cara tenía el mismo color amarillo que su bigote.

—¿Eh? ¿Qué pasa? —gruñó Mike, medio dormido.

—Hemos recibido un aviso de la aldea vecina. Los alemanes están desparramándose por toda esta parte y se dirigen a Paleachora.

Mike apartó la ropa.

—Vaya a la iglesia, rápido —dijo Christos.

Mike se vistió rápidamente, comprobó el funcionamiento de sus pistolas y corrió por las oscuras calles hasta alcanzar el prado en que se encontraba la iglesia. Corrió aún a mayor velocidad mientras lo atravesaba y entró finalmente en la iglesia del Profeta Elías.

Bluey estaba allí con otros tres evadidos. Estaban medio desnudos y se apretaban contra las ventanas, temblando a causa del fresco aire nocturno. Bluey tenía en las manos un largo fusil. No se oía otra cosa en la iglesia que el respirar agitado de los cinco fugitivos.

El silencio era casi irreal.

—Esta vez seremos nosotros los que comenzaremos —susurró Bluey.

—No hagas tonterías —le ordenó Mike—. Vienen seguramente por nosotros y vale más que no compliques las cosas.

Se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Cerró los ojos. La vacía iglesia resultaba una fantástica visión, a la luz de las escasas velas que ardían en el altar, al lado opuesto.

Bluey se encaramó sobre los hombros de Mike y miró por la ventana. A Mike le latía agitadamente el corazón mientras oía las voces secas y airadas, las órdenes guturales que llegaban desde la aldea. Reinaba una completa oscuridad; no podía verse nada, sólo se oían los ruidos y las voces.

Soñolientas voces griegas, algunas enojadas, algunas temerosas, y cortas órdenes gritadas en alemán.

—Deben de estar rodeándolo todo —susurró Bluey.

Les costaba a todos dominar su nerviosismo.

Ruidos de motores, camiones rodando por la calle. Un disparo de fusil. Airadas voces griegas. Más disparos. Un agudo chillido de mujer. Mike hubiera jurado que era Melpo.

Silencio.

Motores de camión otra vez en marcha, abandonando la aldea. Los motores cada vez más lejanos. Ninguna voz griega. Sólo voces alemanas.

Un ruido ligerísimo llegó a los oídos de los cinco hombres. Mike se encontró con la pistola en la mano, tratando desesperadamente de ver en la oscuridad.

Una forma, una sombra. Mike hizo señal a Bluey que bajara el fusil. Bluey lo hizo.

La sombra corrió por el sendero hacia la iglesia. Bluey tenía la cara empapada de sudor. La sombra entró en la iglesia, después de pasar bajo las ventanas. Los cinco hombres dirigieron hacia ella sus armas.

—¡Eleftheria! —dijo Mike.

La muchacha estaba allí, jadeando, vestida solo con una falda y una blusa que se había puesto apresuradamente. Mike vio su cara a la luz de las velas. Tenía los ojos desorbitados por el miedo y era incapaz de hablar.

—Christos —dijo Mike.

Tomó el fusil de las manos de Bluey y corrió hacia la puerta. Los otros cuatro hombres le siguieron y le derribaron al suelo.

—¿Estás loco? ¿Quieres atraerlos aquí?

Mike dejó caer el fusil y rechinó los dientes y movió la cabeza. Se encaramó a un banco y se tumbó en él.

Una ráfaga de aire atravesó la iglesia, la llama de las velas bailó locamente y dibujó extrañas sombras en los muros.

Mike miró a Eleftheria. Sus ojos eran los de una loca. Se deslizaba a lo largo de la pared hacia la puerta. Mike se levantó del banco y la cogió del brazo. Ella comenzó a sollozar histéricamente y le mordió la mano.

Se escuchó el ruido de botas alemanas caminando por el sendero.

Mike la sacudió. Ella abrió la boca para gritar. Se desvaneció en brazos de Mike.

—¡Marchaos de aquí como podáis! —ordenó Mike a los demás.

Se cargó a la muchacha sobre la espalda y atravesó la iglesia, hasta una pequeña ventana del ábside. Pasó por ella a Eleftheria y luego dio un salto y pasó él mismo.

Un disparo de fusil tronó contra la puerta de la iglesia.

Mike cogió de nuevo a la muchacha y corrió por el sendero que conducía al bosque. Trescientos metros… Se dejó caer bajo los primeros árboles y dejó a Eleftheria en el suelo. Respiró agitadamente un buen rato, tratando de recobrar el aliento.

Una voz resonó agudamente hacia la puerta de la iglesia:

—¡Malditos hunos! ¡No cogeréis vivo a Bluey!

Una rociada de disparos y la voz se apagó.

Eleftheria estaba tendida en el suelo. Tenía los ojos abiertos. Mike colocó la mano sobre la boca de la joven. Ella se agitó con violencia. Mike se la cargó de nuevo a la

espalda y echó a andar de nuevo por el bosque, alejándose de las resonantes botas de los alemanes, cada vez más cercanas.

Redoblando sus fuerzas, corriendo cada vez más velozmente, empapados de sudor, al fin, pudieron alejarse de las linternas, de los perros y de los alemanes.

El ruido que producían sus perseguidores se hizo cada vez más lejano. Mike tropezó con la raíz de un árbol y cayó al suelo, Eleftheria con él. La muchacha rodó por el suelo, sollozando angustiosamente, cogiéndose los cabellos con las manos y gruñendo como una loca.

—¡Para ya de una vez, demonios! —gritó Mike—. ¡Para! Los hemos dejado atrás. Ya no están aquí.

Ella le repuso con un histérico llanto. Mike tuvo que sacudirla y darle bofetadas hasta que se calló, rendida y cansada. La cogió de nuevo y siguió andando en dirección a las colinas. Cuando ya no tuvo fuerzas para llevarla sobre sus hombros, la arrastró, durante dos o tres horas, hasta que cayó exhausto. Ella seguía sollozando, apretada contra él. Al cabo de un tiempo, se abrió el cielo y comenzó a llover sobre los dos exhaustos y agotados fugitivos.

Cuando amaneció, Eleftheria y Mike salieron de entre los matorrales y treparon a una colina desde la que pudieron ver a lo lejos las humeantes cenizas de lo que había sido hasta hacía unas horas la aldea de Paleachora.

Capítulo VI

Eleftheria se sentó en el tocón de un árbol, demasiado cansada para hablar y demasiado mojada para nuevas lágrimas. Mike era incapaz de encontrar palabras para confortarla. La muchacha, desde el cobertizo donde dormía, había visto cómo Christos era fusilado en la plaza y Melpo cosida a bayonetazos cuando se acercaba a su marido ya fusilado.

Durante la confusión que siguió a la llegada de los alemanes, Eleftheria consiguió escapar, junto con algunos aldeanos. La huida de Mike fue posible tan sólo porque el grueso de las fuerzas alemanas se dedicó a rodear a los aldeanos y solamente unos cuantos soldados corrieron detrás de los fugitivos aislados. Afortunadamente Mike había ido localizando, durante su corta estancia en Paleachora, los lugares en que el bosque era más espeso.

Mike y la muchacha pasaron el día en las montañas: de vez en cuando podían ver cómo los alemanes exploraban los alrededores de la arrasada aldea, divididos en patrullas, extendiéndose en un círculo cada vez más amplio pero regresando siempre al punto de partida.

Al terminar aquel día, Mike y Eleftheria aún no tenían la seguridad de estar libres; seguían mojados de la lluvia de la noche anterior, temblaban de frío y estaban hambrientos.

Mike se atrevió a encender un pequeño fuego, y su calor les reanimó considerablemente. Amontonó agujas de pino y ramas junto al fuego y se sentó al lado de la muchacha.

—Debes dormir —le dijo—. Puedes marchar hacia Dernica al amanecer.

Ella miró a Mike. Sus ojos estaban enrojecidos y carecían de brillo.

—¿Qué será de ti?

—No te preocupes. Ya os he causado bastantes daños.

—No digas esto. No fuiste tú quien trajo a los alemanes a Grecia.

Pequeño y triste consuelo, pensó Mike. Soutar no bromeaba. Heilser registraría Grecia piedra a piedra y matorral a matorral.

Era un juego con un final más o menos lejano, pero inevitable por completo. ¿Qué podía hacer contra aquella implacable maquinaria en marcha? ¿Cuántas veces se repetiría su suerte y podría escapar?

Mike llevó a la muchacha hasta el lecho de agujas de pino. Ella se dejó llevar. Estaba cansada y era incapaz de cualquier movimiento. Tenía las ropas destrozadas por la maleza.

Los ojos de la muchacha se fijaban con insistencia en los de Mike. Eleftheria apartó de su pecho la destrozada blusa y se desnudó. Permanecía silenciosa y no se oía nada más que su apresurado respirar. Mike sintió que la sangre se le aceleraba en

las venas. Subían y bajaban agitadamente los senos de Eleftheria, que le miraba lánguidamente.

—Voy a buscar más agujas de pino. Esta noche hará frío.

Llevó varios puñados de agujas y se las echó encima. Avivó el fuego. Después de unos momentos de duda, se preparó otro lecho de agujas de pino al otro lado del fuego.

El sol desapareció en pocos minutos.

Mike se encogió en su lecho, junto al fuego y trató de apartar de sí cualquier pensamiento acerca de la muchacha. Oscureció. Podía oír cómo la muchacha se removía, despierta en el lecho, al otro lado del fuego.

La simple idea de aprovechar aquel momento para poseerla, le parecía absurda. Quizá la misma serie de calamidades que venían sucediéndose, le impulsara a buscar por lo menos unos momentos de felicidad. Pero no era capaz de ello, como cualquier bastardo, se decía Mike a sí mismo.

Eleftheria no era del tipo de muchachas con las que aquello pudiera ser tan sólo un pasatiempo superficial. Saldría de ello con el corazón deshecho. Y él acabaría con la conciencia destrozada. Se volvió de espaldas al fuego y cerró los ojos. No hubiera podido dormir de no hallarse completamente exhausto.

Su sueño, sin embargo, fue agitado. De nuevo soñó con los diecisiete nombres de la lista de Stergiou, y en Soutar, y en Christos danzando con la falda llena de sangre, y en Melpo llorando sobre su cadáver. Y en un mar de llamas, que abrasaban las casas de Paleachora, con soldados alemanes bailando en torno, bailando la *calamatiano* mientras las llamas crecían más y más.

Abrió los ojos y suspiró con cierto alivio.

El bosque estaba oscuro y silencioso.

Hacía frío. El fuego se había apagado y sólo quedaban rescoldos. Se incorporó y se fue a buscar más combustible.

—¿Jay? —le llamó la asustada voz de Eleftheria.

—Estoy aquí. Duerme.

Se arrodilló a su lado y echó leña al fuego. Éste se reanimó.

—Tengo frío —dijo la muchacha.

—Dentro de poco se te pasará.

Se metió debajo de su lecho de agujas y se volvió de espaldas al fuego.

—¿Jay?

—¿Qué diablos te pasa ahora?

—Tengo miedo.

Después de dudar un buen rato, accedió.

—Bueno. Ven aquí.

Le latía apresuradamente el corazón al sentir a la muchacha junto a él.

—Pobrecilla. Estás como el hielo.

Le rodeó los hombros y ella se acurrucó contra él hasta que comenzaron a entrar en calor. Ella se apretó junto a Mike. Mike acarició el firme y prieto seno y Eleftheria apoyó la cabeza sobre el pecho de él.

—*S'agapo* —murmuró ella.

—Duerme, por favor.

—*S'agapo*…

Un cálido rayo de sol se abrió paso a través de las ramas de los árboles. Mike abrió los ojos. El fuego se había apagado. Se separó de Eleftheria y se levantó. Se pasó las manos por encima del vientre vacío. El sol le inducía a ver las cosas de modo optimista. Todo marcharía bien y se arreglaría de un modo u otro.

La muchacha dio la vuelta sobre la espalda. Mike se sorprendió a sí mismo con la mirada fija en el seno que asomaba a través de la blusa desgarrada. Casi dio media vuelta, enojado consigo mismo. Eleftheria abrió lentamente los ojos y se desperezó.

Hizo caer sobre sus hombros una cascada de cabello negro y se cogió las piernas con las manos, apoyando la cara sobre las rodillas. Miró luego a Mike y sonrió al ver el fuego. Tenía un aspecto atractivo y juvenil. No era ya la muchacha asustada de dos noches atrás.

Mike sintió una rabia repentina hacia sí mismo y hacia la medio desnuda muchacha que estaba en el suelo. Se quitó la camisa y se la echó.

—Ponte eso.

—Por favor…, ven…

—¡Ya hemos perdido bastante tiempo! ¡Ponte eso de una vez!

La dureza de su tono la devolvió a su habitual estado de reserva y timidez. En un momento se puso la camisa de Mike.

Pasó casi una hora antes de que ninguno de los dos se decidiera a hablar. Sin embargo, todo cuanto podían decirse no necesitaba palabras.

—Harías mejor en marchar a la aldea —dijo él.

—¿Adónde vas a ir tú?

—A Atenas.

—No podrás llegar nunca solo. Primero has de venir a Dernica conmigo.

—¿Para qué? ¿Para que otra aldea sea arrasada por mi culpa?

—Tú no puedes decir esto. No es tuya la culpa.

—¿De quién, entonces?

—Además, yo no te dejaré —dijo ella suavemente.

Mike sabía perfectamente que no podía estar vagando por las montañas por tiempo indefinido. Sabía que no podía ir a Dernica. Sabía que no podría llegar a Atenas, que no podría separarse de la muchacha. Finalmente, sabía que no había

lugar de Grecia donde pudiera ocultarse del incansable Konrad Heilser.

—Yo tengo una prima lejana, Despo, que vive en Kaloghriani —dijo Eleftheria —. Está a varios kilómetros dentro de la montaña. Allí estarás seguro.

—No. Debo ir a Atenas.

—La aldea es tan apartada y lejana que los alemanes ni siquiera tienen noticia de ella. Una vez allí, te ayudaré a llegar a Atenas. Vamos. Podemos llegar mañana por la tarde si nos ponemos en camino ahora mismo.

Capítulo VII

La noche cayó sobre una pareja de viajeros que se sentían como si hubieran estado caminando hasta el fin del mundo.

Se hallaban a unos quinientos metros por encima del nivel del mar. Mirando hacia abajo podían ver medio centenar de casas que se levantaban en medio de unas colinas desiertas y estériles. Kaloghriani estaba a la vista. Podían ver también retazos de la llanura vecina a Dadi y a su campo de aviación y la cumbre del monte Kallidromon. La aldea de Kaloghriani era tan pobre como remota.

Eleftheria llamó a la puerta de una casa. Se abrió y un hombre gigantesco apareció ante ellos. Su aspecto se parecía al que tantos grabados y estampas popularizaron del famoso John Brown, que luchó contra la esclavitud.

—¡Kalosorisate! —casi gritó como bienvenida, al reconocer a Eleftheria, y empujó a los visitantes hacia el interior, a través del corredor hasta una modestísima habitación. Llamó a su mujer.

—¡Despo! Eleftheria está aquí. Trae *krasi*. Y apresúrate, mujer.

Una mujer gruesa y anciana llegó de la cocina y saludó a Eleftheria. Mike, con aspecto de pordiosero, sin camisa, permaneció casi inconsciente mientras se cambiaban saludos entre todos. Al fin, Eleftheria se acordó de él.

—Es Jay Linden, un soldado neozelandés y necesita un lugar donde estar.

—¿Englezos? —preguntó el gigante.

—Sí.

El gigante fue presentado a Mike como Barba-Leónidas y le estrechó la mano con tal violencia que Mike pensó que le había descoyuntado el brazo. Barba-Leónidas encontró una camisa de proporciones desmesuradas para Mike, y luego preguntó si tenían hambre.

En un abrir y cerrar de ojos se vieron instalados en sillas sin respaldo; sin ninguna clase de ceremonia, Barba-Leónidas se llenó el plato de lentejas y les invitó a que siguieran su ejemplo.

Después de la comida, Barba-Leónidas escuchó atentamente mientras Eleftheria contaba lo ocurrido en Paleachora. Permaneció sentado sumergido en un irritado silencio, roto solamente por alguna ocasional exclamación de ira. Despo, la mujer, se levantó de la mesa y se puso a hilar en una rueda de fabricación casera y no intervino en la conversación.

Cuando Eleftheria acabó, Barba-Leónidas decidió:

—Mi único hijo, Yani, murió luchando contra los italianos en Albania. Tú puedes usar su cama todo el tiempo que te parezca necesario.

Había algo en la simplicidad y sencillez de aquel hombre, que gustó a Mike desde el primer momento. Era un hombre tan real y vivo como muchos de los personajes de

las novelas de Mike; esto hizo que en seguida se entendieran bien el uno con el otro.

Barba-Leónidas les dijo:

—Debéis estar cansados. Vale más que os vayáis a dormir y ya tendremos tiempo sobrado para hablar.

Ordenó a Despo que buscara algún lugar para Eleftheria, en una casa cualquiera. Sólo había dos camas en la casa y, como era lógico y era costumbre, Mike tuvo prioridad sobre Eleftheria.

—Bastaría con una sola cama —protestó la muchacha.

Se hizo un ominoso silencio en la habitación. Barba-Leónidas dirigió una inquisitiva mirada a Mike, que tenía una expresión de completa estupidez. Gruñó ininteligiblemente y miró alternativamente a Mike y a Eleftheria. El gigante pesó la decisión durante unos minutos.

—No estaría bien —decidió al fin y Mike se sintió aliviado. No estaba dispuesto a resistir otro asalto de aquel calibre a su conciencia.

Mike se había dado cuenta de que Barba-Leónidas se mostraba enojado o disgustado por la poca atención que él demostraba hacia la muchacha, incluso cuando no se trataba más que de una ligera sonrisa. En aquella aldea de la montaña las costumbres debían ser mucho más rígida que en Paleachora en lo que se refería a las mujeres.

Mike la acompañó hasta la puerta donde Despo aguardaba.

—Hablaremos mañana por la mañana. Tenemos mucho trabajo por delante.

El sueño reparador en el mullido lecho, obró milagros en los fatigados huesos de Mike. Tan pronto como despertó salió a almorzar con Barba-Leónidas y estuvo aguardando la llegada de Eleftheria. Su cabeza estaba rebosante de planes para alcanzar Atenas. El gigante permanecía en silencio. Cuando terminó el almuerzo, Mike no pudo esperar más y preguntó:

—¿Dónde está Eleftheria?

—Camino de Dernica.

—¿Quién se lo ha mandado? ¿La ha mandado usted?

—¿Qué diferencia hay entre que yo la haya mandado o se haya ido ella? Se ha ido, eso es todo.

—No es lo mismo por lo que a mí se refiere.

—Acaba el café. Se va a enfriar.

—Pero…

—No te excites, muchacho. Ha prometido volver el sábado.

Antes de que Mike pudiera replicar nada, Barba-Leónidas se levantó y se marchó al campo. Aquél se volvió hacia Despo, que permanecía tan silenciosa e indiferente como si fuera muda y sorda.

Mike gruñó airadamente. ¿Qué clase de juego era aquel? ¿Había estado

planeando Eleftheria meterle en aquella trampa o el gigante la había mandado marchar por alguna razón? No lo sabía ni podía saberlo. Y no le quedaba gran cosa por hacer, excepto esperar el sábado. Bebió su café.

Barba-Leónidas se sorprendió cuando levantó la vista de lo que estaba haciendo en el campo y vio a Mike a su lado.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —preguntó Mike.

—¡Bah! —dijo el gigante—. Vete a coger uvas con mi mujer. He de quitar las piedras de este campo y no quiero que mi amigo inglés se destroce las manos.

Mike aceptó el reto y se puso a trabajar al lado de Barba-Leónidas. La sonrisa del gigante, iba de oreja a oreja sobre su ancha cara.

Realmente Kaloghriani estaba en el extremo del mundo. Estaba tan alejado de la civilización como podía estarlo la luna. Mike trabajó hombro con hombro al lado de su huésped, pero resultaba difícil seguir su ritmo, a pesar de ser treinta años más joven. Sudaron juntos en el campo durante el día y por la noche se emborracharon juntos. En tres días escasos el vínculo creado entre ambos se hizo indestructible.

Barba-Leónidas se complacía en calificar a Mike de «pequeño y débil inglés». Mike difícilmente podía ser considerado como un hombre pequeño y débil; en sus tiempos, era considerado el mejor jugador de fútbol de la Universidad. Luchaban los dos y Barba-Leónidas acababa levantando a Mike y arrojándolo al montón más próximo de paja o de hierba, con lo que ambos se reían cordialmente. Mike pensaba muchas veces que con unos cuantos jugadores de la talla y la fuerza de Barba-Leónidas, el equipo de la Universidad hubiera sido invencible. Trabajando y bebiendo excesivamente, Mike experimentaba una desaforada alegría por el simple hecho de vivir, como no la había sentido nunca hasta entonces.

Despo, la anciana siempre vestida de negro, con su único diente colgando solitario en medio de su desierta boca, parecía que nunca durmiera ni descansara. Sus arrugadas manos estaban en constante movimiento, ayudando a su marido en el campo, o en el trabajo de la casa, cuidando la huerta, a los animales domésticos, buscando leña, hilando o tejiendo hábilmente. Trabajaba durante muchas horas, comenzaba a hacerlo antes de que saliera el sol y terminaba mucho después de haberse puesto.

Cada día, después de trabajar en la pedregosa y áspera tierra, los dos hombres se iban al café. Nadie cantaba allí. Fatigados campesinos se reunían ante las mesas y bebían *ouzo* hasta que la cena, pan y lentejas, estaba a punto. Ninguno de los lujos que podían hallarse en la rica Paleachora se encontraba allí.

También Mike encontró, al lado de otras cualidades, la de la generosidad. No estaba tan lejos Kaloghriani para que no llegaran periódicamente a ella algunos hambrientos habitantes de las ciudades. Nadie se marchaba de allí con las manos

vacías. Todos se llevaban trigo o pan, vendido a precio normal y razonable o a veces simplemente regalado. El sábado Leónidas y algunos otros se marcharon a cazar conejos para darlos a quienes pudieran venir en busca de comida. No había allí nada de la venalidad que enriquecía a otros campesinos. La filosofía de aquellos hombres era muy sencilla. Si uno tenía dos granos de trigo, debía quedarse uno para sí mismo y dar el otro a quien lo necesitara.

Michael Morrison conoció finalmente la leyenda que rodeaba a la aldea, una leyenda tan antigua como las mismas colinas en que se hallaba. Aquélla era conocida como la «Aldea de los Ladrones».

Durante muchos siglos aquellos hombres habían tratado de malvivir a expensas de la árida tierra, hasta que un muchacho de Kaloghriani que era más listo que los demás, descubrió que resultaba mucho más cómodo vivir dedicándose a robar a las aldeas vecinas, más ricas que la suya. A través de los años, los aldeanos perfeccionaron, hasta el virtuosismo más extremado, diferente métodos de robar. La simple presencia de un habitante de Kaloghriani era enojosa en cualquier parte. El latrocinio se convirtió en un arte, en un aspecto fundamental de la cultural popular. Difícilmente podía hallarse un hombre que no hubiera pasado algunos años en la cárcel.

El habitante más anciano de la aldea, un viejo de noventa y nueve años, llamado Petros, había pasado cuarenta años detrás de las rejas. Barba-Leónidas admitía de buena gana algunas condenas de cinco años en su juventud, cuando aún no había aprendido bien el arte. El crimen consistía en dejarse coger, no en robar. Una vez cogido, sin embargo, un hombre adquiría prestigio en la comunidad según el número de años a que se elevaba su condena. Llegar a pisar la prisión Averof, en Atenas, era, naturalmente, el máximo honor que podía alcanzarse. Incluso el padre Gregorios, el pope y única persona que sabía leer en toda la aldea, se mostraba muy vago y reticente acerca de los diez años que en teoría había pasado en el Canadá.

Aquella fantástica raza de montañeses debía descender seguramente de los antiguos dioses griegos, ya que Barba-Leónidas era un hombre más bien pequeño entre ellos. Muchos alcanzaban los siete pies de altura y vivían hasta los ochenta y los noventa años con una salud indiscutiblemente robusta.

Mike los había visto matar a un conejo corriendo a una distancia de cuatrocientos metros. Aunque podía trabajar al lado de Barba-Leónidas, que tenía sesenta y cinco años, y no se quedaba atrás, no le ocurría lo mismo cuando pretendía caminar a su mismo paso. Los hombres de Kaloghriani podían estar todo el santo día andando, y corrían montaña arriba con la misma celeridad y facilidad que lo hacían montaña abajo, sin que apenas se les pudiera notar la menor alteración en su modo de respirar.

Las mujeres trabajaban de sol a sol; eran tan rudas como los hombres, aunque su belleza se desvanecía muy pronto. Cuando nacía una criatura, la madre abandonaba el

lecho unos minutos después y volvía al trabajo, sin que por este motivo tuviera lugar ninguna fiesta o celebración. Todo cuanto ocurría en Kaloghriani formaba parte del curso normal de la vida, nacimiento, muerte, matrimonio o catástrofe, y no por ello sus habitantes olvidaban que tenían mucho trabajo para poder seguir viviendo y carecían de tiempo para perderlo en canciones, bailes o lágrimas.

Así, al término del quinto día de estancia de Mike en la aldea, Barba-Leónidas anunció tajantemente y sin lugar a la más pequeña discusión, que Mike era su hijo.

—Mi otro hijo murió y Dios me ha dado éste.

Mike podía hacer muy poca cosa contra la simple lógica de sus razonamientos.

—Si los aliados están ganando la guerra, ¿por qué se retiran? Contésteme a eso. ¿Por qué se retiran? Sois muy estúpidos los ingleses.

—No olvides que la mayor parte del mundo libre se halla en guerra a nuestro lado.

—¡Bah! Si ganarais, iríais adelante. Si vais hacia atrás, es que perdéis. Los aliados se retiran porque pierden.

—Trata de meterte en la cabezota, Leónidas, que cuanto más se extiendan los alemanes, más dificultades tendrán para mantenerse en frentes tan distantes y más débiles serán sus fuerzas. Mira lo que le ocurrió a Napoleón en Moscú, en 1812, por ejemplo.

—Yo digo ¡bah!, ¡bah! Hablas como una mujer. Si yo lucho por Kaloghriani y he de retirarme a Dadi, pongamos por caso, es que pierdo, ¿sí o no?

—Por el amor de Dios, Leónidas, ponme otro vaso. No hay manera de meterte nada en la cabeza.

Llegó el sábado. Mike se levantó temprano y esperó ansiosamente la llegada de Eleftheria. A media mañana su ansiedad se iba cambiando en sospecha. Barba-Leónidas estaba extrañamente silencioso. Durante toda la semana se había dado cuenta de que al gigante le molestaba que mencionara a la muchacha. Al mediodía tuvo la seguridad de que había sucedido una de dos cosas: Eleftheria quería que él estuviera en Kaloghriani o bien era Barba-Leónidas quien lo deseaba.

A primera hora de la tarde, Mike no pudo aguantar más y preguntó qué ocurría respecto a la muchacha. Barba-Leónidas, que no era capaz de mentir cara a cara, rehusó contestar. Escogió una escopeta y salió diciendo que se iba a cazar conejos.

Mike se volvió hacia Despo. La anciana le miró sumisamente sin dejar de hilar.

—¿Dónde está Eleftheria?

Despo movió la cabeza.

—¿Dónde está ella, Eleftheria, dónde está?

Se acercó a la anciana y gritó de nuevo:

—¿Dónde está?

—Estuvo aquí —repuso Despo—. Estuvo aquí a mitad de semana. Tú estabas en

el campo. Barba-Leónidas la mandó volverse.

—¿Por qué?

—Porque tú eres su hijo y no podrás marchar nunca de aquí.

Capítulo VIII

Mike estuvo algún tiempo en la casa, mientras Despo permanecía en silencio, aunque sin dejar de hilar. Mike pensó que Barba-Leónidas le había encerrado en otra trampa. No tenía modo de marchar a Dernica, ni siquiera tenía idea de la dirección que debía tomar. Nadie en Kaloghriani le iba a facilitar la información. El intento del gigante de recuperar su paternidad, había creado el problema. No quedaba más que una salida, que era convencerle de que le era imprescindible marchar.

Salió de la casa y recorrió toda la aldea en busca de los cazadores. Con todo, se dio cuenta de que le llevaban por lo menos quince minutos de ventaja, de modo que le sería imposible alcanzarlos. Caminaban casi con la misma velocidad con que él corría.

Salió de la aldea tomando la dirección en que generalmente iban a cazar. Durante media hora estuvo tratando de localizarlos. Rebasó los últimos campos y se metió entre la maleza. Cuando el terreno comenzó a encresparse, en las mismas laderas del monte Kallidromon, Mike se detuvo y decidió esperar a que la caza terminara.

El día era cálido y soleado y el aire tranquilo. Mike no sentía los menores deseos de pasar el tiempo en casa, con la silenciosa Despo como compañía. Durante la semana, mientras trabajaba en el campo, había mirado muchas veces hacia aquella montaña y había pensado que desde su cumbre la vista debía de ser espléndida, por lo que sin esperar a más comenzó a trepar por la ladera.

Encontró un sendero que iba ascendiendo gradualmente y lo siguió sin vacilar deteniéndose de vez en cuando para recobrar el aliento. Trepó durante buena parte de la tarde, hasta que la subida comenzó a hacerse más dura. Llegó hasta una especie de rellano, cruzó un espacio pedregoso y se encontró ante un pico erguido como una pared.

Pensó que siempre le había causado vértigo la altura y que entonces no lo sentía de ningún modo. Le pareció que infinidad de miedos y temores que antes había tenido, se habían desvanecido en Paleachora y en Kaloghriani. Lleno de entusiasmo y excitación buscó el mejor camino para trepar hasta la cumbre.

Un panorama inmenso se extendió a sus pies tan pronto como se detuvo jadeante en lo alto de la montaña, con aire de conquistador. Hacia el Este brillaba el mar Egeo con sus islas, y hacia el Oeste se alineaba un verdadero regimiento de montañas. Estuvo durante algún tiempo asombrado por lo que sus ojos veían y le recorrió un maravilloso estremecimiento. Pasó una nube por debajo de él, desapareció como un fantasma en una de las faldas de la montaña y reapareció al otro lado.

Mike miraba ansiosamente a todas partes y no podía evitar formularse una serie de preguntas. ¿Qué poder era el que le había llevado hasta todo aquello? ¿Cómo había podido cambiar de tal modo en pocas semanas? ¿Dónde estaba aquel miedo y

aquel temor que siempre le habían acompañado hasta entonces?

Pensó en sus hijos. Primero este recuerdo le atormentó. Luego había ido desvaneciéndose y calmándose. Era como si se fueran alejando, perdieran consistencia y se convirtieran en extraños para él. Sabía que los quería por encima de todo, pero también se daba cuenta de que en cierto modo se había acostumbrado a darlos por perdidos.

Vio también a diecisiete individuos sentados ante elegantes escritorios, o acudiendo a *cocktail-parties* o charlando amigablemente con los alemanes. Los ingleses se hallaban probablemente muy preocupados por aquellos diecisiete nombres. ¿Había fracasado? ¿Había procedido adecuadamente? Quizás había tomado un exceso de precauciones perdiendo aquellas semanas. No lo sabía. Pero debía abandonar cuanto antes las montañas. Convencer a Leónidas no sería trabajo fácil. El día anterior Leónidas había inducido a la gente de la aldea a quemar una orden mandada por los alemanes señalando la contribución en trigo que debían pagar.

El único plan coherente que podía trazar, era enviar a Eleftheria a Atenas con el fin de entrar en contacto con el doctor Thackery. Incluso esto era arriesgado. No era una muchacha excesivamente lista, y si le ocurría cualquier contratiempo sería incapaz de salirse de él por sus propios medios.

¿Tenía sin embargo, el derecho a arriesgar su vida? ¿Podía exponer a la muchacha a unos riesgos que hubiera debido afrontar él? Mucha gente había muerto ya por culpa de la lista de Stergiou. La vida parecía ser una despreciable bagatela en la lucha por aquellos diecisiete nombres. De todos modos, se dijo Mike, Eleftheria iría de muy buena gana a Atenas si supiera lo que su viaje significaba.

Un hecho quedaba claro en su cruel frialdad: la vida de él o la de ella carecían de importancia ante la necesidad de llegar a su destino aquella lista.

Mike echó una última ojeada al panorama y emprendió el descenso.

Cuando llego a la aldea ya había oscurecido. Barba-Leónidas estaba muy pálido cuando entró Mike. Cuando le vio, apareció en su ancha cara una expresión de alivio que desmentía su pretensión de que el asunto no le importaba.

—¡Ah!, estúpido inglés, ya estaba a punto de salir a buscarte. No me gusta que vayas por estas montañas sin que yo vaya contigo. No lo hagas más.

El gigante se sentó a la mesa y Mike permaneció de pie a su lado.

—Mañana irás a Dernica y me traerás a Eleftheria.

—Siéntate, come y no hables demasiado.

Mike agarró a Leónidas por la camisa y levantó de la silla sus ciento doce kilos.

—O vas tú a Dernica o voy yo.

Barba-Leónidas miró a Despo y murmuró consternado:

—Loco. Se ha vuelto loco.

Despo se dirigió a la puerta, dispuesta a salir corriendo.

—Siéntate y come, te digo. Si necesitas una mujer, puedo traértela después de cenar. Una docena, para que escojas. Incluso puedes usar mi propio lecho.

Leónidas se sentó y llenó su pan con lentejas. Luego se lo echó al gaznate.

—Bien, iré, si te es tan necesario.

Miró a Mike con expresión de disgusto en su barbudo rostro.

—¿Qué es lo que te pasa, Jay?

—Créeme, amigo mío, te aprecio mucho y estoy muy bien aquí, pero es absolutamente necesario que vaya a Atenas.

Leónidas comió otro bocado.

—Así que quieres marcharte. ¿Realmente quieres marcharte?

—Necesito marchar.

—¿Por qué dices tonterías? —gimió el gigante—. ¿Por qué debes marchar?

—Soy un soldado. Es mi deber.

—¡Bah! ¿Qué clase de soldado eres tú? ¿Qué es lo que te crees que vas a hacer? No puedes alcanzar un conejo a cincuenta metros con mi mejor escopeta.

—He visto ya una aldea arrasada hasta los cimientos por mi culpa.

—Pueden quemar esta pocilga de casa. Yo y mi mujer podemos vivir en los bosques. Ya lo hemos hecho antes, muchas veces. Y, a veces, pienso que éramos más felices que tratando de hacer crecer trigo entre estas rocas. No, Jay, es mejor que te quedes aquí para siempre.

Mike se dirigió lentamente hacia la mesita situada junto a la cama, en la que se hallaban todas sus posesiones. Dos pipas, dos pistolas y un montón de dracmas. Guardó un millón de dracmas para sí y dejó el resto sobre la mesa. Caminó hacia la puerta.

Leónidas se levantó y le cerró el paso.

—¡Siéntate! —gritó.

Despo conocía aquel tono de voz y abandonó rápidamente la casa.

—Apártate de mi camino, Leónidas. Será mejor.

—¡Siéntate o te mato!

Leónidas dio un salto hacia la chimenea y cogió un atizador. Se plantó en medio de la puerta, rabiosamente. Mike sacó lentamente la pistola y la dirigió hacia él.

Fuera de la casa, en la calle, la gente de la aldea se había reunido. Una delegación llamó a la puerta y pidió que no hicieran tonterías.

Durante largo tiempo los dos hombres estuvieron uno ante el otro. Finalmente Leónidas arrojó el atizador al suelo.

—Igual que mi propio hijo —murmuró—. ¿Hasta dónde crees que podrías ir, Jay? ¿Acaso has visto algún griego con el cabello rubio, en estas montañas?

Mike no contestó.

Despo, que raramente mostraba ninguna emoción abiertamente, había vuelto y

lloraba.

—¡Márchate de aquí! —gritó Leónidas.

Se volvió hacia Mike y por primera vez éste distinguió señales de cansancio y vejez en el rostro del griego. La espalda del gigante se estremeció y lanzó un pesado suspiro.

—Siéntate y come, Jay. Iré a Dernica tan pronto como pueda.

—¿Cuándo?

—Bien. Mañana mismo.

Capítulo IX

Eleftheria se encontró terriblemente incómoda dentro de sus nuevos vestidos de ciudad, mientras se situaba en la larga fila de viajeros que se disponían a pasar ante la inspección en la estación de Larissa, en Atenas. Estaba rodeada por fatigados ciudadanos que regresaban del campo, adonde era preciso ir a buscar comida.

Sus dedos apretaron nerviosamente el bolso, cuando la cola se acercó a la mesa en la que los inspectores alemanes, italianos y griegos examinaban los salvoconductos y los equipajes de los viajeros.

Finalmente llegó ante la mesa. Un alemán con ropa de paisano. Le mostró el salvoconducto. El alemán le echó una ojeada y luego la miró a ella. Era un agradable cambio, comparada con el aspecto de la gente cansada que pasaba por allí y hubo en su mirada bastante más señales de lujuria que de curiosidad. Eleftheria evitó sus ojos.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó él abruptamente.

—Vengo a visitar a unos parientes —repuso ella con voz muy tenue.

El alemán cogió el bolso y echó el contenido encima de la mesa. Entre otras cosas cayó un buen rollo de dracmas.

—Éste es mucho dinero.

Ella no contestó.

—¿Su ocupación?

—Soy la mujer de un agricultor.

—Parece que en estos últimos tiempos, todos los agricultores llegan a Atenas llevando verdaderas fortunas.

Ella se esforzó en contener el miedo que la invadía.

—Abra la maleta.

Metió las manos para registrarla. Estaba llena de ropa interior del tipo que acostumbraban a usar las muchachas de la ciudad. Lo había comprado todo en Dadi, tal como Jay le había indicado.

—Puede cerrarla.

Cogió el salvoconducto y miró hacia la larga línea de viajeros que esperaban. Encendió un cigarrillo y sonrió a la muchacha.

—¿Dónde se alojará usted en Atenas?

Ella hizo una larga pausa.

—Con una tía mía.

—Y… bueno, ¿qué le parece si le llevo a ver la ciudad, eh?

—Mi marido está esperándome en casa de mi tía.

—¡Pase! ¡El siguiente!

Echó a andar por el vestíbulo de la estación, lleno de gente, leyendo los diversos letreros indicadores. Todo era extraño, maravilloso y excitante. Eleftheria había

estado en la capital, pero hacía muchos años. Su ansiedad le prestaba un especial atractivo, que inducía a muchos soldados alemanes e italianos a dirigirle lánguidas o fogosas miradas.

Salió afuera y miró en tomo suyo. Había una larga cola de taxis que esperaban pasajeros. Subió a uno.

Mientras el taxi iba corriendo, fingió la mayor indiferencia hacia todo lo que le rodeaba, la gran ciudad, los enormes edificios, el coche en que ella misma iba. Había subido a un automóvil tan sólo dos o tres veces, aunque también había ido en el camión de su tío Christos.

—¿Quiere usted llevarme a la Sociedad Arqueológica Americana? —le dijo al chófer.

El taxi se apartó de la congestión que rodeaba toda el área de la estación y corrió hacia la parte oriental de la ciudad, por la ancha calle de Leophoros Alexandrou. La muchacha trató de tranquilizarse y recordar las instrucciones de Jay. Debía llevar a cabo la labor que le había encomendado, de modo perfecto.

Al cabo de un rato el taxi describió un viraje en ángulo recto y corrió a lo largo de una zona boscosa hacia la parte septentrional del barrio de Kolonaki.

El coche pasó ante varios edificios, como el hospital americano, las antiguas escuelas británicas y una serie de instituciones parecidas. Pasados estos edificios el taxi se detuvo ante un edificio muy sencillo, de dos pisos, construido con ladrillo rojo.

El chófer pareció enojado por el silencio de Eleftheria durante el viaje, pero se le abrió la cara en una ancha sonrisa ante la generosa propina. Todos los que de un modo u otro se relacionaban con la Embajada americana, daban buenas propinas.

El taxi se alejó. Eleftheria se mordió el labio. Estaba ante una puerta de hierro cerrada. El corazón le latía apresuradamente. Vio una puertecilla abierta y un corto sendero que conducía a la casa. Caminó hacia allí con la sensación de que estaba pisando carbones encendidos.

Empujó la gran puerta de la casa y se encontró en un vestíbulo lleno de estatuas, pinturas y pedazos de mármol. En las paredes se veían también varios escritos enmarcados, que ella no podía leer. La sala era ancha, aireada y oscura; esto contribuyó a su temor y desconcierto.

Una mujer de mediana edad, que evidentemente no era griega, estaba sentada junto a una pequeña mesa con auriculares en los oídos. Había también un escritorio con varios papeles esparcidos encima. Eleftheria se acercó con gran precaución. La mujer la miró y preguntó:

—¿En qué puedo servirla?

—Deseo… he de ver al doctor Harry Thackery —murmuró.

—¿Cómo se llama usted?

—Eleftheria.

—Eleftheria, ¿y qué más?

—Eleftheria Yalouris.

—¿Tiene ya una cita con el doctor? —preguntó la mujer, mirando sin ninguna simpatía a la muchacha campesina que tenía delante.

—No. Ni siquiera me conoce.

—Un momento, por favor.

La mujer se levantó y desapareció por un corredor. A Eleftheria le pareció muy extraño que una mujer pudiera estar sentada detrás de una mesa como aquella y fumar un cigarrillo, pero estaba preparada para las más extrañas cosas que le pudieran ocurrir.

Volvió la mujer.

—Lo siento, pero el doctor no puede recibirla.

Eleftheria sopesó varias veces su maleta y trató de hacerse cargo de lo que Jay hubiera hecho en un caso parecido.

—¿Cuándo podré verle, entonces?

Era la pregunta mejor que podía hacer.

—Temo que por ahora sea difícil. Está ocupadísimo. Prepara unas excavaciones y tiene mucho trabajo.

Recordó que muchos años atrás había visto a unos extranjeros que realizaban excavaciones en Dernica. Antes de la guerra venían muchos extranjeros a excavar en Grecia. Siempre se hablaba de algunos que se hallaban en las proximidades de su aldea.

—Pero…, he venido expresamente de Dadi para verle. Es algo importante.

En una caja que había sobre la mesa, se oyó un zumbido. La mujer detuvo el zumbido cerrando una palanca metálica. Se abrió la puerta y entraron dos hombres. No eran griegos, se sentaron y comenzaron a mirar revistas.

La mujer miró de nuevo a Eleftheria, de pie frente a la mesa.

—¿Para qué desea ver al doctor Thackery?

—Es un asunto personal, de gran importancia y he venido expresamente de muy lejos para verle.

La mujer pareció dudar y desapareció de nuevo en el corredor. Volvió al cabo de un rato.

—Sígame, por favor.

La mujer caminó rápidamente por el alfombrado corredor, pasando ante varias puertas que ostentaban nombres grabados en placas de metal, se detuvo de pronto y abrió una de ellas, indicando a Eleftheria que entrara. Cerró la puerta detrás de la muchacha.

La sala se hallaba en la semioscuridad. Las largas cortinas estaban corridas. Era

una sala de estilo Victoriano, alta de techo y con paneles de madera en las paredes. La única luz procedía de una lámpara situada encima de una mesa, detrás de la cual se sentaba un hombre de cara huesuda y cabello escaso. Miró fríamente a Eleftheria.

—¿Deseaba usted verme? —preguntó con voz monótona.

—¿Es usted el doctor Harry Thackery?

—Exacto.

Eleftheria se clavó las uñas en la palma de la mano y trató de recordar exactamente las palabras de Jay.

—Un amigo mío —comenzó diciendo— está en casa de mi primo. Desea venir a Atenas. Me ha dicho que un amigo común le ha indicado que se ponga en contacto con usted.

—Siéntese, muchacha.

Se sentó en el extremo de una pesada silla de caoba y pudo contemplar a su sabor el rostro de aquel hombre.

—¿Dónde está ese amigo suyo?

—En Kaloghriani.

—¿Kaloghriani?

—Sí. Una aldea muy alejada, en la provincia de Larissa.

El hombre abrió sus finos labios.

—Háblame acerca de este amigo suyo.

—Es un soldado inglés. De Nueva Zelanda.

La cara de Thackery siguió tan fría como antes.

—Creo que se ha equivocado, muchacha. Si su amigo es inglés, no es legal tratar de llevarle a Atenas. Los americanos no estamos en guerra con Alemania. Yo soy americano.

—Pero mi amigo dice…

—Lo siento. No puedo ayudarle en nada. Y le aconsejo que se marche de Atenas. Esto no le llevará otra cosa que molestias.

Eleftheria se levantó enteramente confundida. Comenzó a caminar hacia la puerta y de repente se volvió.

—Pero su mutuo amigo, un hombre de Escocia…

Silencio.

Eleftheria sintió la imperiosa mirada del hombre que se sentaba al otro lado de la mesa, medio envuelto en las sombras.

—¿Por qué quiere venir su amigo a Atenas?

Sintió una especie de sequedad en los labios y abrió la boca para responder.

—Me ha dicho que tiene diecisiete excelente razones para hacerlo.

Thackery se levantó de un salto de su asiento.

—Quédese aquí. Vuelvo en seguida.

No era excesivamente alto, pero su delgadez hacía que lo pareciera. Eleftheria se sintió confusa y desorientada y deseó vivamente hallarse en el tren de regreso, volver a su aldea y no tener nada más que ver con aquellas extrañas cosas. Lamentaba haber ido a Atenas.

El doctor Thackery cruzó el vestíbulo en dirección a otra oficina. Un individuo llamado Thanassis se hallaba sentado con auriculares en los oídos. Se levantó cuando vio a Thackery.

—¿La ha oído? ¿Qué le parece?

—Es Morrison, desde luego —repuso Thanassis.

—¡Gracias a Dios que todavía está vivo! Siempre he conservado esta esperanza.

—Necesitamos desesperadamente esa información —dijo Thanassis—. ¿Qué hay de la muchacha?

—¿Están ahí afuera nuestros compañeros de viaje? —preguntó el doctor, refiriéndose a los agentes de la Gestapo que constantemente vigilaban sus movimientos.

—Desde luego, como de costumbre.

—Mande venir un coche. Debemos sacar a la muchacha de la ciudad. No podemos arriesgarnos a que la cojan. Trate de avisar a Lisa para que nos encontremos con Papa-Panos. Hemos de ponernos inmediatamente en contacto con este hombre.

Tercera parte

Capítulo Primero

Lisa Kyriakides escuchó atentamente las instrucciones del doctor Thackery.

A Lisa le parecía que todo aquello estaba envuelto en un excesivo misterio, que era algo completamente oscuro y que había demasiadas cosas sin aclarar. Era la primera vez que el doctor Thackery le ocultaba los detalles de una misión a realizar. Lisa sabía sin embargo, a pesar del corto tiempo que llevaba trabajando en la resistencia, que la más estricta disciplina era indispensable. No debía hacer preguntas. No sólo esto, sino que prefería no hacer preguntas.

Viajar hasta la lejana Larissa para traer de allí a un solitario fugitivo inglés, le parecía un absurdo. Quizás era algún oficial de alto rango o un miembro de la resistencia en apuros. Quizá ni siquiera era un fugitivo.

Thackery abrió sus finos labios.

—Marche a Dadi esta misma noche. Una vez allí, una muchacha llamada Eleftheria Yalouris se pondrá en contacto con usted. Deben ir juntas a una aldea llamada Kaloghriani. La presentará a un hombre que usted conocerá como Vassili. Debe presentarse usted como Helena. No debe preguntarle nada más.

Lisa asintió y estudió atentamente la pétrea cara de su interlocutor.

—Nuestros agentes en Dadi arreglarán lo referente a su salvoconducto, papeles y todo lo necesario. Debe usted cuidar que no le ocurra nada en el tren, hasta donde le sea posible. ¿Está claro?

—Sí —susurró Lisa.

—Tan pronto como lleguen a Atenas, lo lleva a casa de Lazaras y me avisa inmediatamente.

—Muy bien.

—¿Alguna pregunta?

—Creo que todo está claro.

Lisa repitió sus instrucciones y examinó sus papeles y el dinero.

Papa-Panos, el pequeño sacerdote, entró en la habitación.

—¡Venga, muchachos! Es hora de comer.

—Sí —asintió el doctor—. Comeremos y nos iremos. Mis pobres amigos alemanes llevan ya demasiado tiempo ahí afuera, bajo la lluvia.

Fueron hasta la cocina. Antes de entrar en ella, el doctor se volvió hacia Lisa y le preguntó:

—¿Le ocurre algo, Lisa? Tiene hoy mal aspecto.

—Nada. Estoy bien. No ocurre nada.

—Otra cosa, Lisa. Si las cosas marcharan mal y nuestro hombre fuera a caer en manos de los alemanes, debe usted matarlo antes de que ocurra esto. Este hombre no debe caer vivo en manos de los alemanes.

Mientras entraban en la cocina, Lisa estaba elaborando furiosamente un plan que quizá le permitiera salvar a sus hijos, aun cuando fuera a costa de traicionar a su propio país.

Konrad Heilser gimió y se sentó correctamente en su butaca. Le daba vueltas la cabeza. Tenía los ojos irritados y sanguinolentos. Apoyó las manos en la grandiosa mesa cubierta de mármol. Apareció ante su vista una foto con su mujer y sus hijos. Rollizos y macizos, en el mejor estilo alemán. Volvió la foto contra la mesa y cogió un tubo de aspirinas.

¡Valiente juerga la que se había corrido! Pero también, ¡valiente resaca la que estaba pasando! Se tragó una aspirina haciendo una mueca de desagrado. Aspirinas griegas. Le servirían para todo menos para curarle el dolor de cabeza.

Zervos, el sucio cerdo, había organizado una juerga de cuatro días de duración para festejar la adquisición de su nuevo piso, un departamento de diez habitaciones construido y amueblado en el estilo ultramoderno, horriblemente adornado con obras de arte antiguas que aparecían al lado de cuadros surrealistas. Venía a ser una especie de museo dispuesto por un loco.

Todo el mundo en la Kommandatur había ido a verlo, ya que Zervos se había hecho muy popular con sus adulaciones y sus regalos y sus agasajos. Su chantaje realizado a costa de los ricos griegos temerosos de caer en manos de la Gestapo, le había hecho rico en un abrir y cerrar de ojos.

¡Y las mujeres! Heilser debía admitir que Zervos tenía gusto para aquellas cosas. Una sonrisa le cruzó los labios cuando recordó la juerga. Había encontrado allí a una muchacha nueva que le había calentado la cama muchísimo mejor que todas las que hasta entonces había conocido en aquel maldito país.

La sonrisa de Heilser se convirtió en una mueca de desprecio. ¡Aquel cerdo de Zervos! Un sucio funcionario del Gobierno. Estaba creciendo demasiado y demasiado aprisa. Se ganaba el favor de todo el mundo a cambio de promesas de nuevas orgías todavía más fabulosas. Todo el mundo buscaba entonces a Zervos, el fatuo cerdo.

Quizá tuviera que enseñarle al griego quién era quién. Zervos le había prometido diez millones de dracmas al mes si Heilser cerraba los ojos ante sus extorsiones y negocios sucios. Heilser le pediría el doble.

Heilser sabía también que Zervos había adquirido a aquellas horas muchas fuerzas, sabía igualmente que el gordinflón personaje le era demasiado necesario para que pudiera prescindir de él. Lo sabía todo y encontraba la pista de todo. Y diez millones de dracmas al mes, sin ningún esfuerzo, tampoco dejaban de tener importancia, aunque la moneda griega perdiera cada día valor. Heilser decidió que Zervos podría seguir actuando, pero era necesario no perderlo de vista y controlar sus movimientos, no fuera que se le escapara de las manos.

Konrad Heilser tomó algunos de los papeles que estaban encima de su mesa. Los fugitivos estaban en todas partes. Los sucios ingleses cruzaban el país de uno a otro extremo. Para acabar de arreglar la cosa, tenía ya informes de un movimiento de resistencia que actuaba cada día con más seguridad y eficacia.

Éste no era el problema principal. El problema principal era el de los griegos que trabajaban dentro de la Kommandatur alemana, sacando toda clase de información en la más completa impunidad. ¿Quiénes eran exactamente?

¿Quién sabía dónde se hallaba aquel maldito americano? Cada día que seguía en libertad, aumentaba el peligro. Si los nombres de aquellos individuos caían en manos de los ingleses, todo se echaría a perder. Su trabajo se convertiría en una verdadera pesadilla. ¿Quién podría combatir contra un movimiento de resistencia que estuviera enterado de los menores propósito de la Kommandatur alemana? ¿Qué quería aquella gente? ¿Por qué resistían? El día anterior había firmado una orden para destruir dos aldeas en el distrito de Etolo-Acarnamia culpables de esconder fugitivos y no querer pagar la tasa de trigo que les había sido fijada. Resistían de todos modos.

Si conseguía coger al americano y conocer la lista de Stergiou, la resistencia quedaría quebrantada por lo menos por dos años.

Heilser estaba seguro de que Morrison trataría de ponerse en contacto con alguien en Atenas. Los alemanes sabían quiénes podían ser estos contactos y les dejaban actuar libremente, sin perderles de vista. Hubiera costado muy poco detenerlos y meterlos a todos en la prisión Averof, pero no serviría de nada hasta que no encontraran al maldito americano.

Alguien llamó a la puerta. Entró Zervos.

Heilser le miró con evidente disgusto. Su ropa nueva le sentaba malísimamente y parecía aún más grueso de lo que realmente era. Llevaba una aguja con diamantes en la corbata, gemelos de diamantes y anillos de diamantes. Pronto llevaría diamantes hasta en los dientes. Zervos se dirigió a la mesa de Heilser sin el menor rastro de su antiguo temor.

—Tenemos una cita con Lisa Kyriakides dentro de una hora, Konrad.

Zervos estaba orgulloso de su nueva situación, que, a sus ojos por lo menos, le permitía tutear a Heilser y llamarle por su nombre de pila.

Heilser se sintió asqueado y se propuso hablar claro a aquel cerdo griego en cuanto se le presentara una buena ocasión.

Zervos sabía el interés que tenía Heilser por Lisa y añadió:

—Me parece, Konrad, que ya es tiempo de que dispongamos de ella.

—Recuerde que aún dirijo este Departamento, señor Zervos. Y que mientras no atrapemos a Morrison no podemos coger a nadie que pueda llevarnos de un modo u otro hasta él.

—En el caso de Lisa, no nos dará ninguna clase de información. Ya lo sabe. Es

absurdo dejarla suelta. Por lo menos podemos mandar vigilarla, ¿no?

—¡Idiota! Vigílela y los de la resistencia lo sabrán en menos de cinco minutos. No, Zervos. Nos obedecerá mientras tengamos a sus hijos en nuestro poder.

Zervos continuó discutiendo con el antes tan temido alemán.

—¿Por qué no hacemos desaparecer a uno de los chiquillos? Esto la desesperará, y, para que no le ocurra nada al otro, colaborará absolutamente con nosotros. Estoy seguro de ello.

Heilser se dio cuenta de que debía tomar alguna rápida decisión, pero le interesaba personalmente aquella mujer, y, si la perjudicaba demasiado, perdería toda posibilidad de hacerla suya, que es lo que le interesaba. Pensaba constantemente en ella.

Zervos sonrió y le ofreció un cigarrillo.

—Sea razonable, Konrad. Le he ofrecido cincuenta millones de dracmas para que compartiera mi piso. Es una mujer muy difícil.

—¡Lárguese, cerdo!

Capítulo II

Lisa Kyriakides atravesó la plaza de la Constitución en dirección a la hilera de tiendas situadas frente a la calle Hermes. Los hombres, griegos, alemanes, italianos, se volvían a su paso. Ella seguía su camino, sin hacer caso de las miradas de nadie. Había sido dotada de una atractiva belleza que impresionaba forzosamente aunque uno sólo la viera un instante.

Sus facciones eran perfectas, el cabello rubio, poco frecuente entre las mujeres griegas rodeaba el rostro de una especie de halo dorado. El tono de la piel era algo más claro que el habitual oliváceo de sus compatriotas. Caminaba por la calle Hermes con la gracia y el aire de una nobilísima dama.

Era esbelta, quizá con exceso, pero esto no hacía más que añadirle gracia. Sus ojos tenían una expresión de profunda tristeza: las manos, excesivamente esculturales para ser reales, parecían expresar emoción incluso cuando andaba.

Se detuvo ante la tienda de modas de «Anton's», el falso francés que garantizaba a su rica clientela las últimas modas de París. Un oficial alemán se le acercó con la esperanza de trabar conversación con ella, pero la mujer lo detuvo con una helada mirada que le indujo a atravesar la calle inmediatamente.

Suspiró profundamente, apretó los labios para contener los sollozos que se le iban a escapar y abrió la puerta de la tienda. Entró en el alfombrado establecimiento.

Anton se dobló hasta la cintura al reconocerla. Le siguió a través de un salón en el que una suave música acompañaba las evoluciones de una modelo ante una cliente. Pasaron por un corredor que dejaba a un lado varias salas de costura y entraron en el despacho de Anton.

—Siéntese, por favor —dijo Anton con su voz aguda—. Estarán aquí dentro de muy poco.

Saludó de nuevo profundamente y se marchó.

Lisa se dejó caer en la butaca tapizada de cuero y ocultó la cara entre las manos. Las lágrimas le humedecieron las mejillas. Se sobrepuso y se levantó; se dirigió al pequeño mueble bar para llenarse una copa de coñac.

Permaneció mirando fijamente a la pared.

¿Valía la pena seguir viviendo?

Los hechos comenzaron al día siguiente a la entrada de los alemanes en Atenas. Manolis Kyriakides, su marido, se había mostrado tal como era. El padre de Lisa, modesto fabricante, se había negado rotundamente a colaborar con los alemanes y había destruido varias patentes que el enemigo quería obtener.

Aquél era el momento que Manolis esperaba, desde el mismo día en que se había

casado con Lisa. En una semana, Manolis obtuvo el control de la fábrica como premio por su actitud de colaboración con los alemanes. El anciano padre de Lisa había ido a parar a la prisión de Averof gracias a las gestiones de su yerno. Vivió tan sólo unas semanas y rehusó revelar las patentes hasta el mismo momento de morir.

Una semana después de la muerte de su padre, se enteró Lisa de toda la historia, gracias a las confidencias de un amigo. La primera actitud de Manolis fue negarlo todo, pero Lisa conocía perfectamente la verdad. Había ido dándose cuenta de su codicia y de su ambición.

Cogió a sus hijos y se marchó; se ocultó en un piso de Atenas, donde supo que se organizaba un movimiento de resistencia. Fue uno de sus primeros miembros.

Al cabo de una semana, fue detenida por la Gestapo.

Manolis, apoyándose en su amistad con los alemanes, recobró nuevamente a sus hijos y consiguió incluso la libertad de Lisa. La repercusión del caso llegó hasta el mismo Heilser. No podía negarse que Manolis era un buen esposo, que arriesgaba toda su influencia en favor de una mujer que le había abandonado.

Sin embargo, cada uno de los movimientos de Manolis había sido calculado cuidadosamente. No había dejado nada al azar. Nunca en su vida lo había hecho. Sabía perfectamente la impresión que produciría su mujer a un individuo como Heilser. Calculaba que Heilser se encapricharía de ella, como ocurría a muchos cuando la veían. Le constaba que mientras Heilser creyera que podía obtener a Lisa, él podría sacar del alemán lo que quisiera.

Desgraciadamente, Lisa había arrojado un jarro de agua fría sobre el propósito de Heilser de hacerla suya. El alemán la dejaba vivir. Tarde o temprano cambiaría de ideas. Konrad Heilser era un hombre de muchísima paciencia y Lisa una mujer por la que valía la pena esperar.

Su captura había sido algo tan rápido y su liberación tan inmediata, que sus camaradas de la resistencia ni siquiera se habían enterado de ella. No sabían que se veía obligada a dar informes a Zervos y a Heilser, puesto que Zervos había sugerido la idea de retener a sus hijos como rehenes.

Todo esto daba vueltas en la cabeza de Lisa como una pesadilla. Primero pensó en el suicidio, pero luego temió poner en peligro las vidas de sus hijos. Manolis se excedería en su ambición y codicia y dentro de poco no tendría ninguna clase de influencia con los alemanes. Ella no podía condenar a muerte a sus propios hijos.

Tampoco podía seguir jugando indefinidamente aquel doble juego, evitando las preguntas de Zervos y Heilser, mintiéndoles continuamente. Hasta entonces no la habían estado siguiendo ni vigilando, pero ¿hasta cuándo duraría aquello? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que Konrad Heilser acabara con sus hijos? ¿Qué ocurriría si su propia gente se enteraba de su doble juego y de su traición? ¿Acaso entonces su muerte no sería inevitable?

Había un camino. Incluso para escapar de Manolis. Convertirse en la amante de Heilser. Esto era lo que él quería. Lisa recordó la expresión lujuriosa de la cara del alemán.

El negro «Mercedes» del servicio oficial se detuvo ante la tienda de Anton. Heilser y Zervos bajaron flanqueados por sus guardias de corps.

Anton se inclinó de nuevo. Zervos reaccionó favorablemente ante la lisonja. Después de todo, Anton tenía muy pocos clientes como él.

—¿Ha llegado ya? —preguntó Heilser.

—Sí, señor, sí. Ha llegado.

Caminaron detrás del ceremonioso modisto, a través del largo corredor, hasta el despacho.

Lisa estaba de pie ante ellos, como una estatua de mármol. A Heilser se le apresuró el corazón al verla.

—¡Bien! —dijo bruscamente.

—No hay que informar. No he podido establecer ningún contacto.

—Lisa, no haga el tonto —intervino Zervos—. Ésta es la misma historia que nos cuenta cada vez.

—No le permito que siga mintiéndonos, Lisa —añadió Heilser.

—Se lo he explicado ya en otras ocasiones. Cada vez que he logrado establecer contacto, ha sido con un hombre que tenía nombre falso. Nunca puedo saber nada concreto. Desde que me soltaron ustedes, no he podido ni siquiera localizarlo. Es muy probable que se hayan enterado de que me detuvieron y desconfían de mí.

—¡Basta de mentiras!

—¿Desea acaso que la próxima vez le llevemos la cabeza de uno de sus hijos en una bandeja? —le preguntó brutalmente Zervos.

La reacción de la mujer no fue la que Zervos esperaba. No mostró ni sombra de temor. Habló fríamente.

—Estoy decidida a cumplir mi parte en el trato siempre que ustedes cumplan la suya.

Los dos se detuvieron sorprendidos por la calma y la frialdad de la mujer.

—Espere fuera, Zervos —dijo Heilser.

El alemán recorrió el despacho varias veces de un extremo a otro y luego se sentó en el borde de la mesa de Anton, con su más atractiva sonrisa. Lisa mantenía su helada tranquilidad.

—Querida —comenzó diciendo Heilser—. Está haciendo que las cosas sean cada vez más difíciles para usted, sin ningún motivo y sin ninguna utilidad. Quiero creer sinceramente su informe, Lisa, pero tenga en cuenta que no le he puesto vigilancia, ¿entiende?

Ella no contestó.

—Lisa, querida, usted sabe que estoy tratando de ayudarla, de protegerla.

—No pido tanto. Hicimos un trato. Le daré mis informes mientras pueda ver a mis hijos. Eso es todo.

Heilser suspiró de un modo que quiso expresar simpatía.

—Espero que sigan bien.

Ante la idea de estar a solas con Lisa, no pudo controlar sus sentimientos. Dio la vuelta a la mesa y se situó ante ella. Se le estremeció la carne al alcanzar los hombros, el cabello y las mejillas de la mujer. Casi era incapaz de hablar coherentemente.

—Lisa… yo… lo haré todo…

La cogió y hundió sus labios en el cuello de Lisa.

Ella permaneció absolutamente indiferente.

Se apartó y la miró a los ojos, como suplicando. La respuesta de la mujer fue una mirada en la que se mezclaban el odio y el desagrado.

Heilser levantó la mano y abofeteó a Lisa. Ella ni se movió. El alemán tomó una súbita decisión y abandonó el despacho, dando un portazo al salir.

Lisa cerró los ojos y se apoyó en el borde de la mesa. Maquinalmente caminó hacia la ventana y miró cómo se alejaba el majestuoso coche negro. Le constaba que el tiempo pasaba con rapidez y que debía tomar una decisión.

Una idea le asaltó como una posible salida. Su misión: un hombre a llevar a Atenas. Aquel hombre parecía ser de la mayor importancia para los alemanes. Quizá podría burlar a los de la resistencia y llegar a un acuerdo con Heilser. Quizá podría servirle para recuperar a sus hijos, si realmente era un hombre importante. Marcharía a otro lugar de Grecia y los de la resistencia nunca tendrían que saber lo ocurrido.

Capítulo III

Eleftheria hundió la cara en ambas manos y sollozó.

—Nunca más te veré, nunca más.

Mike se sentó a su lado.

—Eleftheria —le dijo suavemente—, tú me cuidaste cuando estaba enfermo, arriesgaste tu vida por mí. ¿Qué puedo decirte? ¿Qué voy a decirte?

Ella le echó los brazos al cuello y apoyó su cabeza contra el pecho de Mike.

—Llévame contigo. ¡Llévame contigo!

Mike se levantó. Se volvió de espaldas y dijo:

—Por favor, no lo hagas más difícil de lo que es.

—Tú no me quieres —dijo ella.

—Tanto si es que sí como si es que no, esto no cambiaría nada las cosas.

—No me quieres.

Se volvió lentamente, la miró y movió negativamente la cabeza.

Hubo silencio durante un buen rato.

La muchacha se dirigió hasta el fuego. Mantuvo levantada orgullosamente la cabeza mientras decía:

—Volveré a Dernica. Hay un muchacho que quiere casarse conmigo desde que éramos niños.

Le falló la voz y las lágrimas le acudieron a las mejillas.

Mike caminó hacia ella y le acarició los hombros. Giró sobre sí mismo y salió de la habitación.

Barba-Leónidas gruñó, mientras metía un cuarto de un gran queso en el paquete que preparaba para Mike; era peligroso confiar en las mujeres, y mucho más en las mujeres de ciudad.

La vieja Despo comenzó a llorar mientras hacía funcionar su máquina de tejer.

—¡Márchate fuera si has de llorar, vieja! —le gritó Barba.

—Dos rubios en un tren de griegos —escupió—. Ni los mismos italianos son tan imbéciles.

Lisa permanecía sentada, asintiendo impasible a toda la escena. La muchacha campesina de pies desnudos que lo observaba todo desde junto al fuego, se sentía cada vez más enamorada de Mike. Sus ojos, cargados de celos, no se apartaban de Lisa.

—Debemos apresurarnos si hemos de alcanzar Dadi al anochecer.

Mike asintió.

Tomó una de sus pistolas y la puso en manos de Barba-Leónidas, en calidad de regalo. Era la misma pistola con la que Mosley le había apuntado y había estado a punto de matarle, en las cercanías de Kalamai. De nuevo ofreció dinero al gigante,

pero éste lo rehusó orgullosamente.

Los dos hombres permanecieron unos momentos uno frente al otro. Las lágrimas comenzaron a asomar a los ojos de Leónidas. Abrazó a Mike, como un oso, y murmuró:

—Que Dios sea contigo.

Dio la vuelta y salió de la casa.

Mike se echó el saco a la espalda. Lisa y él salieron y subieron a un carro tirado por un asno. Se alejó inmediatamente por el camino que les llevaría fuera de Kaloghriani.

Mike se volvió y miró hacia las montañas. Vio la colosal figura de Barba-Leónidas destacándose contra el cielo, con Eleftheria a su lado. Sonrió tristemente.

—Olvidad corazones y flores, porque ellos son mis amigos —murmuró.

—Entiendo —repuso Lisa en perfecto inglés.

El carro tomó otro polvoriento camino y pronto Kaloghriani desapareció por completo de la vista de los viajeros.

Lisa miró al hombre que conocía como Vassili. No era exactamente el tipo de hombre que esperaba. Era un hombre alto y fuerte, muy bien parecido, curtido por el sol y perfectamente afeitado. Sus ojos de color azul claro tenían un fuerte poder de penetración y una mirada notablemente observadora.

Le asustaron los ojos de aquel hombre. Mike la había observado cuidadosamente cuando había entrado en casa de Barba-Leónidas, pero no era la mirada con que la escrutaban otros hombres. Era una mirada agudamente curiosa que parecía penetrarle hasta sus más recónditos pensamientos. Se sentía indefensa ante aquella mirada y trató de evitarla. ¿Quién sería aquel hombre? ¿Sería posible que sospechara algo? ¿Podía saber algo?

Lisa miró su reloj. Llegarían a Dadi ya anochecido, un poco más tarde de lo que habían calculado. Tenían muchas cosas que hacer.

Se estaba bien en las montañas, lejos de Atenas. Atenas se había convertido en una ciudad maldita. En las montañas los pájaros cantaban como si no supieran que su país había sido conquistado; los árboles seguía erguidos y orgullosos en los bosques.

Mike permanecía silencioso.

Sentía que una puerta se había cerrado tras de él y que jamás podría volver a abrirla de nuevo. Sabía que jamás encontraría a hombres como Barba-Leónidas o como Christos, o sencillamente como los aldeanos de Paleachora o Kaloghriani. Se sorprendió a sí mismo al darse cuenta de lo que le dolía la pérdida de Eleftheria.

Durante toda su vida Michael Morrison había aceptado, como un hecho que no podía modificarse, la mediocridad de la gente con quien trataba. La había aceptado plenamente cuando, después de la larga lucha sostenida para publicar su primer libro, había tenido que resignarse a la realidad de su escasa venta y relativo éxito.

Aceptó la mediocridad cuando sus propios libros se volvieron mediocres, escritos para un público mediocre. Seguir escribiendo era para él vivir en una continua lucha; se había odiado sorprendentemente a sí mismo mientras observaba cómo sus palabras destilaban veneno.

La muerte de Ellie se le antojó el sello definitivo de la mediocridad en su vida.

En cambio, mientras iba montado en el lento carro tirado por un asno, a través de las montañas, le invadía un gran deseo o una gran necesidad de escribir, escribir acerca de aquella maravillosa gente que había conocido. Gente que afrontaba la tragedia con esperanza, valor y optimismo, no como todos los que él había conocido hasta entonces, con miedo y desánimo. Cálida y valerosa gente griega. En aquellas montañas había hallado el secreto de la nobleza de los hombres y necesitaba revelarlo del único modo que se sabía capaz de hacerlo: a través de su máquina de escribir.

El camino era largo y silencioso, sumidos los dos viajeros en sus propios pensamientos.

Al anochecer, el carro llegó a Dadi.

Mike y Lisa fueron arrancados de sus sueños.

Para Mike era como si hubiera arribado a otro siglo, a otra edad, a la playa de otro mundo. Le sorprendió ver de nuevo tejados rojos encima de las casas, un coche al borde de una acera, las mujeres vestidas a la moda de las ciudades.

Despidieron al carretero y se dirigieron a la plaza principal de la ciudad. Lisa llevó a Mike a una panadería cuyo propietario le fue presentado como Baziadis.

Una sala en la trastienda de la panadería, se reveló como un verdadero arsenal, en el que podía encontrarse de todo, desde pistolas hasta bombas de mano de fabricación casera e incluso ametralladoras. Otro individuo, Rigas, les miró cuando entraron y volvió silenciosamente a su trabajo.

Como primera medida, dieron a Mike un traje de ciudad. Rigas, cuyo principal papel era el de fotógrafo, le fotografió y le arregló en pocos momentos unos convincentes pasaportes y salvoconductos dotados de todos los sellos y detalles necesarios. Su nueva identidad era la de Vassilios Papadopoulos. A continuación, Rigas fabricó los necesarios billetes de ferrocarril, les dio dinero y terminó con una serie de instrucciones a Lisa.

Baziadis se unió a ellos, con sus ropas de panadero, y los cuatro cenaron en silencio.

A las dos de la madrugada estaba todo en orden y Rigas y Baziadis se marcharon.

Lisa y Mike se acostaron en unos catres dispuestos a ambos extremos de la habitación. Una pequeña y débil lamparilla ardió durante toda la noche.

A Mike le resultó imposible dormir. Tenía la cabeza llena de preguntas acerca de su viaje.

Tampoco la mujer, a la que él conocía como Helena, dormía. «No estaba mal»,

pensó Mike. Sin embargo, tenía algo de extraño, terrible, algo que no podía definir ni determinar con claridad.

—¿Tiene usted un cigarrillo? No quiero abrir el paquete sólo para fumar una pipa.

Ella se incorporó y abrió su bolso. Se encontraron sus ojos cuando Mike encendía el cigarrillo. Se miraron durante un rato. Luego Lisa movió la cabeza y se dejó caer en el lecho.

—Debamos dormir por lo menos unas horas —dijo.

Capítulo IV

Mañana.

Tanto Mike como Lisa mostraban claras señales de haber dormido muy poco. Se levantaron, se lavaron con agua fría y comieron pan, queso y leche.

Mike había pasado la noche con la mano sobre la culata de su pistola y la cabeza llena de temores y desconfianza. El amanecer le encontró despierto y con la cabeza pesada. Saltaba literalmente a cada rumor o sonido extraño.

Hacia las siete, Baziadis entró y abrió la panadería y habló con ellos a través de la puerta cerrada. El silencio entre Mike y Lisa continuó mientras iban a la estación atravesando la plaza.

Cuando Mike vio el tren, sus temores y su desconfianza resucitaron y se hicieron más fuertes. A medida que se iba acercando, iba tomando la forma de un ataúd. Palpó de nuevo la culata de la pistola en su bolsillo, pero le produjo escaso alivio.

Lisa le cogió del brazo. Caminaron hacia el andén. Las ruedas del tren comenzaron a aminorar la marcha y al fin se detuvo del todo. Silbó la máquina. Hubo un ir y venir de viajeros.

La pareja se dirigió a uno de los vagones. Mike se detuvo repentinamente.

Observó que un empleado del ferrocarril, que se hallaba junto a uno de los vagones, cambiaba una señal con Lisa.

Ella siguió hacia el vagón y al fin Mike también subió a él.

Echó una rápida ojeada al interior del vagón. Era un coche de bancos de madera, medianamente lleno de gentes de ciudad. Todos parecían preocupados con sus propios asuntos; Mike recorrió el vagón buscando una mirada o un signo hostil. Vio que les miraban y, luego, ya no se preocupaban más de ellos.

Encontraron libre un doble asiento. Mike se sentó junto a la ventana. Probó a abrirla. Afortunadamente funcionaba a la perfección.

Se le agitó el corazón cuando el tren se puso en marcha y salió de la estación de Dadi.

Lisa evitaba no sólo toda conversación sino también mirar a Mike, aunque podía percibir muy bien su estado de constante alerta. Sus manos estaban húmedas cuando subieron al tren. Esperaba que todo se desarrollara normalmente. Su nerviosismo podría estropear todo el plan.

Miró de reojo en dirección a la ventana. El paisaje se deslizaba rápidamente.

Todavía no había adquirido el tren su máxima velocidad, cuando ya se detuvo en otra estación. Luego otra y otra. El vagón se llenó. La gente se sentaba sobre sus maletas, en el pasillo. Parada y en marcha de nuevo. Parada y marcha. Parada y marcha.

Mike probó de tranquilizarse. Llenó la pipa y la encendió. A Lisa le gustaba el

olor a tabaco de pipa. Su padre fumaba una mezcla parecida. Aquello le llevó a recordar días felices pasados.

El tiempo transcurría más veloz. Mike estaba algo más tranquilo, pero permanecía alerta. El espectáculo de miseria que le ofrecía la gente del tren no contribuía ciertamente a tranquilizarle.

Llegó la tarde.

Lisa seguía nerviosa y sin un momento de descanso. Notaba que sus energías se agotaban. Mike pensó que no era una mujer excesivamente fuerte y que el viaje a Kaloghriani tuvo que haberla cansado.

—Parece usted cansada —dijo—. ¿Por qué no se echa en el asiento y descabeza un sueño?

—No —dijo ella con un tono que equivalía a una negativa automática a todo cuanto pudiera suponer deseo u orden de un hombre.

—Sería mejor. Le hace falta.

Lisa sonrió débilmente. Era la primera vez que Mike veía aquella sonrisa. Era cálida y atractiva. Miró ella el reloj y adoptó una postura cómoda para dormir. Primero fue incapaz de vencer su nerviosismo y se despertaba tan pronto como el sueño se iniciaba con ella; pero, al fin, el cansancio la hizo caer dormida.

Mike la miró. Quizá se había equivocado respecto a ella. A causa de lo especial de las circunstancias, era lógico que desconfiara, pero esto no le impedía reconocer que se trataba de una mujer muy atractiva, aunque su aspecto, mientras dormía a su lado, fuera casi infantil. Una sacudida, como una corriente eléctrica, le recorrió el cuerpo y sintió la necesidad de acariciarle el cabello. En aquel momento no le importaba llegar o no a Atenas.

Sin embargo, se contuvo. Estiró las piernas y llenó la pipa. En pocos momentos se le cerraron los ojos y el mismo rítmico movimiento de las ruedas le ayudó a hundirse en un sueño producido por el cansancio de toda una noche sin dormir. Lisa, que había vuelto a despertarse, le miró, mucho más tranquila al verle dormido que sabiéndole despierto.

Los tres hombres se detuvieron ante ellos.

Mike abrió los ojos. Les miró asustado y sintió que el miedo le llenaba el cuerpo.

Uno de los hombres era el empleado que había cambiado una señal de reconocimiento con Lisa. A su lado, dos hombres armados con el uniforme de carabineros italianos. Percibió la tensión de Lisa y se dio cuenta de que estaba despierta, pero fingía dormir.

—¡Identificación! —gritó uno de los italianos.

Mike comenzó a buscar en sus bolsillos con manos temblorosas. Lisa hizo como si se despertara de golpe.

Con su mano derecha alcanzó el bolsillo de Mike y sacó su tarjeta de identidad.

Se sentó, agitó la cabeza y se arregló el cabello.

—Vassili, siempre olvidas dónde pones las cosas. No sé por qué no dejas que te las guarde yo.

Alargó la tarjeta a los italianos y les dijo:

—Es mala cosa estar casada con un profesor de la Universidad. Tienen siempre la cabeza en las nubes.

Lisa les sonrió del modo que acostumbran a hacer las mujeres que quieren lisonjear a un hombre. El italiano, sin embargo, no estaba para lisonjas.

—Vassili —volvió a decir Lisa—. Dales a estos señores nuestros papeles. No les tengas aquí esperando.

Los carabineros, con sus divertidos gorros napolitanos, examinaron los papeles de Mike. Miraron luego a Mike y cambiaron algunas palabras entre ellos, en voz baja. Los ojos de Lisa se encontraron con los del funcionario griego.

La mano de Mike buscó la pistola. Se volvió y miró hacia fuera. El tren aminoraba la marcha.

—¡Eh, tú! Levántate y abre tu equipaje.

Mike se levantó lentamente.

—Vamos, hombre, vamos —gruño el griego—. El tren está lleno. A este paso vamos a pasar la noche registrando equipajes. ¡Dejadlo y volvamos a jugar a las cartas!

El italiano leyó el reverso de la tarjeta de Mike, le miró nuevamente, le devolvió el documento y se fue al departamento próximo. El tren aceleró de nuevo la marcha.

Mike necesitó algún tiempo para calmarse de nuevo. Se sintió disgustado consigo mismo. Estaba claro que la mujer y ferroviario sabían lo que estaban haciendo. Permaneció rígido hasta que los inspectores abandonaron el vagón.

—Deme un cigarrillo —dijo.

Ella le dio un paquete numerado con el número uno.

—Deme la pistola. No saldríamos nunca de apuros.

—Ni hablar.

—Y no siga hablando en inglés, imbécil. La gente nos mira. Otra tontería y vamos a parar de cabeza a Averof. Deme la pistola. No saldríamos nunca del tren.

Mike apretó los dientes y se sintió como un muchacho reprendido por el maestro. Le entregó la pistola y tuvo la impresión de hallarse desnudo en el mismo momento en que se desprendió de ella. Lisa la puso en su bolso y se alejó hacia la plataforma.

Volvió al cabo de muy poco rato.

—¿Qué ha hecho con ella?

—Está en la vía del tren, entre Amphissa y Levadeia.

—¿No le gusto, verdad?

No le gustaba, en efecto. Ella no contestó una palabra.

—¿Cuánto nos falta para llegar?

—No llegaremos hasta primera hora de la mañana.

—Bien. Pruebe a dormir.

—Duerma usted, si le parece. Yo prefiero estar despierta —repuso ella, refiriéndose evidentemente al pánico que él había demostrado durante la inspección.

Lisa se le acercó repentinamente y le besó en la mejilla. En seguida se dio cuenta que aquella súbita afectuosidad se desplegaba de cara a los italianos que avanzaban, de regreso, por el pasillo central.

El resto del viaje transcurrió en silencio.

A las cuatro de la madrugada el tren llegaba a la estación de Larissa, en Atenas.

Capítulo V

El viaje en tranvía terminó en uno de los suburbios de Atenas, llamado Chalandri, a unos diez kilómetros del centro de la ciudad. Había allí una granja y una huerta.

Lisa condujo a Mike por un sendero en dirección a una casa. Al llegar ante ella, desviaron por otro sendero que discurría entre un limonar. La caseta de una bomba hidráulica aparecía en medio del campo.

Ella abrió la puerta, entró la primera y encendió una lámpara de petróleo. Les dio en la nariz un fuerte olor a humedad. A pesar de que era mediodía, la caseta estaba muy oscura. La única abertura, además de la puerta, era un agujero que mediría escasamente treinta centímetros de diámetro, situado cerca del techo. La caseta hacía tiempo que no era utilizada y el motor de la bomba estaba estropeado. Había en ella un par de catres, una mesa y una silla. Encima de la mesa había la lámpara de petróleo y una lata de combustible. Una docena de libros encima de uno de los catres llamaron la atención de Mike.

Cuando el tren llegó a la estación, muchos de los pasajeros trataron de escapar a la inspección saltando por las ventanas, pero fueron cogidos inmediatamente. Mike y Lisa pasaron cuatro interminables horas antes de llegar a la mesa donde se hallaban los inspectores, y la inspección transcurrió sin incidentes.

—En casa, por fin —dijo Mike, dejando el saco encima de la mesa.

Lisa permaneció a su lado, de pie, rígida como una estatua.

—Lazarus, el propietario de esta granja, es uno de los nuestros. Tiene instrucciones de no acercarse por aquí y no buscar ningún contacto con usted. Debe usted dar cuenta si viene por aquí.

—De acuerdo.

—Encontrará comida afuera, frente a la puerta, cada día al anochecer. Hay una letrina a lo largo de la caseta. Puede usarla tan sólo cuando haya oscurecido. No debe abandonar la casa bajo ningún pretexto.

—¿Algo más?

—Debe tener cuidado. Le hemos traído hasta aquí con grandes riesgos y grandes gastos.

—No puede decirse que sea usted de la comisión griega de bienvenida, ¿no le parece?

Mike se sentó en uno de los catres, que crujió bajo su peso. Dio una ojeada a los títulos de los libros. Shakespeare, Shaw, Wilde, Goldsmith y una buena selección de otros dramaturgos y poetas ingleses de menor categoría. Otros volúmenes llevaban los nombres de Aristóteles, Sócrates y Platón.

—Vaya, parece que me han encerrado para que tenga tiempo de refrescar viejas lecturas —bromeó—. ¿No hay ninguna novela del Oeste? La verdad es que no estoy

ahora por cosas serias.

El intento de Mike de introducir en la situación un poco de buen humor, no tuvo el menor éxito.

—Vuélvase de espaldas —le ordenó ella.

Mike oyó el rumor de ropa interior de seda y venció su natural inclinación a volverse.

—Puede volverse ya.

En una mano, Lisa tenía la pistola y en la otra el rollo de dracmas. Lo dejó todo encima de la mesa.

—De aquí en adelante pruebe a tener más cuidado a la hora de decidir cuándo ha de sacar un arma.

Mike estaba completamente avergonzado.

—¿Cuándo veré al doctor Thackery?

—Tan pronto como él pueda verle.

Mike se levantó cuando Lisa se dirigió a la puerta.

—Señorita…

Ella se volvió.

—Oiga, Helena o señora Papadopoulos, o lo que sea. Me doy cuenta de que para usted ha sido un trabajo rutinario, pero deseo darle las gracias.

—No hace falta.

—Temo que sí. Cuando alguien hace algo bien hecho, creo que es obligado darle las gracias. ¿Puedo decirle que le doy las gracias por haberme ayudado a seguir viviendo?

Lisa sonrió levemente y su voz perdió algo de su frialdad.

—Hemos sido muy rudos el uno con el otro. Supongo que es lo natural dadas las circunstancias.

—¿Sabe usted algo más de lo que aparenta? No se burlará de mí, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella, ligeramente sorprendida.

—No es usted ni la mitad de lo dura e indiferente que ha querido hacerme ver. Puede que no nos veamos más así que le repito, gracias por todo.

—Siento decepcionarle, pero tengo el encargo de seguir comprobando cada día que sigue aquí y que no le ocurre nada.

—Bien… Hasta la vista, pues.

—Me llamo Lisa.

—Hasta la vista Lisa.

—Adiós, Vassili.

El lujoso «Mercedes» negro dobló por la calle Hermes en dirección a la tienda de Anton.

—¿Cree que vamos bien, Konrad? —preguntó Zervos.

—Creo que sí. Lisa ha de saber que se le ha acabado la oportunidad. O atiende a razones o todo ha terminado para ella.

—O puede no atender a ninguna razón y contarles a sus amigos de la resistencia todo el asunto.

—¿Tiene usted alguna idea mejor?

Zervos se encogió de hombros. Heilser y Zervos se habían enterado, después de interrogar a los aldeanos de Paleachora, que Morrison había intentado ir a Atenas con ayuda de un individuo llamado Christos, que había muerto cuando los alemanes ocuparon la aldea. A pesar de todo, Morrison había conseguido huir a las montañas y era lógico que estuviera intentando establecer contacto con Atenas. Todo indicaba que aquel contacto habría de producirse con el grupo que giraba en torno a Papa-Panos, el doctor Thackery y un antiguo profesor griego llamado Thanassis.

Anton les llevó al despacho donde esperaba Lisa.

—Buenas tardes, Lisa —dijo Heilser amablemente—. Parece cansada. ¿Se encuentra bien?

—Estoy completamente segura de que esto no le importa en a usted absoluto.

—Por el contrario, me interesa mucho. ¿Ha visto a sus hijos?

—Sí, les he visto.

Heilser dio unos pasos por el despacho, se sentó luego al borde de la mesa y jugueteó con el cortapapeles de Anton.

—Diga, Lisa, ¿conoce usted a un americano llamado doctor Harry Thackery?

—No… ¿por qué?

—Trabaja con la resistencia. Le encontrará usted tarde o temprano, si es que no lo ha encontrado ya —intervino Zervos.

El interrogatorio sorprendió a Lisa y la puso en guardia.

—¿Qué hay sobre un cura llamado Papa-Panos?

—Le conozco.

—¿Qué sabe de él?

—Lo que todo el mundo puede saber en Atenas.

Lisa pensó que los dos hombres sabían o por lo menos sospechaban algo.

—Bien, Lisa. Dese cuenta con esto, que no estamos tan ignorantes como pueda parecer. Tenemos bastantes medios de enterarnos de lo que ocurre.

—Ya lo supongo.

—También nos damos cuenta de que en realidad nos ha estado engañando, pero estoy dispuesto a dejar que siga corriendo agua bajo los puentes. Lo que exijo es que me diga de una vez si está dispuesta a colaborar con nosotros o no. Quiero saber a qué atenerme.

—Yo he hecho un trato…

—¡Un momento! —interrumpió Zervos—. Parece usted un disco rayado. Ya hemos oído esto demasiadas veces. Se nos ha acabado la paciencia. ¿Comprende lo que queremos decir?

—Lo comprendo —murmuró ella.

—Le ofrezco a usted una magnífica oportunidad, Lisa —dijo Heilser—. A cambio de determinada información, le devolveré a sus hijos y arreglaré su marcha a Egipto.

Lisa trató de ocultar su nerviosismo.

Konrad Heilser abrió su cartera y le enseñó una fotografía. Había sido reproducida de la solapa del libro de Michael Morrison titulado *Home is the Hunter*. Lisa la miró detenidamente.

—Este hombre está o estará en Atenas dentro de poco. Le daré tres semanas para encontrarlo. De otro modo…

Ella dejó la fotografía.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Hoy debe salir antes —dijo Zervos—. Deseo comprar algunas cosas.

Lisa salió lentamente del despacho. Los ojos de Heilser y Zervos la siguieron. Se cerró la puerta.

—Les conoce a todos —dijo Heilser.

Zervos movió la cabeza.

—Resulta difícil asegurar algo sobre esta mujer. Sabe disimular tan bien…

—No podrá sobreponerse a su amor maternal.

—Pero, Konrad, ¿de veras piensa mandarla a Egipto con los chicos?

—No, desde luego.

—Bien. Vamos a mi casa. Tengo a alguien que le hará olvidar incluso a Lisa.

Capítulo VI

Lisa había perdido mucho de su calma habitual. Daba vueltas nerviosamente en su habitación y llegaba a una decisión que rectificaba cinco minutos después. Cada vez que decidía rechazar la exigencia de Heilser, se le aparecía la visión de sus hijos. Eran tan pequeños y tan indefensos…

Aquel hombre, Vassili hablaba más bien como un americano que como un inglés. Parecía interesar grandemente a los de la Gestapo y a la vez a los de la resistencia. A menos que Heilser no estuviera desesperado, no le hubiera hecho aquella proposición. En su último encuentro no había insinuado ni sombra de sus anteriores deseos de convertirla en su amante. Aquel hombre, Vassili, fuera quien fuera, debía de ser muy importante.

Pero ¿podía ella traicionar a su gente? ¿Qué sería luego la vida para ella? El doctor Thackery, Papa-Panos y Thanassis estaban dispuestos a facilitar a aquel hombre la huida de Grecia. Sus hijos podrían vivir, pero ¿cuántos otros morirían si ella traicionaba a los suyos?

Tres semanas para decidir… Tres semanas…

Ahora tenía ante sus ojos una foto en la que había un chico de dos años y otro de cuatro, uno con una brillante sonrisa y otro con cara de enfado. Lisa se dejó caer en una butaca y encendió un cigarrillo.

Mike no tenía otro remedio que acostumbrarse a la caseta. Estaba claro que su huida de Grecia no iba a resultar tan fácil como parecía.

Intentó leer, pero fue incapaz de concentrarse. Durmió a intervalos, esperando que oscureciera, ya que durante la noche podría salir afuera a respirar un poco de aire puro.

A mediodía, comenzó a sudar. A medida que el sol iba aumentando su calor se hacía más insoportable la estancia en la caseta. Mike yacía desmadejado e inmóvil, casi desvanecido por el calor. Aquello era un horno.

Estaba alerta a los menores ruidos, desde el rumor de las ramas de los árboles hasta los pasos que percibió al acercarse la noche. Tan pronto como los oyó, echó mano a la pistola. El sonido de los pasos fue aumentando de intensidad hasta detenerse frente a la puerta. Cuando se alejaron, Mike salió a recoger un plato de comida y una botella de vino.

No puedo comer mucho, pero el vino le sumergiría en una especie de grata niebla durante algunas horas.

Durante toda la noche recorrió la caseta como un animal enjaulado. Las horas parecían días, y los días parecían no tener fin.

Un ruido en el exterior le hizo suspirar con alivio. Reconoció los pasos de Lisa. Era absolutamente lógico y humano que se sintiera más animado y optimista al verla; absolutamente lógico y humano que pasara mucho rato pensando en ella cuando se hubo marchado. Mike sintió que de todos modos la recordaría siempre, aun si no la hubiera conocido en tan especiales circunstancias. La tristeza profunda que se reflejaba en su rostro, daba a su belleza una misteriosa aureola.

Sus visitas eran amistosas. Cada día Lisa era más persuasiva en su propósito de ganarse la confianza de Morrison.

—¿Cómo está hoy, Vassili?

—Bien. Estupendamente bien. ¿Quiere oírme recitar el *Julio César* de Shakespeare o *La República* de nuestro querido Platón?

—Me alegro de que así sea. Le he traído algunas cosas.

Abrió un paquete y sacó una máquina de afeitar, algunas hojas y dos libros, *El lobo de mar* y *Martín Eden*. Mike no tenía por qué decirle que los había leído por lo menos media docena de veces.

—Y espere. Todavía hay más. Es una sorpresa. Mire lo que le traigo, Vassili, ¡tabaco!

—Tabaco…

Sin embargo ni siquiera en su pipa hallaba satisfacción alguna.

—Lisa, ¿cuánto tiempo debo estar aquí?

—Le resulta muy difícil al doctor Thackery venir aquí, pero sin duda no tardará mucho.

Pasaron cinco días.

Lisa llegaba temprano y se quedaba casi hasta el toque de queda. Cada día la esperaba con mayor ansia y comenzó a pensar que ya no venía por obligación o por rutina, sino con gusto y placer.

Compartían una taza de té o una botella de vino, charlaban y descansaban. Hablaban de música o de libros. La halló inteligente y bien educada; a través de ella, se enteró Mike de la verdadera dimensión de la desgracia que había caído sobre aquel país.

Grecia se estaba desmoralizando rápidamente. En la mayor parte de los griegos aumentaba cada día su odio hacia los invasores, pero otros pensaban —y así lo hacían — que puesto que los alemanes estaban allí, lo más práctico era sacar de ello el máximo provecho.

Una serie de calamidades se sucedieron unas a otras. Atenas y su comarca nunca se habían bastado a sí mismas, pero entonces todavía menos, ya que hasta el último grano de trigo era llevado a Alemania. Cada aldea debía pagar desmesurados tributos en especies, y, si no lo hacía, era incendiada junto con sus cosechas. La resistencia organizada sufría un colapso, ya que no resultaba agradable que por cada alemán

muerto, fueran fusilados cincuenta rehenes griegos.

Mike se daba cuenta de lo que suponía la lista de los diecisiete individuos reunidos por Stergiou, que trabajaban dentro de la Kommandatur alemana.

Las raciones habían disminuido hasta ser completamente insuficientes y comenzaron a hacer aparición los mercados negros. Las escuelas tuvieron que cerrar, ya que no disponían de medios económicos y, por otra parte, los niños se iban en bandas a los campos a buscar algo que comer.

Pero todo aquello era tan sólo el principio de lo peor para Grecia.

Entre Mike y Lisa, había una extraña relación. Mike hubiera deseado hablar sin trabas, pero prefería estar en guardia. Hubiera querido hablar de sus hijos, de su trabajo y de San Francisco, su ciudad. Lisa parecía a veces interesada en saber mucho más de la vida de Mike.

Quizá fuera lo extraño de la situación, lo que les atrajera mutuamente. En la séptima noche, ella le preguntó bruscamente si había tenido algo con Eleftheria. A partir de aquel momento sus relaciones parecieron cambiar. Lisa pareció enojada consigo misma y, finalmente, volvió a su original frialdad.

Al octavo día, ni siquiera le fue a ver.

Noveno día.

Lisa cogió el teléfono y marcó el número de la Gestapo. Tenía la cara rígida y sudaba. Preguntó por Zervos.

—¿Sabe quién soy? —preguntó.

—Sí —repuso Zervos.

—Esta noche a las diez, esté en la calle Eolo, frente al Banco Nacional. Estaré paseando por allí. Es posible que alguien esté conmigo.

—Muy bien.

Lisa colgó el auricular y apretó los dientes para evitar el temblor que la sacudía.

Por fin se abrió la puerta.

Mike sonrió cuando entró Lisa. Se sentía tan feliz por volver a verla que incluso olvidaba que el día anterior no lo había visto.

—Tengo buenas noticias, Vassili —dijo Lisa—. Nos vamos a Atenas esta noche. He entrado en contacto con alguien que prepara su huida.

Capítulo VII

Abandonaron la caseta.

Mike caminó al lado de Lisa hasta llegar al tranvía, agitado por varios conflictos internos. En primer lugar, le había producido un enorme alivio poder salir de la caseta. Se sentía, además, excitado al solo pensamiento de que por fin iba a poder abandonar Grecia, y un poco triste al darse cuenta que aquello suponía no ver jamás a Lisa. Sin embargo, predominaba en él el miedo y la serie de inconcretos temores que le habían atormentado durante su viaje en tren desde Dadi a Atenas.

Había visto a Lisa obrando de manera fría y eficiente y la había visto también confiada y amistosa. Nunca la había visto dudando, como comenzaba a verla en aquella ocasión. Su nerviosismo era evidente.

El tranvía atravesó la parte noroeste de Atenas y siguió por una ancha calle a lo largo del Ceramicus.

Dejaron el tranvía en la plaza de Octubre y siguieron andando hacia la plaza de la Concordia.

Eran las ocho y media.

Ella le cogió del brazo; en aquel momento se desvanecieron aparentemente buena parte de sus dudas. A medida que iban caminando, su proximidad aumentaba en cambio el nerviosismo de Mike.

Le invadió un sentimiento que no había percibido en muchos años y que se daba cuenta de que nunca más volvería a tener. Retrocedió dieciocho años en el recuerdo y se vio a sí mismo, también al lado de una muchacha, paseando por San Francisco, un día cualquiera.

Paseando en el parque de Golden Gate, más allá del pabellón donde la banda tocaba. O hacia el Memorial Stadium, en Berkeley, bajo el fresco airecillo de noviembre, el día en que el «Cal» y el «Stanford» se disputaban el campeonato.

O pudo haber sido un fin de semana en Marin, al otro lado de la bahía, o un perezoso paseo por la playa, en Playland, entre montones de bañistas tomando el sol.

En todo caso, siempre con una muchacha al lado; esto le producía una alegre sensación de felicidad. Se sentía feliz, de aquel modo, con Lisa caminando cogida de su brazo; le maravillaba que aquel lejano sentimiento volviera a él, al cabo de tantos años y en aquellas circunstancias.

Atenas producía una evidente depresión. Las tiendas que poco antes rebosaban de toda clase de géneros, se hallaban entonces vacías. La gente tenía también apariencia de vaciedad y caminaba automáticamente y como sin vida a lo largo de las sucias aceras.

Nazis de siniestro aspecto y carabineros italianos, que parecían comparsas de alguna grotesca opereta, habían sustituido a los descuidados y populares ingleses

vestidos de caqui. La prostitución se había convertido en el único medio de vida posible para numerosas muchachas, que se refugiaban en los portales esperando a la clientela.

Cuando la multitud se hizo más densa, al acercarse a la plaza de la Concordia, Lisa se detuvo repentinamente y pasaron a una calle lateral, más tranquila y silenciosa y menos concurrida.

Parecían caminar sin objeto. Lisa miró el reloj y vio que eran más de las nueve.

La calle estaba vacía.

Podían oír cómo sus pasos resonaban en la oscuridad, mientras atravesaban el barrio de Kolonaki, detrás de la iglesia de San Teodoro.

Al llegar al cruce con la calle Eolo, se detuvieron.

Mike pensó que se habían alejado mucho de la plaza de la Concordia. Miró hacia lo lejos, por la calle Eolo, y distinguió la oficina del Cable, donde había estado algunas veces, recién llegado a la ciudad. Un poco más arriba se hallaba el Banco Nacional.

—¿Hacia dónde vamos ahora? —preguntó Mike.

—Por la calle Eolo arriba —murmuró Lisa, soltándole el brazo.

Mike encendió la pipa. La llama iluminó el rostro de Lisa. Sus ojos la traicionaban.

—Espere —dijo ella—. Tenemos tiempo de sobra. Vamos a ver algo que le gustará.

Cruzaron la calle Eolo y tomaron la dirección opuesta.

—Raramente tenemos ocasión de disfrutar de una luna llena tan despejada —dijo Lisa—. Y es pecado marcharse de Grecia sin ir a ver la Acrópolis a la luz de la luna.

Mike miró largamente en dirección a la ciudad. La luna llena competía con las pocas luces de la ciudad y les ponía como un velo de brillantes y blanca neblina. También brillaría el mar, hacia el Sur.

Caminó por la muralla meridional y vio brillar a su lado de mármol amarillento del Partenón.

En cierta ocasión Mike se había preguntado cuál había sido el poder que le había llevado a Grecia. Se lo había preguntado entre el caos y la confusión de un ejército en rápida retirada, y había pensado que incluso en medio del caos debía ser posible descubrir algún ordenamiento oculto. Había encontrado respuesta a aquella cuestión, en gran medida, pero en aquellos momentos encontraba otra respuesta más convincente, otro significado por lo menos a la original respuesta. En aquella colina cubierta de ruinas, radicaba incluso el espíritu de su propio país.

Mike se volvió y miró a Lisa. Cuando se fijó en sus ojos tristes, se dio cuenta de que, después de todo, Lisa era parte integrante de Grecia.

—¿No hay ningún contacto, ni ningún proyecto de fuga, no es cierto, Lisa? —le

preguntó.

Ella se le echó llorando en los brazos.

—No me deje, Vassili, no me deje —sollozaba Lisa llena de angustia y de desesperación.

—¿Qué es lo que ocurre? Cuéntemelo, Lisa.

—Por favor, no me deje, Vassili.

La estrechó entre sus brazos durante largo tiempo. Al fin ella se soltó y se fue a sentar en una losa de mármol. Sus ojos estaban tan vacíos de vida como la ciudad que se hallaba a sus pies.

—Vamos, Vassili —dijo suavemente—. Le llevaré a Chalandri.

Lisa estuvo fría y callada en el viaje de regreso a la granja de Lazarus. Parecía haberle abandonando todo rastro de energía; en realidad, carecía de defensa contra todo lo que acudía al pensamiento como un torrente.

Mike tenía la cabeza llena de preguntas. ¿Qué solución le quedaba? ¿Volver a las montañas? ¿Tratar de establecer contacto con el doctor Thackery por su propia cuenta, con todos los riesgos que pudiera suponer? Todo le parecía complicado e inútil. Fuera lo que fuera, Mike se daba cuenta de que se hallaba en manos de aquella mujer y que sólo ella podía solucionar aquellos problemas.

Entraron en la caseta.

Lisa se sentó en uno de los catres notablemente abatida y apesadumbrada.

—Lo siento —dijo.

—Aquí hay vino.

—Gracias.

Se llenó un vaso de vino y el color retornó lentamente a sus mejillas. Se levantó dispuesta a marcharse. Mike miró su reloj.

—Ha pasado ya el toque de queda.

Ella no dijo nada.

—Quédese aquí. No le queda otra solución. Póngase mi americana. Refresca por las noches.

Ella se quitó el abrigo. Mike miró cómo se quitaba las agujas del cabello. Recordó cómo le gustaba ver a Ellie desnudándose. Lisa se sentó al borde del catre y se quitó los zapatos.

—Parece —murmuró Mike— como si nos hubiéramos de pasar la vida en catres como éstos. Ande, póngase bien. Yo le arreglaré la ropa.

Sacó una de las mantas de su propia cama y la puso encima de Lisa.

Se inclinó hacia ella y dijo:

—Deseo ayudarla, Lisa.

Ella le tomó la mano y se la acercó suavemente a los labios.

—Es usted muy bueno.

La otra mano de Mike rozó su dorado cabello y su mejilla. Ella cerró los ojos y su expresión le pareció infantil a Mike. Le besó la frente y ella sonrió.

Mike apagó la lámpara de petróleo y la caseta quedó en la oscuridad.

Estuvo en su cama, sin poder dormir, recordando la sensación que le había producido caminar al lado de Lisa, mientras la oía respirar acompasadamente en la oscuridad.

—Vassili —le llamó ella en voz baja—. ¿Duerme usted?

—No.

La oyó moverse.

Sintió su peso en la cama. Estaba a su lado. Ella le buscó el cabello con la mano.

—No quiero que se preocupe por mí, Vassili.

Él la estrechó y buscó sus labios.

—Lisa… Lisa…

Ella le apartó.

—No, Vassili. No debes preocuparte. No debes tener miedo.

—Bien. Está bien. Pero… bien, debes procurar dormir.

Capítulo VIII

Pasaron dos días. Lisa no vino y Mike estaba furioso.

Maldecía su confinamiento. La belleza de Lisa, el misterio que envolvía todo aquello, y una serie de razones le inducían claramente a creer que estaba loco. Lisa era una mujer a la que no conocía y a la que quizá nunca más volvería a ver. Lisa podía ser incluso su enemiga.

Sin embargo, todas estas razones no servían de nada. Se había enamorado de ella.

Sabía que no constituía ninguna novedad que los hombres se enamoraran de las mujeres. Y era muy posible que él le gustara también a ella.

Otras cuestiones comenzaron a preocuparle. ¿Con cuántos hombres se había acostado Lisa? ¿A qué sabría el amar a Lisa?

Aquello era muy extraño. Era muy extraño lo que ocurría. Cuando Ellie había muerto, había muerto también su amor hacia cualquiera otra mujer. Nunca pensó que pudiera amar a otra mujer. Nunca pensó llegar a enamorarse como, al parecer, estaba ocurriendo con Lisa.

Mike dio unos pasos por la oscura caseta. ¿Estaba destruyendo quizás el recuerdo de Ellie? ¿Podía ahogar sus sentimientos hacia Lisa?

Recordó su primera novela, que versaba sobre el gran amor de un hombre. Su editor, con el cinismo de todos los editores, le dijo que el gran amor sólo existía en las novelas. En realidad, un hombre podía amar muchas veces, y cada vez con toda su sinceridad. Su editor también le informó de que tan sólo en los libros se encontraban individuos dispuestos a vivir toda la vida con un recuerdo. Mike se daba cuenta de que el editor tenía toda la razón.

El contraste en todas las circunstancias era tan agudo que resultaba inútil tratar de explicarlo. Ellie había sido como una muchacha juvenil, fuerte, sensual y alegre. Le gustaba ir descalza y vestir sencillos y cómodos pantalones; sus mejores momentos los había pasado con una raqueta de tenis en las manos, caminando por el bosque o luchando con Mike en la arena de cualquier playa.

Lisa era frágil, triste y envuelta en misterio.

Lisa se daba cuenta de todo. De esto Mike estaba cierto. Sólo faltaba que se lo confesara. Quizá todo quedaría como el recuerdo de algo extraño e inexplicable en medio de infinidad de cosas igualmente extrañas e inexplicables.

Al llegar el tercer día, alrededor del mediodía, oyó sus pasos en el camino. Nunca había venido a aquella hora.

Se abrió la puerta y entró Lisa. Parecía más atractiva que nunca. Le miró directamente y dijo con la frialdad de su primer encuentro:

—Esta noche debe ir a Atenas usted solo. Ha de estar a las nueve en una de las mesas de la terraza del «Café Andreas», en la plaza de la Constitución. Un hombre llamado Nico, se pondrá en contacto con usted. Vestirá de negro y llevará un anillo masónico. Nico le llevará hasta el doctor Thackery.

Dio la vuelta y abrió la puerta.

—Lisa, ¿la veré de nuevo?

—No —repuso ella, abandonando la caseta.

Capítulo IX

Las ocho.

Mike se guardó la pistola en el bolsillo, echó una mirada a la caseta y salió afuera.

El medio vacío tranvía le llevó a Atenas.

Las ocho y media.

A Mike le dio un vuelco el estómago. En el cruce de la calle Kifissia y la calle Alexandrou, cogió otro tranvía, lleno hasta los topes. Había muchos soldados alemanes. Se aplastó contra la ventana. El tranvía pasó ante las verjas de hierro de la Embajada americana. Dos marineros vestidos de azul, montaban la guardia. Sintió una desacostumbrada emoción a la vista de la bandera estrellada. El tranvía siguió adelante.

El gran reloj de la plaza señalaba las nueve menos diez. Mike cruzó la calle cuando oyó que se acercaban algunos alemanes e italianos. Miró directamente a los fríos ojos de un oficial alemán. Recogió del suelo la gorra, que se le había caído, se la entregó y le pidió perdón por haber tropezado con él a causa de la gente.

—¡Cerdo griego!

—«Efharisto!» —repuso Mike, inclinándose de nuevo.

«Café Andreas».

Las mesas de la terraza, estaban casi todas ocupadas. La mayoría del público estaba compuesto por alemanes y por las chicas que los acompañaban. Mike oyó a tres americanos que charlaban en la mesa cercana. Su conversación le sonó a música celestial.

Apenas había ningún griego. Mike se sintió como desnudo ante la multitud. Se sentó junto a una mesa situada al extremo de la terraza. El camarero le miró sin ninguna simpatía. «Los griegos no eran clientes gratos», pensó Mike. Pidió una botella de *krasi* y estuvo sentado rígidamente, sin atreverse a mirar a derecha e izquierda. Bebió un largo trago de vino, intentando tranquilizarse.

Las nueve.

Una muchacha pasó junto a la mesa de Mike y le dirigió una rápida ojeada. Mal asunto. Siguió adelante, en busca de un asunto mejor. Mike bebió otro vaso de vino.

Las nueve y cinco.

Las nueve y diez.

Comenzaba a ponerse nervioso. Otro vaso de vino. Ni el vino le aligeraba de aquella tensión. Mike miró el gran reloj. Esperaría cinco minutos más a Nico. Luego, se marcharía.

—¿Puedo sentarme?

Un individuo grueso y pintoresco se sentó frente a Mike. Llevaba un ridículo Panamá casi cuadrado, encaramado en lo alto de su cabeza; su enorme cara parecía la

de un bulldog. Llevaba un cucurucho de aceitunas negras en una mano y una botella en la otra. Lo dejó todo encima de la mesa. Luego se llevó una aceituna a su pequeña boca, que parecía un insuficiente agujero entre dos masas de carne. Parecía mantener los ojos abiertos sólo a costa de un enorme esfuerzo, encima de unas espectaculares bolsas. Llevaba un traje de verano, de insuficiente color blanco.

—Espero a alguien —dijo Mike en griego.

—Nico no puede venir. Se ha… retrasado. Esto es, retrasado.

El hombre hablaba como un americano. Encendió un cigarrillo, que no se distinguía casi ante la enormidad de su cara. Echó dos o tres bocanadas de humo mientras miraba a Mike. Mike se levantó dispuesto a marcharse.

—No lo haga. Yo no lo haría. Basta con que yo levante la voz para que no llegue usted ni al final de la acera.

Mike se sentó de nuevo y se bebió un vaso de vino. El gordo se inclinó trabajosamente sobre la mesa y le preguntó:

—Es usted un fugitivo británico, ¿no es cierto?

Mike permaneció silencioso.

—Y desea marchar a Egipto a la mayor velocidad posible. Muy bien. Yo puedo ayudarle.

—Soy un ciudadano griego y no sé de qué me está hablando.

—Mi querido amigo, he sido corresponsal en este país durante doce años. Ya puede hacerse cargo de que conozco a un griego cuando lo encuentro.

—Muy bien. Soy inglés.

—Eso ya está mejor.

El hombre llamó al camarero y le pidió otra botella de *krasi* Mike miró rápidamente a su alrededor, pensando en una posible fuga. Imposible. La plaza estaba rebosante de alemanes.

—Entonces, quedamos en que le gustaría a usted abandonar este pequeño y agradable país.

—¿Quiere decirme exactamente cuál es su juego? —murmuró Mike.

—¿Juego? Amigo, yo soy Julio Chesney, corresponsal en el extranjero del *Star Bulletin*, de Nueva York. ¿Ha leído usted acaso mis reportajes? Sepa que son muy buenos. Aparecen en el *Times*, de Londres.

—Yo soy neozelandés.

—Muy bien. Me gustan los neozelandeses. Buenos chicos.

Se tragó otra aceituna y se llevó los dedos a la boca para rescatar el hueso. Sirvieron el *krasi*.

—Digamos que es una pequeña manía mía. Me gusta ayudar a los buenos chicos.

—Me limito a escucharle, ya no puedo escoger.

—Suponga que le digo que se ponga en contacto con el capitán de una lancha

excepcionalmente rápida, que conoce la situación exacta de los campos de minas y el movimiento de patrullas en todo este mar, hasta el norte de África.

—Supongámoslo.

—¿En cuánto valoraría usted eso?

—No tengo idea.

—¿Qué le parece tres millones? Es un número redondo.

—No tengo este dinero.

—No importa. Conozco a una familia griega que está dispuesta a ayudar a pagar el pasaje a algunos fugitivos.

—Mire, Chesney, no me venga con cuentos chinos. Esa historia es vieja. Usted me lleva a esa familia, les saca el dinero, el barco no llega y usted se mete en el bolsillo lo que la Gestapo le quiera dar buenamente por entregarme a ellos.

—Amigo mío —dijo Chesney, levantando la mano en ademán de protesta—, ya veo que ha tropezado usted con intrigantes poco recomendables.

—Tampoco puedo decir que tenga usted el aspecto del Lord del Sello Privado.

El gordo hizo una mueca que con muy buena voluntad hubiera podido tomarse como una sonrisa.

—Es usted un buen tipo. Me gusta. ¿Cómo se llama?

—Smith. Joe Smith.

—Venga, hombre, cuentos chinos.

—Linden. Jay Linden.

La conversación se detuvo cuando un alemán y su compañera se acercaron buscando una mesa vacía.

Se alejaron.

Mike se inclinó sobre la mesa.

—Oiga usted, Chesney, estoy tan dispuesto a creerlo como a coger a un toro por los cuernos. Sea buen chico y déjeme marchar.

—No se apresure, Linden, no se apresure.

Chesney echó un trago y repiqueteó con los dedos encima de la mesa. Mike apretó los dientes.

—Pondré mis cartas sobre la mesa, Linden. Quizá si le presento de otro modo mi proposición…

—Bien, dispare.

—Usted ha venido para ver a Nico. Ni él ni toda la resistencia, pueden ayudarle. Heilser y su amigo Zervos saben perfectamente lo que hacen. ¿Ha oído usted hablar de Herr Heilser?

—Sí, he oído este nombre.

Mike tuvo que admitir que Chesney se hallaba muy bien informado.

—De hombre a hombre, claro y sincero. Mi pasatiempo favorito consiste en

coleccionar dinero. Me gusta el dinero y usted representa para mí un buen montón de dinero.

—¿Por qué no abre usted un burdel?

—Para repetir un viejo tópico —sonrió Chesney—, le diré que hay demasiados aficionados metidos en el negocio. Los fugitivos son un asunto mucho mejor.

Colocó las manos encima del pecho.

—Quiero aprovechar los pocos años que me quedan. Tengo el corazón hecho polvo.

—Los aprovecha bien, traficante en pieles inglesas.

—Amigo, los fugitivos ingleses son perseguidos como fieras. Y reaccionan como fieras. Algunos se inclinan a creer que no saldré vivo del asunto.

—¿Quién me garantiza que no me está engañando? —preguntó Mike.

—Debe usted arriesgarse a creer en mi palabra.

Mike se vio obligado a sonreír. Chesney le interesaba. Era, desde luego, un hombre que sabía lo que se traía entre manos, estaba muy bien informado y había un cincuenta por ciento de posibilidades de que pudiera serle de utilidad. «No perdía nada con seguir con él», pensó Mike.

—¿Qué opina usted?

—Opino que todo puede salir bien. Me parece que es usted hombre de bastante sentido común, Linden. Véame el jueves en el «Café Piccadilly», en la plaza de la Concordia, al mediodía. El señor Choleva, que va a ser su bienhechor, desearía verle. Ha ayudado ya a escapar a cuatro fugitivos. Todos ellos están sanos y salvos en Egipto, me permito añadir.

—¿Sabe usted lo que le espera si me engaña, Chesney?

—No. Dígamelo.

—Le mataré.

Chesney suspiró.

—Mi querido amigo, esto es melodramático y no está bien decirlo como usted hace. Y ahora, fíjese en una cosa. ¿Ve a aquellos dos caballeros que están al otro lado de la calle?

Mike miró por encima del hombro de Chesney. Un par de paisanos con ropas de corte claramente germánico charlaban aburridamente apoyados contra la pared.

—Son de la Gestapo. Pasan el tiempo en la plaza esperando que aparezcan fugitivos como usted. Puede que le estén observando. Pero usted, Mr. Linden, si tiene el cerebro la mitad de ágil que la lengua, les despistará sin dificultad. Son bastante estúpidos. Nos veremos el jueves en el «Café Piccadilly».

El corazón se le agitó a Mike cuando Chesney se levantó y se marchó.

Capítulo X

Mike se bebió otro medio vaso de *krasi*. Los dos agentes de la Gestapo, situados al otro lado de la calle, vigilaban. Se levantó y avanzó para cruzar la plaza. Los dos hombres comenzaron a seguirle a cierta distancia. Mike aceleró el paso y tuvo que luchar contra el impulso de echar a correr.

Dobló la primera esquina y pasó ante una hilera de tiendas. A mitad de la calle se detuvo, miró hacia el escaparate en el que aparecía un letrero que decía: «Anton's» y encendió un cigarrillo.

Los dos agentes de la Gestapo doblaron también la esquina y se detuvieron repentinamente cuando vieron dónde se había detenido Mike.

Mike miró frenéticamente a su alrededor. Se acercaba un tranvía en dirección a la parada situada en el cruce con la próxima calle. El tranvía se acercaba, aceleró la marcha y llegó a la altura de Mike.

Mike dio un salto desde la acera y fue a parar a la plataforma trasera. Vio un gran coche que se detenía junto a los dos agentes de la Gestapo. Uno de ellos señaló al tranvía y el coche comenzó a seguirlo.

El tranvía se detuvo en una parada y Mike saltó y echó a correr por una callejuela oscura.

¿Dónde se encontraba? ¿Dónde?

Estaba como paralizado por el miedo. A mitad de la calle dobló por otra todavía más oscura. El coche se acercó a la embocadura de la calle.

Mike avanzó por la oscura callejuela hasta que se dio cuenta de que no tenía salida. Un muro de cuatro metros y medio de altura le cerraba el paso. Saltó para alcanzar su extremo superior, pero no llegó. Al otro lado de la pared oyó ladrar a unos perros.

Mike miró en torno suyo. Le rodeaban los muros traseros de varias casas. Algunas luces amarillentas apenas lograban taladrar la oscuridad. El hedor de basura le llegaba a las narices. Pasó un ratón a su lado, sobre las húmedas losas.

Se aplastó contra una pared y preparó la pistola.

Al extremo de la calle oyó el sonido de puertas de coches que se abrían o cerraban, pasos y órdenes susurradas a media voz.

Mike se deslizó a lo largo de la pared y de varias verjas bajas. El faro de uno de los automóviles enfocó la callejuela. Se apretó contra una verja. La atravesó de un salto y se escondió detrás de ella. Oyó que se detenía otro coche.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó alguien a espaldas de Mike.

Dio la vuelta de un salto. Se había abierto la puerta trasera de una casa.

—«Englezos» —murmuró—. «Englezos». Ayúdame.

—Entre rápido —susurró enérgicamente la voz.

Se cerró la puerta detrás suyo. Mike se apoyó en ella, jadeante. Una mujer vestida con una bata le dijo:

—Sígame.

Pasaron por un largo corredor. La mujer abrió una puerta.

—Entre aquí. Dentro de poco vendré.

Mike entró y se dejó caer en una silla apretando la cabeza contra las manos.

—Dios… Dios mío… —murmuró.

Levantó la cabeza y echó una ojeada a la habitación. Estaba alumbrada por una lámpara de color azul, situada junto a una cama cubierta con una colcha de satén. Cerca de la cama había un sofá. En una de las paredes había el usual icono representando a Cristo, y en otra, en agudo contraste, reproducciones de pinturas griegas. Todas representaban a mujeres desnudas en diversos estados de reposo. En la alcoba situada al lado de la cama, oculta en parte por una gruesa cortina, Mike pudo ver una bañera.

Se irguió al oír voces y risas en el patio. Una de las voces era la de un alemán, y la otra la de la mujer.

Varias veces se abrieron y cerraron puertas.

Calma y silencio.

Alguien golpeó suavemente a su puerta y ésta se abrió. La mujer de la bata entró, cerró con llave y dijo:

—La Gestapo. Está registrando toda la calle.

Hizo una mueca y añadió:

—Están registrando todo y han cercado el barrio por completo.

Mike se levantó y se secó el sudor de la cara.

—Puede guardar su pistola. Aquí está seguro.

La mujer se dirigió al sofá y se acostó en él. Era joven, contaría unos veinticinco o veintiséis años y no carecía de belleza. Sonrió a Mike.

—Me llamo Ketty. Siéntese. ¿Sabe…? Nadie quería que los ingleses se marcharan. Son unos señores. En cambio los alemanes son unos groseros, y no digamos de los «macarroni» de italianos. Cada uno de esos ridículos italianos se cree el amante más maravilloso del mundo. Estoy muerta. He trabajado desde el mediodía. Hablan mucho pero pagan poco, aunque, después de todo, los dracmas valen cada día menos, así que…

Ketty se levantó y se arregló el cabello.

—De todos modos, no tenga miedo. La mitad de la Kommandatur está aquí.

—Es usted un tesoro, Ketty. No la olvidaré.

—Me gusta hablar de nuevo con un inglés. Estuvieron poco tiempo aquí, pero fue estupendo. Yo tengo una niña, ¿sabe?

—Me alegro.

—Es una niña muy interesante. La tengo en un convento. Resulta muy caro, pero vale la pena. Estoy orgullosa de ella. Cuando todo se arregle la tendré en casa, conmigo. Pero ahora el dinero no vale nada.

Mike puso un millón de dracmas encima de la mesa.

—¡Oh, no! ¡De ningún modo! —protestó Ketty—. No quise decir eso. De ningún modo tomaría dinero de un hombre como usted.

—Para su niña.

—No. Usted lo necesitará para pasar a África.

—No discuta.

Le puso el dinero en el bolso.

—Es usted muy amable. ¿Cómo se llama?

—Jay.

—Esto es lo que me gusta de los ingleses, que tengan unos nombres tan fáciles.

Se callaron cuando oyeron a un alemán discutiendo con una muchacha al otro lado de la puerta.

—Como perros, discutiendo siempre. Hay vino en el armario. Llénese usted un vaso, Jay.

—No, gracias. He bebido bastante.

Ella se dirigió hacia él, sonriendo.

—Eres un tipo guapo, Jay. ¿Quieres acostarte conmigo?

—No, gracias. La verdad es que no estoy con ánimos.

—Lo comprendo.

Llamaron a la puerta repetidas veces. Ketty la entreabrió y habló en voz baja con la mujer que había llamado. Se volvió hacia Mike.

—Soldados, con la Gestapo. Están haciendo un nuevo registro. Métase en la alcoba y corra la cortina. Y no se mueva.

Mike obedeció.

Al cabo de un momento oyó que la puerta se abría de nuevo. Oyó a Ketty que acogía a un hombre con cálida voz. El hombre se rio. Hablaba en alemán. Rumor de un beso.

Oyó el ruido que hacía el alemán al sacarse las botas.

Llamaron de nuevo a la puerta. Una voz bramó:

—¡Gestapo!

Mike oyó al alemán poniéndose los pantalones y mascullando juramentos. Se abrió la puerta.

—¿Qué diablos pasa?

—¡Ah!, mayor, perdone. Hay un fugitivo británico en esta zona.

—Muy bien, pero no irán a pensar que está aquí, ¿verdad?

Se cerró la puerta.

Transcurrieron las horas. Las dos de la madrugada.

Ketty volvió a la habitación y se dejó caer en la cama, exhausta.

—Estos imbéciles nunca están cansados. Hay borrachos en el salón. Y otros que quieren apalear a las chicas.

Se levantó, apartó la cortina de la alcoba y se refrescó la cara con agua fría.

Mike estaba planeando su próximo movimiento. No podía confiar en Lisa y la idea de que le había traicionado le sacaba de quicio.

Las montañas llegaban casi hasta Chalandri. Le sería posible esconderse en ellas. Faltaban tres días para el jueves y volvería al «Café Piccadilly» para encontrar a Julio Chesney.

Se dijo a sí mismo que era una locura volver a Chalandri, pero tuvo que confesarse con desagrado que intentaba volver a Lisa.

—Me marcharé antes de que amanezca.

Ketty se estaba secando la cara con una toalla.

—¿Tiene usted un lugar a dónde ir?

—Sí, en Chalandri.

—Mejor será que se marche a otra parte, aprovechando la oscuridad.

—Claro que hay el toque de queda.

Ketty sonrió con sarcasmo.

—Hay cosas para las que el toque de queda no rige. Yo puedo ir donde me parezca. Quédese aquí todo el tiempo que quiera.

—No puede ser.

—Le daré mi número de teléfono. Nunca se sabe a quién podemos necesitar.

Capítulo XI

Las cuatro de la madrugada.

La noche era estrellada. Mike distinguió el limonar de la granja de Lazarus. La tierra pareció ascender en el borde del campo. Se cayó en una zanja.

Era peligroso continuar adelante sin luna. Cualquier perro podía comenzar a ladrar si se metía equivocadamente en otro campo. El bosque estaba varios kilómetros lejos, por lo menos a una hora de camino.

Mike se detuvo en el fondo de la zanja y decidió esperar el día. Desde allí podía ver la granja y la caseta de la bomba. Se hallaba todavía afectado por los sucesos de aquella noche. Estaba cansado y se dejó caer en el fondo de la zanja. Hacía frío, pero no se preocupó de ello.

Mike se incorporó y movió las manos y los pies para devolverles flexibilidad. Se frotó las dormidas piernas. Apuntaba un ligero resplandor en el horizonte. Salió de la zanja y miró en torno suyo. Podía ver el lejano límite del bosque. Debía probar suerte.

Mientras miraba en dirección a la granja, oyó un extraño ruido que llegaba del limonar. Vio una figura que se escurría bajo los árboles y, poco después, un resplandor en la caseta.

Mike se quedó como helado. Estuvo inmóvil durante diez minutos, quince…

Se sintió invadido por el furor. Echó mano a la pistola. Corrió hacia la caseta.

Pegó una patada a la puerta y ésta se abrió.

—¡Vassili! ¡Gracias a Dios!

—¿Qué gracias le das tú a Dios, perra?

Lisa cayó sobre él, sollozando. Él la empujó a un lado y ella cayó sobre el catre. Mike cerró la puerta.

—¡Imbécil! ¡Maldito imbécil! —grito ella—. Nico fue cogido por la Gestapo. Está en Averof. El doctor Thackery está escondido…

Se calló y se acercó de nuevo a Mike. Éste la amenazó con la pistola. Ella levantó la mano y le acarició la mejilla. Mike la empujó de nuevo.

Se miraron el uno al otro llenos de odio.

—La Gestapo descubrirá este lugar —dijo ella—. Debemos ir a otra parte.

Mike permaneció inmóvil, atravesándola con sus ojos azul claro.

Ella se dirigió hacia la puerta.

Mike dio vuelta al cerrojo cogió a Lisa del brazo y la empujó contra su pecho.

—¿A dónde vas ahora? —le preguntó, sacudiéndola violentamente.

—¡Vassili! ¡Vassili! ¡Casi me volví loca!

—Lisa… Lisa…

Ella le acarició el cabello con la punta de los dedos y apretó su cara contra los labios de Mike.

—Lisa… Lisa… Lisa…

—No, querido, no. No podemos. Aquí no. No es seguro… Pueden venir los de la Gestapo.

Él la tomó en sus brazos y la llevó hasta el lecho.

—Al demonio con la Gestapo.

Mike se arrodilló al lado del lecho y recorrió suavemente las líneas de su cuerpo. Ella sonrió y le besó.

Lisa se encontraba tranquila y en paz consigo misma, tal como no lo había estado en mucho tiempo. En cuanto a Mike, ella había colmado sus más descabellados sueños y había dado respuesta a todas sus no formuladas preguntas.

Era Mike, no Lisa, quien sentía remordimientos. Sabía que se había condenado a sí mismo a otra temporada de soledad. Se había enamorado desesperadamente de Lisa. Todo era irreal y fantástico.

—Vassili, esto es vergonzoso. Sería horrible si la Gestapo nos hiciera ahora una visita.

—Sí. Supongo que será mejor marchar.

La ayudó a ponerse de pie y se abrazaron.

—¿Es que lo sientes?

—Desde luego que no, Vassili. Te quiero.

Mike y Lisa entraron en una casa de ladrillo situada en el número 125 de la calle de Satovriandou, en Atenas. Era un lugar vacío, deshabitado y lóbrego. Él la siguió por una escalera de caracol que se desarrollaba en torno a una gruesa viga de caoba. Sus pasos resonaban en la vacía casa.

Al llegar al tercer piso se dirigieron hacia una puerta, a través de un polvoriento vestíbulo. Lisa abrió la puerta que conducía a otro tramo de escaleras que crujieron bajo el peso de los dos visitantes.

Fueron a parar a una habitación escasamente amueblada.

—Y ahora debo marcharme —susurró ella.

Se abrazaron y se besaron.

—Volveré lo antes posible —añadió.

Capítulo XII

Terminó su último cigarrillo.

Yacía en la cama, al lado de la ventana de la buhardilla, a la vista de todas las colinas que rodeaban a Atenas. Oscurecía y algunas luces se iban encendiendo.

Recordó su ciudad de San Francisco.

Reinaba la calma en la buhardilla. Recordó otros tiempos, cuando se hallaba en las colinas que miraban a Kalamai. Atenas estaba entonces en pleno combate, pero actualmente parecía en paz, aunque fuera la paz de los cementerios.

Cerró los ojos y calculó cuánto podría tarda Lisa en regresar. Pensó en lo ocurrido por la mañana en la caseta de la bomba.

Anocheció.

Se extendió como un eco por toda la casa vacía. Se incorporó. Abrió los ojos y vio que brillaban ya todas las luces de la ciudad. Oyó los pasos de Lisa en la escalera. Se le encendió la sangre a medida que se iba acercando. Se abrió la puerta y percibió su cálida presencia en la habitación a oscuras.

—¿Vassili? —preguntó ella con voz asustada.

—Estoy aquí. Al lado de la ventana.

Como una débil luz se filtró sobre la buhardilla. La sombra de Lisa le precedió cuando se acercaba a Mike.

—Querido…

Mike apagó la luz situada encima de la cama. Permanecieron ambos, uno en brazos de otro, mirando en dirección a la ciudad.

—Algún día tendré que marcharme —dijo él.

Ella movió suavemente la cabeza.

—Te quiero, Vassili. Vivamos estas pocas horas buenas y no pensemos en nada más.

—Es tan fantástico todo lo que nos está ocurriendo…

—No es fantástico. Creo que te quise desde el primer momento en que te vi en aquella choza de Kaloghriani. No pensaba que fuera capaz de amar nunca a nadie como te quiero ahora a ti.

—Es curioso. A mí me pasa lo mismo.

Lisa se apartó bruscamente de él y se sentó en el borde de la cama de espaldas a él.

—Un submarino inglés vendrá a buscarte mañana por la noche.

Silencio.

Las señales de un nuevo e inminente día comenzaron a mostrarse sobre el cielo de Atenas. Él la tomó del brazo y la hizo acostarse a su lado.

—Aguarda, no te vistas aún.

—Como quieras.

—Me gustaría decirte tantas cosas…

—Déjalo. Eres como un niño cuando te crees obligado a hablar.

Se sentaron frente a la ventana de la buhardilla, al apuntar el día, dispuestos a comer. Carne y vino. Mike cargó su pipa con el último tabaco que le quedaba.

—Tú sabes, Vassili, que los alemanes son capaces hasta de comerse los cascos de los caballos, pero…

—Oh, no te excuses. Está dura, pero no valen excusas.

Apareció una nube sobre el cielo de la ciudad, ensombreciendo ligeramente las colinas.

—Éste es un buen día para… —dijo Mike, cortándose en seco.

—¿Un buen día para qué, cariño?

—Para nada.

Estuvo a punto de decir: «Para escribir».

Había algo que le empujaba a escribir mejor cuando el tiempo estaba algo cubierto. «Caprichos de escritor», pensaba.

Ella se llevó los platos vacíos y tomaron un sucedáneo de café.

Mike se daba cuenta de que estaba ciegamente enamorado de Lisa. Lisa era como un sueño a través del cual él caminaba sin cansarse nunca.

—Lisa, cuéntame algo sobre ti.

—No es agradable.

—Por favor…

Toda su habitual tristeza pareció volver a ella. Miró por la ventana y se sumergió en el recuerdo de un pasado ingrato.

No siempre había sido ingrato. Su madre, una inglesa de gran belleza. Su padre, un hombre amable y gentil que poseía una pequeña y próspera fábrica. Lisa y su hermana, al terminar sus estudios en la Universidad, emprendieron otros caminos. Lisa, animada por su padre, que amaba la música en gran manera, estudió piano en los Conservatorios de Roma y París. Su hermana se doctoró en Literatura.

Una familia unida y una carrera en cierne, prometedora. Mucho más de lo que podía desear. Luego, un enamoramiento loco y apasionado, de un joven ambicioso, ingeniero, terminado en matrimonio. Durante la ocupación, Lisa se dio cuenta de la ambición de su marido y de sus reales propósitos. Se levantó con el dinero familiar, la fábrica y sus dos hijos.

Afortunadamente, su madre no vivió para verlo. Lisa nunca había creído que su padre hubiera sido un hombre excepcionalmente valeroso, pero lo supo cuando murió en la prisión de Averof y se filtraron algunas espeluznantes informaciones de cómo había muerto.

—¿Y tu hermana?

—Vive con un oficial alemán.

Aquí termina la historia de Lisa, según ella, pero Mike sentía que había algo más, quizá mucho más. Sin embargo, no le preguntó nada.

Ella se acabó de vestir y se arregló para salir a la calle.

—Todavía quedan muchas cosas por hacer. Volveré lo antes posible.

Se detuvo en la puerta y se volvió hacia él.

—Supongo que es una estupidez que nos hayamos enamorado de este modo.

Mike recorrió la habitación como un loco. Necesitaba todo su valor para abandonarla. Le obsesionaba su amor hacia ella.

Quizá la resistencia permitiría que Lisa abandonara Grecia.

Quizá podría darle a ellos la lista de Stergiou y quedarse.

Quizá podría escapar a las montañas con ella y estar escondidos allí.

Todo el día transcurrió entre proyectos tan rápidamente desvanecidos como hechos.

La muralla de la duda se hacía cada vez más espesa.

Si por lo menos pudiera aceptar buenamente aquellas escasas horas de felicidad del mismo modo que ella las aceptaba…

Lo único que le parecía real a Mike, era el frío y desalmado tictac del reloj y el pensamiento de que el final se acercaba a cada minuto que transcurría.

Sabía que debía pagar a cambio de todo aquello. Todas las cosas tenían su precio. Se calmó. No había otro camino ni otra solución. De algún modo encontraría el valor necesario para marcharse.

Lisa tenía la cara pálida y preocupada.

—Algo ha fallado, Vassili. El submarino no vendrá esta noche.

Se precipitaron el uno en brazos de otro.

—¡Dios mío! ¿Qué es lo que estamos haciendo? —lloró ella.

Lisa se apretó contra Mike. Mike estaba cansado pero no tenía sueño. Se hallaba peligrosamente cerca del punto de ruptura, en que no podría aguantar más. La continua presencia de Lisa bastaba para quitarle sus últimas reservas de voluntad. Dio la vuelta y se quedó mirando hacia la ventana, en cuyo lado exterior golpeaba la lluvia.

No sabía qué era lo que debía hacer. Otro día de tensión como el pasado, no podría aguantarlo. Se acordó de su cita con Chesney, al día siguiente.

Jueves.

Mike esperaba que Lisa se hubiera marchado. Las cosas se hubieran desarrollado con más facilidad.

Las once y diez.

Se puso la americana y se guardó la pistola en el bolsillo.

—¿Qué haces, Vassili?

—Me voy.

—¿Te has vuelto loco?

Mike caminó hacia la puerta y ella le cerró el paso.

—¡Vassili! ¿Qué es lo que te ocurre?

—Lo siento. He de salir.

—¿Estás loco? La Gestapo te cogerá en menos de una hora.

—No me queda más remedio, Lisa.

—Querido, nuestra gente trabaja día y noche. Ten paciencia sólo unos días más.

—Pero ¿es que no te das cuenta de lo que está pasando? ¿Quieres que yo mismo busque mi ruina?

Ella se estrechó contra Mike.

—Sí, esto es una locura. Pero me marcharé yo, si es lo que quieres.

—No arreglamos nada con ello.

Se deshizo de ella y corrió hacia la puerta.

—¡Vassili!

Se detuvo un momento frente a la puerta. Ella estaba en lo alto de la escalera circular, con las manos recogiendo nerviosamente sus ropas esparcidas por el suelo.

—¡Vassili! ¡No! ¡No!

Cerró la puerta detrás suyo.

Capítulo XIII

Plaza de la Concordia.

Mike se detuvo frente al "Café Piccadilly", en la acera opuesta. Había poca gente y poco movimiento. Se preguntó si no estaba haciendo una tontería. Le parecía que Lisa le empujaba a cometer tonterías. Decidió marcharse de allí.

—¡Ah, Jay Linden, muy bien! Ya veo que consiguió librarse de sus dos compañeros de viaje.

Mike se volvió y miró la grotesca cara de Julius Chesney. Otro hombre, con aspecto de marinero, se hallaba con él.

—No nos quedemos en la acera, amigo mío. Vamos a tomar algo. Vamos, que no me he traído conmigo al Ejército alemán, hombre. Éste es mi amigo Antonis, capitán del *Arkadia*.

Los tres entraron en el café y encontraron una mesa aislada y solitaria. Pidieron *krasi*. Mike estudio a Antonis, que parecía distraído y lejano mientras fumaba en su pipa.

Chesney habló en voz baja y dijo a Mike que el *Arkadia* era una lancha rapidísima, pequeña, cuya tripulación se componía de tres miembros. Los papeles del barco decían: «Creta», pero su destino sería El Cairo. Antonis, tal como Chesney aseguró, conocía bien la ruta, había hecho ya algunos viajes con fugitivos ingleses y era de fiar. El protector de Mike, que debía pagar por él, llegaría dentro de pocos minutos.

—¿Cuándo marchamos? —preguntó Mike.

—Tan pronto como encontremos a otro pasajero.

—Desde que nos vimos, he logrado conseguir algún dinero. Si entre Antonis y yo podemos dirigir la embarcación, yo mismo compraré el pasaje que falta.

El marinero gruñó. Creía que entre él y Mike podrían conducir perfectamente la embarcación.

—Cuatro millones de dracmas —dijo Chesney prontamente.

—¿Está bromeando?

—Es usted quien parece tener prisa por marchar, ¿no?

—Le doy tres millones si marchamos esta noche.

Chesney se inclinó hacia él.

—Veamos el dinero, antes.

Mike colocó su dinero encima de la mesa. Por primera vez Julius Chesney se mostró emocionado. Temblaron sus mejillas. Mike cogió el dinero.

—La mitad ahora y la mitad cuando esté a bordo.

Chesney miró el dinero, suspiró y miró atentamente cómo Mike contaba millón y medio de dracmas. Casi con los ojos llorosos, contó de nuevo el dinero, cuando Mike

se lo entregó.

Un hombrecillo pequeño entró en el café y miró en torno suyo.

—¡Ah! —dijo Chesney—, aquí llegan otros tres millones de dracmas. Cholevas, aquí.

El bien vestido y anciano caballero se acercó a ellos y les saludó a todos con una ligera inclinación de la cabeza.

—Jay, éste es su amigo, el bienhechor amigo de los ingleses, el señor Cholevas.

Cholevas asintió silenciosamente.

Mike se sentía lleno de curiosidad por aquel hombre. Se preguntaba por qué razón hacía aquello.

—¿De qué me sirve el dinero si los alemanes se quedan con mi país?

Cholevas se quedó con ellos sólo el tiempo necesario para beber medio vaso de vino y dar el dinero a Chesney. Deseó un buen viaje a Mike y le recomendó que le escribiera al terminar la guerra. Finalmente, le pidió que tratara de explicar a los ingleses todo cuanto estaba sucediendo en Grecia.

Julius Chesney hizo crujir sus nudillos, se comió un bombón y puso a continuación encima de la mesa un montón de papeles, extendiéndolos uno a uno.

Arkadia: destino, Creta.

—¿Tiene usted papeles, Linden?

Mike sacó la tarjeta de identidad a nombre de Vassili Papadopoulos.

—Muy bien. Esto me ahorra un gasto.

Chesney escribió el nombre en la documentación del barco.

—Y ahora creo que todo está en orden. Antes de oscurecer hay que estar a bordo. Antonis, véame más tarde y le entregaré los permisos de salida y la situación de las patrullas.

—¿Y la inspección del barco? —preguntó Mike.

—Mi querido amigo, ¿por qué no confía plenamente en mi habilidad? He estado untando con aceite muchas manos, demasiadas. Hay demasiada gente que quiere que le unten las manos. En fin, Linden, que tenga buen viaje y no deje de leer mi columna en Londres. El *Times*, recuerde.

Chesney se levantó y atravesó el casi desierto café, acariciando los bolsillos llenos de dinero. Le ofreció la mano a Mike.

—Tenga cuidado, Michael Morrison —dijo—. Sería una lástima que la lista de Stergiou cayera en manos de los alemanes.

Mike sintió como si le dieran un mazazo en la cabeza y miró, casi sin ver, cómo Julius Chesney abandonaba el café.

Cuarta parte

Capítulo Primero

Lisa se sentó al extremo de la mesa y miró a los cuatro pares de ojos que se fijaban en ella. La vela del centro de la mesa arrojaba extrañas sombras sobre las desnudas paredes.

A tres de aquellos hombres les conocía desde la infancia. Sólo el pétreo y extraño doctor Thackery le era desconocido.

—Fue imposible detenerle —sollozó.

Papa-Panos, el sacerdote, con su barba gris. Michalis, el fornido y carirredondo Michalis, el organizador, siempre con la expresión de un león enojado. El gentil y amable Thanassis, profesor en la Universidad.

Todos estaban en silencio mientras Lisa movía la cabeza y se cogía al borde de la mesa.

Michalis apoyó el brazo sobre la mesa y la llama de la vela se agitó.

—¿Por qué no le seguiste? —murmuró.

Lisa no contestó.

—Lisa —dijo el doctor Thackery—. Tiene usted orden de matarle tan pronto como ocurra algo parecido. Esto es lo que debía haber hecho. ¿Se da cuenta de lo que ocurriría si cayera en manos de los alemanes?

Tenía la boca seca. Cerró los ojos y apretó los labios. Murmuró:

—Yo no sabía quién era.

Michalis repitió:

—Lisa, le pregunto otra vez, ¿por qué no le ha seguido?

—Bien, Lisa, ¿qué dice? —confirmó el doctor Thackery.

Suspiró y bajó la cabeza.

—No estaba vestida.

—¿Desnuda?

—Por amor de Dios, Michalis —intervino el suave y amable Thanassis—, cálmese. Como de costumbre, su voz podría ser oída desde Salónica.

—¡No voy a ocultar que le amo! —sollozó Lisa.

Papa-Panos, el sacerdote, permaneció todo el tiempo callado y sin moverse de su sitio. Acarició su barba. Finalmente habló con su voz, que nunca carecía de autoridad.

—Thanassis, Michalis, doctor Thackery, me estoy preguntando si todos nosotros no estamos equivocados respecto a este Morrison. ¿No sería mejor que le dejáramos en paz de una vez?

—¿Está usted loco, padre?

—No me levantes la voz, Michalis. No estás ahora en un mitin. Supongamos que Morrison escapara. Supongamos que pasa la lista a los ingleses. ¿Se dan cuenta de lo que ocurriría entonces? Significa que nos veríamos obligados a actuar de acuerdo con

las nuevas circunstancias que produjera la entrega de la lista. Y no es probable que los alemanes permanecieran con los brazos cruzados. Reaccionarían con triple crueldad, de esto pueden estar seguros. Equivaldría, pues, a la muerte de muchos inocentes.

—¡Bah! —gruñó Michalis—. ¿Acaso estamos recibiendo de los alemanes miel y leche? Sólo ayer, los verdugos alemanes asesinaron a cien paisanos en Creta. Si nuestro pueblo no posee armas, luchará con piedras y palos. ¿No es mejor morir con un arma en la mano que con un bastón?

—Una cosa —repuso Papa-Panos— es ayudar a los fugitivos ingleses o conseguirles comida, pero otra es una sublevación en masa. ¿De qué servirá que los ingleses comiencen a desembarcar armas? ¿Acaso podemos derrotar nosotros solos a los alemanes?

Thanassis le interrumpió.

—Aunque le aprecio y le respeto, padre, estoy de acuerdo con Michalis. La resistencia pasiva ha demostrado ser inútil. Las ciudades y las montañas crujen de ira y nuestro pueblo desea luchar.

—¿Está de acuerdo con ello, doctor Thackery?

La pétrea cara del doctor permaneció silenciosa durante unos momentos.

—No voy a juzgar los motivos de cada uno. No es asunto mío. Voy a recapitular los hechos. Sabemos que los ingleses comenzarán a actuar clandestinamente tan pronto como tengan la lista de Stergiou y sepan a qué atenerse. Esto quiere decir que deberemos actuar en todo lo referente a la información sobre desembarcos de armas, horarios de trenes, movimientos de tropas, submarinos. Significa que los ingleses nos mandarán armas para ayudamos a llevar a cabo determinadas misiones. Sabemos que los alemanes tomarán duras represalias por cada acto de sabotaje que realicemos contra ellos. ¿Qué será, pues, lo que saldremos ganando? A medida que adquiramos mayor fuerza, obligaremos a los alemanes a mantener aquí un número mayor de tropas, de las que no podrán disponer en los frentes. Nadie puede detener al pueblo griego en esta lucha. Realmente, Papa-Panos, las montañas están airadas, crujen de puro airadas.

El sacerdote suspiró. Sabía que aquellos hombres decían la verdad. Grecia debía resignarse a sufrir su baño de sangre, que convertiría en triviales a todas las antiguas tragedias. Movió lentamente la cabeza.

—Muy bien. No repararemos en esfuerzos para encontrar a este hombre y sacarle del país.

Los cuatro hombres se volvieron hacia Lisa. Tenía los labios blancos. Se levantó lentamente y dijo:

—Antes de que tomen una decisión, es necesario que les aclare algo.

En voz baja y lentamente, con claridad y precisión, contó toda su historia secreta,

desde el día en que la Gestapo la cogió y la llevó a presencia de Konrad Heilser. Los cuatro hombres se miraron sorprendidos. Ella siguió narrándoles las largas semanas de profundo terror que había pasado, hasta terminar en el momento en que Morrison se marchó de la casa deshabitada de la calle Satovriandou.

No pidió clemencia. Los cuatro hombres estuvieron un buen rato silenciosos.

—Esperaré en la habitación contigua.

Sintió como si toda su vida se le hubiera escapado. ¿Qué ocurriría? Había perdido a sus hijos y le había perdido a él. Encontraba la más dura penitencia en el propio pecado.

A través del delgadísimo tabique oyó la voz enojada de Michalis, que reforzaba sus palabras con un puñetazo en la mesa.

—Lisa Kyriakides ha traicionado al pueblo griego.

Thanassis movió incrédulamente su cabeza. Su apariencia de intelectual ocultaba el hecho de que era realmente uno de los miembros más valerosos de la resistencia.

—Lisa… No lo puedo creer. No puedo. La conozco desde que era una muchacha. Estudiaba conmigo en la Universidad. Fui yo quien la puse en contacto con la organización.

—También yo la conozco, a ella y a su familia, desde hace muchos años —dijo Michalis—. Pero no podemos dejarnos llevar por el sentimiento.

Hablaba como un hombre que había vivido siempre bajo una disciplina de hierro. No sentía la menor simpatía hacia aquellos que no cumplían con su deber. Se había tropezado demasiadas veces con aprovechados que trataban de jugar con dos barajas a la vez.

—Parece que no podemos escoger —dijo Thanassis—. Pero no seré yo quien me ofrezca para apretar el gatillo.

Thackery no dijo palabra. No era asunto suyo.

—Si fuera traidora —preguntó Papa-Panos—, ¿acaso nos habría contado su historia?

—No se deje engañar por trucos de mujer, padre. Es una mujer que está ya señalada. Vino a nosotros con la esperanza de que fuéramos más benignos que los alemanes. Si hemos de mantener la disciplina en la organización, sólo tenemos una salida.

—Si la ejecutamos, nos ponemos al mismo nivel que los nazis.

—¿Y qué se propone usted hacer? ¿Rezar, para que se arrepienta?

—¡Basta, Michalis! Ya has dicho bastantes tonterías en un solo día. Lisa es tan traidora como yo. ¿No hay muertes suficientes? Acuérdate de que es hija de Ioannis Rodites, uno de los innumerables mártires griegos. ¿Es tan corta tu memoria para que no puedas recordar esto y tan pequeño tu entendimiento para darte cuenta de que la sangre hay que economizarla?

—No vaya ahora a deshonrar el nombre de Rodites —disparó Michalis—. ¿Qué me dices de María Rodites, que está amancebada con un oficial alemán? ¿Y qué de este cerdo de Manolis Kyriakides, un sucio colaboracionista?

Escupió despectivamente en el suelo.

—¿Y no ha sufrido bastante esa mujer? ¿No te das cuenta, Michalis, de que de haber querido traicionarnos le hubiera resultado más cómodo y más práctico convertirse en la amante del propio Heilser? Podría tener todas las riquezas de Atenas a sus pies. Pareces olvidar que hizo todo esto tan sólo para proteger a sus dos hijos. ¿Eres incapaz de comprender esto?

—También tengo un hijo. Amo a mi hijo más que a mi propia vida, pero preferiría verle muerto antes que convertirme en un colaboracionista.

—Bien, Michalis —suspiró Papa-Panos—. Es posible que llegues a verle muerto si las cosas siguen así, pero ¿qué pensaría tu mujer?

Capítulo II

El *Arkadia* era todo lo contrario de un yate de carreras. Era una barca sucia y vieja y Mike dudó de que tuviera condiciones navegables suficientes para atravesar el mar.

—Baje a la bodega —dijo Antonis, en su discurso más largo de aquel día.

La cabina tenía cuatro coys. Mike miró por el ojo de buey y pudo ver al patrón que estaba junto al palo, fumando en su pipa y mirando alternativamente al mar y al cielo.

Aunque lleno de ansiedad, Mike comenzaba a sentirse seguro. Julio Chesney había cumplido hasta entonces su palabra. Una idea le alentaba. Julio Chesney sabía quién era y sabía lo de la lista de Stergiou. Probablemente, Chesney había hecho una buena comedia al fingir su desorbitado amor al dinero, puesto que si le hubiera entregado a los alemanes hubiera sacado diez veces más de lo que él le había dado. Sentía también una inexplicable confianza en el silencioso patrón, Antonis. Comenzaba a ceder su anterior nerviosismo y tensión.

Después de permanecer por lo menos una hora silencioso e inmóvil junto al mástil, Antonis metió su curtida e impasible cara en la cabina y anunció a Mike:

—Voy a buscar los papeles de salida.

«Todo había funcionado perfectamente —pensó Mike—, quizá demasiado perfectamente». Los guardias que estaban en las puertas del muelle de El Pireo, apenas se habían movido cuando había pasado ante ellos, acompañado por Antonis. Mike reconoció que Chesney sabía hacer bien los negocios.

Subestimó, sin embargo, el amor de Chesney al dinero. Al cabo de media hora Antonis regresó al barco en compañía de dos hombres y una muchacha.

Una vez en la cabina, un individuo con aspecto de toro, se presentó a sí mismo como Ben Masterton, australiano. El otro era un muchacho de una veintena de años y de pálida apariencia, un judío palestino llamado Yichiel. A su lado se hallaba una atemorizada muchacha, Elpis, su mujer, que pretendía ir a juntarse con las fuerzas libres griegas en Egipto.

Mike pensó protestar ante Antonis por aquel pasaje no convenido; había pagado para marchar solo, pero decidió no decir nada. Resultaba incluso una ventaja tener a alguien con quien hablar durante el trayecto. Y la compañía de los demás aumentaba su fuerza y daba a la partida el aspecto de una fuga absolutamente normal.

La Policía griega selló los papeles, practicó las diligencias rutinarias y el barco comenzó a apartarse del muelle. Chesney había untado convenientemente las manos adecuadas. Mike comenzó a preocuparse por la facilidad con que todo se resolvía.

El aire del mar era excitante.

El joven Yichiel y su mujer entraron en la cabina, se sentaron muy juntos sobre uno de los coys y comenzaron a hablar en voz baja.

Mike les envidió. ¡De qué modo les envidió!

Las montañas que rodeaban a Atenas iban haciéndose cada vez más pequeñas. En un lugar de Atenas había una buhardilla… Sólo la noche pasada, él y Lisa… Mike se entristeció.

El barco salió del área del puerto. Antonis detuvo el motor y echó el ancla.

—¿Qué diablos pasa? —preguntó Masterton.

—Debemos esperar hasta que anochezca. Órdenes alemanas. Submarinos ingleses. Si nos movemos, vendrá una patrulla.

—No me gusta eso.

—No es necesario que nadie me enseñe mi oficio —concluyó bruscamente Antonis.

Estuvieron algunas horas esperando. Mike no apartaba su mirada de las colinas de Atenas. Se sentía inundado por la tristeza.

Anocheció.

Yichiel y Elpis dormían uno en brazos de otro, en la cabina. Antonis seguía al pie del mástil, mirando alternativamente al mar y al cielo.

Ben Masterton se sentó cerca de Mike, cantando suavemente.

El australiano se dio a sí mismo un nutrido concierto. Recorrió con notable voz de barítono una serie de viejas canciones, sin dejar de gesticular de acuerdo con la canción. Se acariciaba la barba con la mano izquierda y con la derecha trazaba majestuosos signos en el aire.

Masterton agradó a Mike. El australiano le había dicho que había llevado ya a cabo cuatro intentos de fuga, pero cada vez había bebido tanto que había ido a parar a manos de los alemanes.

—¡Eh, Linden! —susurró sentándose al lado de Mike.

—¿Qué?

—Mira, no estoy acostumbrado a beber con los neozelandeses, pero haré una excepción contigo.

Sacó una botella de debajo de la chaqueta.

—Coñac. Exactamente lo que el médico me ha recetado.

—No grites, demonio. Se va a enterar todo el mundo. Apenas hay para nosotros dos.

Mike bebió un largo trago y trató de animarse a sí mismo. Ben le quitó la botella y bebió un trago todavía más largo. La botella se vació rápidamente en poco tiempo.

Ben movió la cabeza, miró la botella vacía y la arrojó al agua.

—Uf, Linden, la verdad es que eres un tipo bueno. Me gustaría cantar un dúo contigo. Lástima que no estuvieras conmigo cuando me lie con catorce malditos comedores de *macarroni*, catorce para mí solo, ¿sabes? Nunca me había divertido tanto, la verdad. ¿Qué es lo que podríamos cantar, oye?

—No creo que sea buena hora para cantar dúos, Ben. No me siento con ánimos para cantar. Hay algo en Atenas que me gustaría tener, ¿sabes? Me gustaría…

—Bien, bien, camarada. Pero no lo tomes así. No llores. Hombre, no llores.

—Me gustaría…

—Vamos a cantar esa vieja canción inglesa, ¡maldita canción!

—Nos falta el tenor; me río de tus conocimientos sobre música.

—¡Linden! Has de saber que yo puedo cantarlo todo, incluso la parte de soprano.

Les llegaron apagados murmullos desde la cabina. Mike se levantó e intentó dirigirse hacia ella, pero Ben le cogió del brazo.

—Déjalos solos, hombre, no seas bastardo.

Mike volvió a sentarse.

Antonis seguía al pie del mástil.

Se apagaron los murmullos en la cabina.

Una ráfaga agitó suavemente al *Arkadia*.

Repentinamente Antonis se irguió y adoptó una actitud vigilante, como si estuviera escuchando atentamente un imperceptible rumor. Mike sacudió a Ben y ambos se despertaron trabajosamente del sopor producido por la bebida.

El lejano ruido de un motor les llegó claramente.

—Ponga en marcha esa bañera —gruñó Ben.

—No —repuso Antonis—. A lo mejor pasan de largo.

Mike se sintió nuevamente perdido. Pasó un minuto y el motor pareció alejarse. Repentinamente fue aumentando y acercándose.

—¡Vámonos, le digo, maldito viejo! —gritó Ben.

Una lancha rápida se les acercaba a toda velocidad. Se hallaba a menos de doscientos metros.

Yichiel y Elpis subieron a cubierta; no disimularon su terror. La muchacha hundió la cabeza en el pecho del marido.

Sonó una sirena.

Un haz de luz recorrió el agua, deteniéndose sobre la cubierta del *Arkadia* y recortando claramente las cinco siluetas. El motor rugió todavía más fuerte.

Una voz ampliada por un megáfono taladró la oscuridad.

—¡*Arkadia*! Detente y espéranos.

Capítulo III

Un semicírculo de soldados alemanes con bayonetas caladas, observó desde el muelle cómo la lancha patrullera se acercaba y anclaba. Mike estaba paralizado por el miedo. Molestas náuseas le invadían el cuerpo como una ola, al poner pie en el muelle. Cerró los ojos un momento. La fuerte mano de Ben le cogió por el hombro. Llegó una camioneta con rejas en las puertas y ventanas. Los cinco fueron metidos dentro. Un grupo de coches armados les sirvieron de escolta, mientras las sirenas despejaban el camino hacia Atenas.

Mike se maldijo a sí mismo por su ligereza al haber confiado en la palabra de Julio Chesney y por haber cometido la imperdonable torpeza de enamorarse.

Elpis lloraba en brazos de Yichiel. Antonis permanecía tranquilo, como si a él no le afectara nada de aquello. Fumaba calmosamente en su pipa y miraba a través de la ventanilla enrejada.

Ben comenzó a gruñir para sí mismo.

—Otra noche que me he emborrachado… Hubiera tenido que callar la boca…

El convoy alcanzó las afueras de Atenas.

—¿A dónde nos llevan? —murmuró Mike.

—Prisión de Averof. Aprende a cuidar de ti mismo —repuso Masterton—; ya que nadie lo hará por ti.

Los cinco prisioneros fueron llevados a una sala de desnudas paredes de piedra. Les hacían compañía dos docenas de nazis, que vestían la camisa parda e iban armados con pistolas y porras.

Detrás de la mesa estaba el coronel Oberg, comandante de la prisión. Tenía las clásicas facciones prusianas, completadas por un monóculo. Estaba evidentemente enojado con los del *Arkadia*, que se habían dejado coger a una hora tan intempestiva y le habían arrancado de los brazos de su actual amante, una atractiva dama que asistía a la escena sentada en el borde de la mesa.

Examinó uno a uno a todos los presentes con ojos fríos. Se detuvo al llegar a Ben Masterton.

—¿Otra vez, Masterton?

—¿Qué quiere usted, coronel? No puedo estar lejos de casa…

—No digas gansadas, Masterton —gruñó Oberg—. No estoy para bromas.

Se volvió hacia el oficinista que estaba junto a otra mesa más pequeña.

—Acuse a Masterton de sabotaje y espionaje. A ver si escarmienta.

—Bueno, hasta la vista, coronel.

—Y que lo encierren.

Cuatro atléticos camisas pardas rodearon a Masterton y se lo llevaron consigo.

La pesada puerta se cerró tras ellos.

Se hizo el silencio en la sala.

Oberg se arrellanó en su sillón movible.

—He oído decir que había un judío en la partida. Que salga.

Ninguno de los cuatro hizo el menor movimiento.

—¡Digo que salga el judío!

Yichiel soltó a Elpis y se adelantó. Oberg continuó balanceándose en su sillón, jugueteando con una fusta de montar.

—¿Cómo te llamas, judío?

—Soy soldado inglés.

Oberg dejó de balancearse. Se levantó lentamente y dio la vuelta a la mesa. Se detuvo ante Yichiel. El palestino mantuvo la fría mirada. El alemán levantó la fusta hasta ponerla bajo la barbilla de Yichiel.

—¿Cómo te llamas?

—Yo soy soldado inglés.

Oberg le pegó un latigazo con la fusta, en plena cara. La sangre apareció en el rostro del judío, que escupió sobre la cara de Oberg.

Instantáneamente, media docena de camisas pardas cayeron sobre él blandiendo sus porras. Lo derribaron al suelo. Yichiel intentó protegerse la cara con las manos.

Los gritos de Elpis resonaron en la pétrea sala. Se arrojó a su lado y le cogió la cabeza.

—Apartadla —mandó Oberg.

Los camisas pardas tuvieron que luchar contra una enfurecida y rabiosa mujer. Yichiel se retorció en el suelo y se le acercó a la puerta.

—Valiente fierecilla —dijo el coronel—. Llevadla a mi departamento. Veremos si sabe hacer el amor con esta maravillosa violencia.

Yichiel se arrastró por la sala. Una porra le golpeó en la espalda. Se desplomó inconsciente.

Fueron sacados los dos fuera, Elpis revolviéndose contra los guardias.

—Debe de ser una mujer deliciosa —murmuró Oberg.

Su amante de turno tenía cara de aburrimiento.

El prusiano volvió a su sillón. Apuntó a Antonis con la fusta.

—Y ahora no me digas que tú también eres soldado inglés.

Antonis dio un paso adelante y repuso que se llamaba Antonis y era el capitán del *Arkadia*.

—Toma nota. Espionaje y sabotaje.

Quedó Mike solo en el centro de la sala.

El coronel preguntó al funcionario.

—¿Qué hay de éste?

—Salvoconducto falsificado, pistola, un millón de dracmas. Sin antecedentes.

—¿Cómo te llamas?

—Jay Linden.

—Desearía saber algo más de ti, Mr. Linden.

—Jay Linden, cabo de Lanceros, número 359.195, Nueva Zelanda.

—Adelante.

—Como prisionero de guerra, no estoy obligado a decir más.

Se abrió una media sonrisa en la cara de Oberg, que sonrió suavemente.

—Muy bien recitado, cabo de Lanceros Linden.

Mike dio un aprensivo vistazo en tomo suyo. Los brutales camisas pardas esperaban tan sólo una leve señal. Apretó los dientes y tragó saliva.

Oberg le miró atentamente a través del monóculo. Resumió sus pensamientos mientras se golpeaba con la fusta sobre la palma de la mano.

—¿Seguro que no tienes nada más que decir, cabo Linden?

Mike no contestó.

—¿No estarás escondiendo alguna información cabo Linden?

Mike escuchó el ruido del gran reloj que resonaba en la gran sala.

Oberg miró el reloj. Dio una ojeada hacia la puerta por la que se habían llevado a Elpis.

Oberg se levantó y los camisas pardas extremaron su rígida actitud. Se volvió hacia el funcionario.

—Anota: sabotaje y espionaje.

—Pasa esta información sobre el *Arkadia* a la Gestapo, a primera hora de la mañana.

Dijo a Mike:

—Seguro que la Gestapo sabrá hacerte hablar con más soltura.

Se volvió hacia la mujer.

—Vete a casa. No te necesito esta noche.

La mujer no dijo palabra.

Mike fue empujado a una oscura celda. Trató de orientarse en la oscuridad. Llamó:

—¿Ben?

—Aquí, camarada.

Mike pasó sobre numerosos cuerpos dormidos. El hedor era terrible. Localizó la inmensa figura de Ben inclinado sobre el martirizado cuerpo de Yichiel.

—Buen trabajo han hecho con él, estos malditos cerdos.

Yichiel gimió y se retorció.

—Oberg se ha quedado con su mujer —murmuró Mike.

—¡Maldito hijo de perra! Cuando se harte de ella se la dará a los guardias.

Mike se deslizó hasta sentarse sobre la fría y dura piedra y comenzó a hacer algo

que no había hecho desde que era niño: Michael Morrison lloró abiertamente y sin avergonzarse de ello.

Ben le palmeó en la espalda.

—Desahógate, chico, pero no tengas miedo. Todo irá bien. No nos tendrán aquí mucho tiempo. En menos de una semana nos procesarán y seremos llevados a la parte de la prisión que pertenece al P. O. W. Se está mucho mejor en aquella parte.

Mike se secó los ojos con la manga de la camisa.

—Nos llevarán a la Gestapo y nos interrogarán y nos acusarán de infinidad de cosas, incluyendo el haber comenzado personalmente la guerra, pero todo es una farsa. Basta con que no hagas otra cosa que exigir que respeten tus derechos como soldado inglés, para que te manden al ala de Prisioneros de guerra.

—¿Quién lleva los interrogatorios en la Gestapo?

—Un tipo muy fanfarrón, me parece que se llama Heilser. Pero no te preocupes, Jay. Son unos fanfarrones y unos farsantes.

Capítulo IV

Ben cantaba a grito pelado:

—«¡Fuera de la noche que me envuelve…!».

—¡Cállate, cerdo, cállate o te mato!

—«¡Mi cabeza sangra, pero no se humilla…!».

Ben terminó la canción, ignorando olímpicamente al jefe de los guardias, un austríaco sádico y medio loco llamado Hans, que iba gritando al otro lado de la puerta de la celda.

—Bonita canción, ¿eh, Jay? Te digo una cosa, Jay. Me gusta bastante la hospitalidad de ese establecimiento.

Ben había logrado calmar considerablemente a Mike. Su ejemplo de valor y desafiante coraje frente a la brutalidad de los guardias, era un poderoso tónico. Buena parte del miedo de Mike se desvaneció en sus dos primeros días de estar en Averof. Se daba cuenta de que pocas cosas podían ser peores que aquello. Era la sentina de la Humanidad.

Su celda hubiera podido contener escasamente a cuarenta hombres con cierta comodidad. Albergaba a casi un centenar de «saboteadores». Carecía de toda clase de comodidades o facilidades. No tenía calefacción, ni agua ni lavabo ni luz. Sólo piedra y barras de hierro. Los «saboteadores» los formaban desde un muchacho de diez años que había robado un paquete de cigarrillos hasta un viejo de ochenta años que había robado un pan. Muchos de los detenidos se hallaban en un estado pe indiferente idiotez; podían contarse media docena de casos de tuberculosis pulmonar. Los piojos abundaban gloriosamente y ratas; gigantescas andaban por la celda como por su propia casa.

Al oscurecer, la piedra se convertía casi en hielo, y el único calor procedía de los amontonados cuerpos. La alimentación diaria consistía en una sucia sopa de garbanzos sin presencia de garbanzos. Ben le enseñó a Mike el modo de coger pieles de patata de los cubos de basura cuando salían al retrete. Ben, veterano en Averof, en seguida encontró a un guardia dispuesto a pasar notas al exterior y entrar comida de contrabando. El dinero era una potencia en Averof, ya que sólo el preso con conexiones al exterior podía aspirar a sobrevivir.

Cada mañana se encontraban algunos muertos en las celdas. Eran llevados por los guardias entre la indiferencia absoluta de los presos.

Desde una de las pequeñas ventanas, Mike podía mirar hacia el patio central de la prisión. Durante veinticuatro horas al día tenían lugar las sesiones de tortura; cada amanecer, el pelotón correspondiente eliminaba en el patio a una nueva promoción de «saboteadores», individuos exhaustos que se apoyaban temblando de frío, de rabia y de miedo en el muro gris contra el que iban a morir. Cada amanecer el jefe de los

guardias, Hans, seleccionaba a algún «saboteador» de la celda de Mike. Alineaba a los presos en el corredor y los escogía con lenta delectación con una mirada de loco brillándole en la cara.

Al amanecer del cuarto día, Elpis fue empujada hacia la pared gris del patio. Sus gemidos eran muy débiles, pero no lo bastante para que Yichiel no los reconociera. Resultaba casi imposible reconocer a aquella mujer. Tuvieron que atarla a un poste para que se sostuviera de pie. Mientras el pelotón se alineaba, Hans tuvo buen cuidado de explicar a Yichiel que él había sido uno de los cincuenta guardias que durante la noche pasada la habían poseído.

Ben y Mike tuvieron que vigilar continuamente para evitar que el judío se suicidara.

Pasaron cuatro días. Michael Morrison había perdido ya el miedo. Le llenaba una rabiosa ira que no le dejaba descansar un momento. Se daba cuenta de que se acercaba el momento en que debería enfrentarse con Heilser. Trataba de encontrar el modo de evitar este encuentro. ¿Fingirse enfermo? ¿Tratar de escapar mientras le llevaban a la Gestapo? ¿Arrojarse sobre Hans y ser confinado en una celda solitaria? Mil ideas pisaron por su cabeza, pero ninguna resultó aprovechable.

La única levísima esperanza eran los contactos de Ben con el exterior. Había un guardián griego llamado Axiotis, el único que habían heredado los nuevos dueños alemanes. El anciano carcelero llevaba a cabo provechosos negocios sacando mensajes fuera de la prisión y entrando de contrabando comida, bebida y tabaco. Hans lo sabía y le permitía seguir haciéndolo a cambio de un porcentaje sobre las ganancias.

Ben conocía a una docena de mujeres que le abastecían, y naturalmente también a Mike, de comida y tabaco. Mike observó atentamente si Axiotis cumplía fielmente los encargos que le hacía Ben, y quiso asegurarse de que no jugaba con dos barajas.

Pero ¿con quién podía Mike ponerse en contacto? No sabía dónde encontrar a Lisa, y quedaba la remota posibilidad de que Lisa hubiera estado mezclada con su captura. Aunque trató de apartar de su imaginación aquella idea, no lo pudo conseguir del todo.

¿Chesney? De ningún modo. Mike estaba seguro de que Chesney había jugado hábilmente con él, haciendo que adquiriera confianza y metiéndole en la boca del lobo con la mayor habilidad. Después de todo, Antonis había actuado como si supiera perfectamente todo lo que iba a ocurrir y no había mostrado el menor miedo. ¿Dónde estaba en aquellos momentos? Todos los presos recientes llegaban al bloque de celdas en el que mandaba Hans, pero nadie había visto allí a Antonis. Posiblemente, Antonis preparaba otro grupo de soldados ingleses para la prisión de Averof.

Ben insistió en aceptar toda la responsabilidad, pues la noche anterior había estado bebiendo y seguramente había hablado más de la cuenta, pero Mike no

aceptaba la versión del australiano.

¿El doctor Thackery? Imposible. Lisa le había dicho que el doctor había tenido que esconderse. Además, la Sociedad Arqueológica se hallaría bajo vigilancia de la Gestapo.

Quedaba una débil posibilidad, fragilísima, pero posibilidad al fin.

Cada día que pasaba era un día menos que faltaba para enfrentarse con Konrad Heilser. Ben lo estaba aguardando, ya que aquello supondría el traslado al ala de Prisioneros de guerra.

Al quinto día, Yichiel fue sacado de la celda.

Pasó el sexto día.

Ben Masterton se había pasado a la canción irlandesa.

—«¿No habéis estado nunca al otro lado del mar de Irlanda…?».

—¡Silencio ahí!

—«Podéis sentaros y ver cómo el sol cae sobre Claddock…».

—¡Cerdo!

—«Al anochecer, al anochecer…».

—¡Te mataré! ¡Te mataré!

—No vale la pena preocuparte por Hans, Jay. No tiene la menor disposición para la cultura.

—«Y mirando cómo los muchachos juegan con los pies desnudos…».

Hans desistió de seguir bramando. El vozarrón de Ben siguió alborotando la celda y el corredor.

—«Si hay después de ésta una nueva vida, yo sé en qué consistirá, lo sé perfectamente…».

Al final del corredor, el coronel Oberg, con su Estado Mayor, avanzaba inspeccionando las celdas. Su aburrida amante de turno se hallaba a su lado. Ben se acercó a la puerta.

—¡Eh, «Wienerschnitzel»[1]!

Oberg se volvió.

—Eh, hombre, ¿por qué no nos lleva ya de una vez al otro bloque, con los prisioneros de guerra?

—¡Ajá, mis dos saboteadores ingleses!

—Pero, «Wienerschnitzel», si estamos aquí dos días más, nos convertiremos en tipos tan imbéciles como sus guardias.

—Ya entiendo, Herr Masterton. Estás cansado de criminales griegos, ¿no?

—De lo que tengo bastante es de vosotros. Salvad al mundo del comunismo, pero dejadnos en paz. No me gusta mucho la hospitalidad de esta casa, ésta es la verdad.

Por alguna curiosa razón, el coronel Oberg parecía sentir cierto afecto hacia el australiano. Una sonrisa entreabrió sus labios rígidos de prusiano.

—Y ya que está aquí, coronel, me gustaría saber qué ha sido de nuestro compañero.

—¿El judío?

—El soldado inglés.

—¡Pobre chico, Ben! ¡Pobre chico! Se puso mal, muy mal.

—Ya sé lo que ocurrió.

Oberg le miró enojado y luego suspiró con disgusto. Se volvió hacia el ordenanza.

—Que mañana lleven a Masterton y a su amigo a la Gestapo y luego les instalen en el ala de Prisioneros de guerra.

—Gracias, muchacho.

—Masterton —gimió el coronel—. Hágame un favor. La próxima vez que se fugue, haga que no le vuelvan a coger.

—Pero, Jay —dijo Ben—. No comprendo que quieras darle cien mil dracmas a Axiotis sólo por llevar una pequeña nota.

—Deja de hacer preguntas. Está decidido.

Ben gruñó.

—Pero tanto como cien mil dracmas…

Axiotis asintió. Embolsó tranquilamente el dinero. Jay le dijo que si había una nota a cambio, le daría otros cien mil. El mensaje estaba dirigido a Lazarus, el granjero de Chalandri, con instrucciones para que lo enviara inmediatamente a Lisa. Decía: «Helena: Estoy en Averof. Mañana me llevarán a la Gestapo para interrogarme. Vassili».

Capítulo V

El rostro de Heilser se endureció a medida que iba leyendo el mensaje. Se hallaba en un mal paso. Von Ribbentrop había escogido la peor ocasión para visitar Grecia. Los fugitivos ingleses andaban a sus anchas por todo el país y la resistencia aumentaba sus actividades de un día para otro. El número exacto de documentos que habían sido robados a los alemanes, se conocería el día en que éstos supieran qué había sido de Morrison y de su lista. Konrad Heilser estaba sentado literalmente sobre un barril de pólvora.

Se tragó una tableta sedante y se secó las sudadas sienes. Su antigua seguridad y autosatisfacción le había abandonado. Si pudiera por lo menos poner las manos sobre Morrison y conocer los nombres de la lista de Stergiou, podría desarticular a toda la resistencia y acabar con ella por los más radicales medios. Se balanceó en su silla, detrás de la gran mesa y se llevó a la boca otra tableta.

Zervos entró sin llamar. Sonrió a su atribulado amigo. Hiciera lo que hiciera la Gestapo, Zervos se hallaba entonces en buena posición.

—Konrad —dijo—, es hora de nuestra cita con Lisa.

Heilser hundió sus manos en un montón de papeles que llenaban la mesa.

—Vaya usted. El coronel Oberg ha llamado esta mañana desde Averof. Me manda a dos fugitivos ingleses para que los interrogue.

—¿Alguien de importancia?

—Aquel imbécil de Ben Masterton. ¡Ojalá consiguiera escapar de una vez!

—¿Y el otro?

Heilser miró distraídamente el informe preliminar.

—Neozelandés. Jay Linden, primera vez. No tenemos ninguna información acerca de él.

Zervos sonrió.

—Le daré recuerdos a Lisa.

Se dirigió a la puerta.

—Aguarde. Diga a Lisa que me vea en mis habitaciones del «Grande Bretagne» esta noche a las ocho.

—Es que…

—Haga lo que le digo.

—Muy bien, Konrad.

Heilser se apretó la frente con las manos. Le dolía la cabeza terriblemente.

—¡Masterton! ¡Linden! Venid con nosotros.

Varios guardias rodearon a los dos hombres tan pronto como salieron de la celda.

Mike y Ben fueron esposados con las manos a la espalda.

Caminaron a lo largo de un sombrío corredor. Los pasos de los guardias resonaban lúgubremente.

Después de una serie de puertas que eran abiertas con grandes precauciones, salieron al patio de la prisión.

Dos coches negros estaban aguardando.

—Tú, Linden, en el primero.

Mike se sentó entre dos agentes de la Gestapo vestidos con ropas de paisano. Un soldado armado se sentaba al lado del chófer.

Se cerraron las portezuelas y el coche se movió lentamente a través del patio. Las enormes puertas de la prisión se abrieron. Los coches aceleraron la marcha y aullaron las sirenas. Toda la circulación de la ciudad se detenía cuando sonaban las sirenas de los coches alemanes.

Sin embargo, cerca de la plaza de la Concordia, tuvieron que aminorar la marcha.

Mike fue arrojado de su asiento cuando el chófer frenó demasiado bruscamente. Un camión salía de la calle Patission en el mismo cruce con la Chalkokondili y se detuvo precisamente en las narices del coche.

El chófer apenas pudo frenar.

Todo ocurrió en cuestión de segundos.

Dos docenas de griegos armados salieron del camión y rodearon los dos coches. Los chóferes y los guardias fueron sacados afuera y desarmados y obligados a tenderse cara abajo sobre las aceras.

—¡Morrison! ¡Por aquí!

Michalis, con una metralleta al brazo, sacó a Mike del coche y lo empujó hacia el otro lado de la calle donde esperaba un coche. Michalis le metió dentro.

Ben Masterton corrió entre la muchedumbre de la plaza y gritó a Morrison:

—¡Hasta Berlín, camarada!

Mike miró desde el coche tan pronto como éste se puso en marcha y él adquirió cierta conciencia de que estaba ocurriendo algo. Vio que los coches alemanes eran volcados sobre la calle y los griegos se metían de nuevo en el camión, que echó a rodar en dirección opuesta a la que llevaba el coche en que viajaba Mike.

—¡Apresúrate, condenado, apresúrate! —gritó Michalis al chófer, con un vozarrón que seguramente tuvo que oírse desde Salónica.

Sonó el teléfono.

Heilser se levantó penosamente, medio atontado por los sedantes. Movió la cabeza y cogió el auricular.

—¿Sí?

—Konrad, soy Zervos. Estoy en casa de Anton.

—¿Y qué?

—Lisa no ha venido.

—¿Qué?

—Lo que digo. Lisa no ha venido.

—¿Por qué?

—¿Cómo voy a saberlo?

—¡Vuelva aquí inmediatamente!

—Muy bien.

Heilser no entendía lo que aquello significaba. Caminó hacia el lavabo y metió la cabeza en el agua fría. Notó que se despejaba un poco. Se secó la cara, encendió un cigarrillo y trató de ver claro lo de Lisa. ¿Por qué no había acudido a la cita?

Llamaron a la puerta. El camisa parda de guardia entró.

—Manolis Kyriakides quiere verle, señor.

Heilser se sorprendió. ¿Qué quería el marido de Lisa, precisamente en aquellos momentos? Quizá supiera algo.

—Mándelo entrar.

—Sí, señor.

Manolis Kyriakides fue introducido. En algún tiempo fue un hombre elegante, pero en aquellos momentos estaba aterrorizado. Podía haber tenido un porte atlético y digno, pero en aquellos instantes no era más que un hombre asustado. Sudaba a mares y se detuvo jadeando ante la mesa de Heilser.

—¿Bien?

—Herr… Herr…

—¿Qué ocurre? ¿Qué hay de su mujer?

—Los… los niños… han sido raptados.

Heilser se levantó y sacudió violentamente a Manolis. Le empujó hacia una butaca. Manolis temblaba.

—¡Explíquese!

—Deme agua… por favor…

—¡Explíquese, digo!

—Vinieron la noche pasada… Lisa los trajo. Una docena de individuos, mataron a los guardias y se llevaron a los niños.

Manolis cerró los ojos y comenzó a llorar.

—¡La noche pasada! —rugió Heilser—. ¿Y por qué diablos no me avisó inmediatamente?

—Me amenazaron… Me dijeron que… me matarían si decía algo antes de hoy…

Heilser abofeteó repetidamente a Manolis, que cayó al suelo llorando histéricamente.

—¡Guardias! ¡Mándenlo a Averof!

Heilser se sentó ante su mesa, irritado. ¡Colaboradores! ¡Valiente basura! ¿Por qué demonios tenían que fiarse de aquella basura para ganar la guerra? ¿De qué servía cuidarlos, sobornarlos, encanallarlos? Basura como Zervos o Manolis Kyriakides…

¿Por qué no querían colaborar los otros, los hombres de cuerpo entero, como Ioannis Rodites o Stergiou? ¿Por qué no hombres como Papa-Panos, el misterioso sacerdote, el valeroso Michalis o el fabulosamente valiente Thanassis?

¿Por qué debía estar continuamente rodeado por aquellos desperdicios?

Se abrió la puerta.

Zervos entró.

—Konrad —dijo—. Una mala noticia, Morrison estaba en Averof. Ha huido.

Capítulo VI

La bodega situada bajo el «Restaurante Gyni», en la plaza Armodiou, estaba completamente a oscuras. Mike y Lisa estaban en un rincón. Él se acercó más a ella y le acarició el cabello.

—Espero que lleguen pronto —dijo Lisa.

—Todo irá bien, cariño. Todo irá bien.

Mike recapituló los sucesos ocurridos últimamente. Cuando lo llevaban a las oficinas de la Gestapo, Michalis había organizado una audaz emboscada en plena calle y en pleno día. En pocos minutos Mike había pasado por tres coches diferentes, para despistar a sus posibles perseguidores. El último le había llevado hasta su actual refugio.

Lisa se lo había explicado todo. Papa-Panos había convencido a Michalis, Thanassis y al doctor Thackery para que dejaran en paz a Lisa, con la esperanza de que, a poco que le fuera posible, Mike se pondría en contacto con ella. Papa-Panos no se había equivocado. Axiotis, el viejo carcelero de Averof, había llevado la nota a Lazarus. En menos de una hora, el mensaje estuvo en manos de Lisa.

Entonces Lisa jugó sus propias cartas. Antes de dar la información a Michalis y Thanassis, pidió la libertad para sus hijos a cambio de noticias claras sobre el paradero de Morrison. En menos de una hora, fue llevado a cabo el raid en casa de Manolis y los niños fueron escondidos en la caseta del huerto de Chalandris.

Mike miró a los tres hombres que se le acercaron, con airados rostros, una vez estuvo en la bodega de Gyni. Estaban furiosos con él, por haberles obligado a organizar aquella descabellada emboscada en plena calle. Le pidieron que les diera la lista de Stergiou, pero Morrison puso como condición que Lisa y sus hijos pudieran abandonar Grecia con él.

Michalis, Thanassis y el doctor tuvieron que enfrentarse con el dilema de matarlos, después de tantos inútiles esfuerzos, perdiendo toda posibilidad de obtener la lista de Stergiou, o bien sacarlos a todos fuera de Grecia, a cambio de lo que fuera. Un trabajo casi imposible…

Se abrió la trampa de la bodega y un rayo de luz atravesó la oscuridad.

Mike distinguió la maciza forma de Michalis y la figura esbelta del doctor Thackery, dirigiéndose hacia él a través de los montones de barriles.

Apretó la mano de Lisa.

Fueron enfocados por la linterna. Los dos hombres se detuvieron ante ellos.

—Muy bien, Morrison —dijo el doctor—. Un submarino inglés les recogerá dentro de las próximas cuarenta y ocho horas.

—¿Y los niños? —preguntó Lisa.

—Seguros. Se les unirán a ustedes cuando abandonen Atenas.

—Si podemos salir de Atenas, claro —añadió el doctor—. Heilser ha hecho rodear estrechamente la ciudad, y todas las salidas están controladas. No creo que nadie pueda romper el bloqueo. Tienen ustedes un cincuenta por ciento de posibilidades, y tiene usted, Morrison cuarenta y ocho horas para pensar en la conveniencia de darnos la lista. Podríamos esconderles en las montañas. Piénselo.

—No, de ningún modo, doctor.

—Muy bien. Probaremos lo del submarino. Espero que les podamos sacar de Atenas.

—Espere un momento —dijo Mike—. Espere un momento. Se me ocurre una buena idea…

Julius Chesney tamborileó con los dedos encima de la mesa. Miró a Thanassis con aire de desconfianza.

—Esto es muy arriesgado.

—También yo me arriesgo —repuso Thanassis.

—Necesito pensarlo —concluyó Chesney.

—Sí o no. Deben marchar dentro de las cuarenta y ocho horas.

—Lo hace usted muy difícil, querido amigo. Si no fuera por el dinero que me puede producir…

—Por esto le he venido con esta propuesta. Sé que le gusta el dinero.

Julio Chesney hizo crujir sus nudillos y sonrió como tenía por costumbre, con una fea mueca.

—De acuerdo.

—Y me pertenece la mitad de lo que le den los alemanes —dijo Thanassis.

—De acuerdo —gruñó Chesney—. De acuerdo.

—Ésta es la información más reciente. Morrison y Lisa Kyriakides se hallan en Atenas. No sé dónde, ya que no he visto a Michalis desde la emboscada. Un submarino inglés les vendrá a buscar dentro de las próximas cuarenta y ocho horas.

Chesney gruñó.

Thanassis continuó:

—Le daré la ruta que seguirán desde Atenas y el lugar donde les esperará el submarino, tan pronto como lo sepa.

—¿Y cómo esperan sacarlos de Atenas?

—Éste es el problema, Mr. Chesney. Y no lo sabré hasta que no vea al doctor Thackery o a Michalis.

Chesney pensó en el dinero y sonrió nuevamente. Extendió su gruesa y fofa mano por encima de la mesa. Thanassis le miró un momento con desconfianza y luego le estrechó la mano.

—Recuerde que me pertenece la mitad del dinero.

—Diga, profesor, ¿por qué hace esto?

—Exactamente porque no veo que me quede otra salida.

—Bien. Espero que encontrará la puerta. No me levanto. El corazón, ¿sabe?

Los ojos de Chesney siguieron a Thanassis mientras el intelectual se dirigía a la puerta. Se levantó y se acercó al teléfono. Buscó un número y lo marcó con ayuda de un lápiz, pues sus dedos no pasaban por los agujeros del dial.

—¡Aló…!

—¡Aló…!

—¿Konrad?

—Sí.

—Aquí, Chesney. Julio Chesney.

—¿Qué hay?

—¿Podéis tú y Zervos venir cualquier momento a mi casa?

—¿A esta hora, Julio?

—Es algo referente a un amigo mutuo, un americano. Creo que…

—Estamos ahí en seguida.

—Bien. Y una cosa, Konrad, querido amigo. Trae contigo el talonario de cheques.

Chesney estudió el preocupado rostro de Konrad Heilser. Normalmente, el alemán era la misma imagen de la satisfacción, pero en aquellos momentos se hallaba cansado y decaído visiblemente. Zervos, el escaparate ambulante de diamantes, se sentaba a su lado.

—¿Algo para beber?

—Whisky doble —dijo Heilser.

—Sí —asintió Zervos.

Chesney se dirigió al mueble bar.

—Bien. Konrad. Lo que voy a decirte es de un gran interés.

—Abrevia. Si sabes algo acerca de Morrison, dilo de una vez.

—Naturalmente que sé algo. Sé mucho. Mucho más de lo que tú sabes. Estoy a punto de obtener información completa. Te la cambio por cincuenta millones de dracmas. Ni un céntimo menos.

—¡Cincuenta millones! Tú estás loco.

—No lo estoy. Ya sabes que no. Y ya sabes que soy capaz de vender incluso la Acrópolis.

—Pero cincuenta millones es una cantidad exorbitante.

—Entonces, amigos, no perdamos más el tiempo. Me marcho a dormir. Espero que encontraréis la puerta.

Heilser movió la cabeza. De nuevo aquella basura. Todo se vendía y todo se compraba. Pero cincuenta millones equivalía a todo lo que había reunido en Grecia.

Pensó que haría pagar la mitad a Zervos y luego trataría de que Chesney no saliera vivo de Grecia. Miró a Zervos. El gordo carraspeó.

—Juega muy alto, pero no tenemos otra salida, Konrad.

—Muy bien —murmuró Heilser—. ¿Dónde está?

Chesney levantó la mano.

—¡Oh, no tan de prisa, amigo! Cablegrafía a mi Banco en la Argentina. Tan pronto como reciba la confirmación del depósito…

—¡Cerdo!

Chesney sonrió e hizo crujir los nudillos. Cogió una aceituna de un plato situado encima de la mesa.

—Y debes moverte de prisa, mi querido amigo. Un submarino inglés le recogerá dentro de menos de cuarenta y ocho horas. Y como propina añado aún a Lisa Kyriakides y sus hijos, sin que te cueste ni un céntimo más, Konrad.

—Recibirás la confirmación de mi depósito mañana al mediodía.

Zervos preguntó:

—¿Por qué demonios lleva usted el dinero a la Argentina?

—Sencillamente, Mr. Zervos —repuso Chesney—. No confío en absoluto en tipos como usted. Confío en Heilser, pero no en usted. Y opino sinceramente, como corresponsal de guerra un poco experimentado, que Alemania va a perder esta guerra.

Se tragó una aceituna.

Capítulo VII

Papa-Panos sostuvo una vacilante vela. Mike, el doctor Thackery y Michalis, formaban un apretado círculo. Thanassis estaba unos pasos más lejos, apoyado en un pellejo de vino.

—Poned los relojes en hora —dijo el doctor Thackery—. Son las doce en punto.

Se esforzaron por afirmar la vista en la relativa claridad.

—Oscurecerá a las siete y diez —prosiguió Thackery—. A las siete y treinta comenzaremos a salir de Atenas. A las ocho y quince debemos alcanzar Chalandri y recoger a los niños. De Chalandri debemos salir en dirección a la costa. Viajaremos por carreteras secundarias y a poca velocidad.

Desplegó un mapa y lo situó en el suelo. Todos se arrodillaron y se inclinaron sobre él. Thanassis miró por encima del hombro de Lisa. El doctor trazó una línea con el lápiz.

—Al llegar aquí, seguiremos a pie. Encontrarán a un hombre que les llevará hasta la cueva. Se llama Meletis. Tardarán en alcanzar el golfo, aproximadamente una hora, a las diez y media, más o menos.

El doctor dibujó una X en el mapa.

—Éste es el sitio. Una cala muy escondida. Habrá un centinela con una buena luz. Un poco antes de medianoche hará una triple señal al submarino. Esta señal será emitida cada cinco minutos hasta que aparezca el submarino y conteste a ella. Les llevarán a bordo en botes de caucho. ¿Todo claro?

Todos asintieron.

—¿Dónde va, Thanassis? —preguntó Michalis.

—Debo salir.

—¿Todo está preparado?

—En lo que a mí se refiere, sí.

Encendió su linterna de bolsillo y atravesó la bodega, saliendo afuera y cerrando la trampa tras de sí.

—Procede de un modo muy raro algunas veces —comentó el doctor—. Deben de ser los nervios.

—Todos estamos nerviosos —repuso Mike.

El doctor dobló el mapa y se levantó. Papa-Panos apagó la vela y la bodega quedó sumida en la oscuridad. Lisa se apretó contra Mike y cerró los ojos.

—Todo va bien, querida. Pronto acabará todo.

—No creo aún que tengamos la suerte de sacarlos de Atenas —dijo Michalis.

—No es cuestión de suerte —repuso el doctor—. Debemos hacer algo para conseguirlo. Es cuestión de tiempo y que la Gestapo no ponga sus manos en el asunto.

Thanassis había perdido mucho de su tranquilidad de intelectual puro.

—Me dijo que me corresponderían veinticinco millones de dracmas.

—Querido amigo —repuso Chesney—. Veinte millones es todo lo que he podido conseguir de Heilser. Quedamos que iríamos a medias. Aquí tiene sus diez millones.

Thanassis contó los diez millones de dracmas. No le quedaba otro remedio que aceptar, y, aunque le constaba que Chesney le había engañado, no podía evitarlo. Se puso el dinero en el bolsillo.

—Bien. He aquí los detalles.

Chesney dijo:

—Estaré con usted en la costa, por la noche.

—¡Ah, Konrad! ¡Hola, Zervos! He llegado en buena hora, ¿eh?

—La información. No pierdas tiempo —dijo Heilser—. ¿La tienes?

—Naturalmente que la tengo. Gracias por la rápida transferencia del dinero. ¿Algo de beber?

Heilser estaba ya en el bar y se llenaba un vaso de whisky. Le temblaba la mano. Bebió de un solo trago y el whisky le manchó la camisa.

Chesney extendió un mapa de la provincia de Atica-Beocia y lo situó en el bar.

—Morrison y Lisa saldrán de Atenas a las siete y media de esta tarde.

—¿Dónde están?

—Parece que cada hora cambian de escondrijo, de modo que nadie lo sabe con certeza.

—Chesney continuó:

—También parece que han marcado media docena de posibles salidas de la ciudad, de modo que no puedo especificar este detalle.

—Adelante.

—Lo que sé es lo siguiente: un submarino les esperará en este lugar exacto. A las siete y media saldrán de Atenas. A las ocho y cuarto recogerán a los niños de Lisa, que están escondidos en alguna parte, en los suburbios de Atenas. De allí irán en coche a Marathon.

Chesney trazó una línea con lápiz que unía este lugar con la ciudad de Nea Makri y un punto situado más el Norte, hacia Soros. Se detuvo en una zona de bosque espeso, sobre la costa.

—Éste es el lugar. Llegarán aquí cinco minutos antes de medianoche, acercándose por la parte Sur.

Heilser estudió el mapa durante un rato. Se volvió a Zervos.

—¿Conoce esta zona?

—Sí. Muy bien escogida. Aislada, con muchas cuevas, mar tranquilo y un buen bosque a retaguardia. Sin ninguna ciudad ni campamento en muchos kilómetros a la redonda.

—A medianoche —siguió Chesney—, un centinela estará sobre los acantilados y hará señales al submarino.

Heilser paseaba nerviosamente por la estancia.

—Debemos triplicar el cordón de seguridad en torno a Atenas, y movilizaré un batallón a lo largo de la ruta que van a seguir. Otra compañía cubrirá el lugar de la cita…

—Un momento, un momento, mi querido amigo —le interrumpió Chesney—. No corras tanto. Tú me has dado cincuenta millones de dracmas por esta información. No me gustaría que se te escapara Morrison de las manos.

—¿Qué quieres decir?

—Estás subestimando a tus enemigos. Los hombres de la resistencia tienen un buen servicio de información en todas las carreteras que salen de Atenas y un hombre precederá a la partida para explorar la ruta. Basta el más pequeño indicio de que las cosas han variado, para que sigan otro camino o sencillamente vuelvan a su escondite a esperar mejor ocasión. En el mismo momento en que comiences a cubrir de tropas cualquier zona situada en un radio de cien kilómetros de Atenas, ellos lo sabrán y se te escaparán de las manos.

—Esto es de sentido común, Konrad —advirtió Zervos.

—No podemos provocar su alarma. Tú sabes tan bien como yo, que Morrison puede permanecer indefinidamente escondido en Atenas, durante quince años, si fuera preciso. Incluso en este caso, la lista de Stergiou pasará a otras manos y llegará a su destino. Hasta ahora, Morrison ha rehusado entregarla.

El alemán estaba claramente enojado consigo mismo. Desde luego, debía reconocer que movilizando cinco mil hombres para coger a uno solo, lo más seguro era que ni siquiera pudiera atraparlo. Un movimiento de tropas fuera de lo corriente, serviría tan sólo para meter otra vez a Morrison en su escondrijo. Chesney tenía razón al decir que tenía muy pocas probabilidades de encontrarle si se ocultaba en la ciudad.

—Muy bien. ¿Qué sugieres, pues?

—Sal inmediatamente de Atenas, llega a Marathon por el Sur, y evita la ruta que ellos deben seguir. Fíltrate en la zona fijada con veinte o treinta hombres bien armados y espera el desarrollo de los acontecimientos.

Heilser estudió nuevamente el mapa. Miró a Zervos y éste le hizo una señal de asentimiento.

—Muy bien. Salimos ahora mismo. Zervos, que despejen las salidas de la ciudad. Y reúna a treinta de nuestros mejores hombres. Dentro de una hora salimos hasta el

norte de Marathon y allí esperaremos a que oscurezca. Entonces, iremos al lugar de la cita.

—Ahora hablas con sensatez —dijo Chesney.

—Otra cosa —añadió Heilser.

—¿Qué?

—¿Vienes con nosotros, Chesney?

—Desde luego, querido amigo. No me quiero perder la escena por nada del mundo.

Capítulo VIII

Las seis de la tarde.

Lisa se hallaba terriblemente emocionada por las últimas noticias.

—Ya sé que no era bueno —susurró—, pero era mi marido. Quizás hubiera podido ayudarle. Desde hace años estaba enfermo. Estaba enfermo de ambición.

—No te acuses a ti misma, querida.

—Manolis muerto, fusilado por los alemanes en Averof… ¿Es que esto no va a acabar nunca, Mike? ¿No acabará nunca?

El tiempo pasaba con su indiferencia acostumbrada.

Las seis y media.

—Te gustará San Francisco, Lisa.

—No me dejes, Mike, no me dejes. Tengo mucho miedo.

—Saldremos pronto de todo esto, cariño, ya lo verás.

Las seis y cuarenta y cinco.

—Comienza a oscurecer —dijo Papa-Panos—. Estarán aquí dentro de pocos minutos.

—«Panagia, Panagia…» —susurró Lisa, con los ojos cerrados—. «Panagia», Madre de Dios…

Las siete.

Mike trató de calmar los nervios fumando una pipa. Probó su pistola. Lisa probó la suya.

Se abrió la trampa. Bajó el doctor Thackery. Les iluminó con su linterna.

—Todo a punto —dijo.

—¿Dónde está Thanassis?

—Ha salido para ir delante.

—¿Está tranquilo el camino?

—Despejado.

—Papa-Panos —dijo Lisa—. ¿Rezará por mí?

—Sí, hija mía.

Las siete y quince.

Los cuatro hombres permanecían en tenso silencio. Podían oír encima de ellos los

pasos de los que comenzaban a acudir al restaurante de Gyni. Podían oír el latido del corazón de los cuatro.

Las siete y veinticinco.

Se abrió la trampa.

Michalis bajó.

—El coche está a punto.

Mike cogió a Lisa por la mano.

—Dios os ayude —dijo Papa-Panos.

—Vamos, vamos —urgió Michalis.

—Un momento —dijo el doctor.

Dio unas tabletas a Mike y a Lisa.

—Si algo marchara mal, se las tragan.

—¿Qué es?

—Cianuro.

Marathon permanecía en calma a la luz de la luna. Había una cueva arenosa y una pared rocosa encima. Un sendero rocoso conducía a la playa. Más allá de las rocas comenzaba el espeso bosque.

Eran las once.

Julio Chesney y Zervos, los dos gordos, jadeaban a causa de la caminata a través del bosque.

El oficial se dirigió a Heilser en demanda de órdenes.

—Extienda a sus hombres por el acantilado, dominando la cueva —murmuró Heilser—. Y no se mueva nadie hasta que yo lo mande.

El capitán saludó y se fue. Susurró las órdenes y sus hombres se dispersaron entre las rocas, el bosque y la maleza. Formaron un anillo en torno a la cueva, con las armas preparadas.

Heilser, Chesney y Zervos subieron a un pequeño montículo desde el que se dominaba toda la zona.

—Todo marcha bien —susurró Chesney—. Estoy seguro de que nadie nos ha descubierto. Deben venir —añadió señalando un lugar concreto con el dedo— por esa parte. Podemos descansar. Nos queda una hora.

El coche se detuvo en la polvorienta carretera. Un individuo corrió hacia él.

—¿Dónde están? —preguntó el chófer.

—Los dos niños en la trasera. El hombre y la mujer, en el camión —repuso Ketty,

la antigua conocida de Mike.

El hombre abrió la puerta del camión y ayudó a Mike y a Lisa a bajar. Ketty trajo a los niños, que corrieron hacia su madre.

—Soy Meletis —dijo el hombre—. Debo llevarles al lugar convenido.

Mike y Lisa le dieron la mano.

—¿Todo dispuesto?

—Sí. Un momento y salimos.

Mike se dirigió a Ketty.

—Le estaremos siempre agradecidos.

—No tiene importancia. Todo por los ingleses. Me alegro de haberles podido ayudar.

—Vamos —dijo Meletis—. Tenemos una hora de camino y no hay tiempo para despedidas. ¿Tuvo dificultades por el camino, Ketty?

—Un control, pero tengo un salvoconducto extendido por el propio Herr Heilser, así que…

—Adiós, Ketty.

—Adiós, mi soldado inglés.

—Volveremos a Grecia algún día, pero con todo un Ejército, y esta vez no nos echarán al mar.

La besó en la mejilla y se puso a caminar junto a Meletis, Lisa y los niños, en dirección al litoral.

Las doce menos cinco.

El capitán alemán reconoció a sus hombres y fue a informar a Heilser de que todo estaba a punto. Todos los ojos estaban fijos en el extremo meridional de la caleta. Lo único que podía oírse era el ir y venir de las olas sobre la arena y el rumor de las hojas de los árboles agitadas por la brisa.

—Pero ¿dónde están?

—Un momento aún.

Pasó un minuto… otro… otro.

Chesney señaló a Heilser una luz que se encendió tres veces seguidas en la próxima colina, muy cerca de ellos. Otra luz contestó del mismo modo en dirección al mar. El corazón de Heilser comenzó a latir.

—Ésta es la señal —dijo Chesney—. A la próxima, todo estará a punto.

Un liviano rumor de pasos se oyó en el bosque, a sus espaldas.

—Ya llegan —murmuró Chesney.

Estuvo mirando su reloj durante cinco minutos, hasta que la doble señal se repitió tres veces más.

Chesney se levantó y dijo:

—Bien, Konrad, el juego terminó.

Heilser le miró, absolutamente sorprendido y confuso.

—Bien, mi querido amigo. Realmente hay un submarino, pero se halla a cien kilómetros de aquí, en la parte opuesta de Grecia. Me olvidé de este insignificante detalle. Si mis cálculos son exactos, en estos momentos Lisa Kyriakides y Mr. Morrison deben de estar subiendo a bordo.

—¡Detenedle! —gritó Heilser—. ¡Detenedle!

—No corras tanto, amigo mío. Esta señal que acabas de ver, significa que doscientos guerrilleros han tomado posiciones en el bosque. Guerrillas, creo que llamáis a esto. La segunda señal nos ha indicado que tus hombres se han rendido.

Llegó jadeante el oficial.

—¡Herr Heilser, estamos rodeados!

—Ordene a sus hombres que tiren las armas, capitán. La resistencia sería inútil. No quiero morir como mártir griego y cualquier ofensa hecha a mí o a mi amigo Thanassis —dijo Chesney—, provocaría gravísimas represalias.

Heilser miró en tomo suyo. Los fusiles de los guerrilleros griegos brillaban en todas partes, detrás de cada árbol. Miró la desierta caleta. Tenía la cara blanca y demudada, y los labios inyectados en sangre.

—Rinda la fuerza —ordenó al oficial—. No hay otra salida.

—Eso es —apoyó Chesney.

—Te costará muy caro, Chesney.

—No lo creo. Cuando encuentren tu cadáver, yo pienso estar cómodamente sentado en el bar del «Club de la Prensa», en Londres, tomando un Martini. Ya sabes, Konrad, que has mantenido en el mayor secreto tus movimientos. No puedes quejarte de mis consejos. De este modo, nadie sabe dónde diablos te encuentras ahora.

Zervos se echó a los pies de Chesney. Le salían los ojos de la cara, como a un loco.

—Julio —lloriqueó—, soy rico. Te daré lo que me pidas. Cincuenta millones, cien, doscientos. ¡Por piedad! ¡Por piedad!

Sonó un tiro y Zervos rodó sobre sí mismo. Heilser alargó su pistola a Chesney.

—¡Colaboradores! —escupió—. Basura. No puedo perdonar a un hombre que traiciona a su país. Te juzgué mal, Julio. Hubiera tenido que comprender que por desalmado que fueras, no lo eras tanto como para vender a tu país.

—Amigo —dijo Chesney arrojando la pistola al suelo—. Estas cosas me ponen extremadamente nervioso.

—Te ahorraré el espectáculo de Zervos. Moriré tranquilamente.

—No creas que obré por patriotismo. Digamos que por conciencia, por humanidad. ¿Me entiendes?

Thanassis se acercó a ellos.

—Tenemos rodeados a los alemanes y hemos cogido sus armas. Terminemos de una vez.

—Entonces —preguntó Heilser—, ¿éste es el fin?

—No nos queda otro remedio.

Konrad Heilser caminó lentamente hasta llegar a un tocón. Se sentó encima y encendió un cigarrillo. Chesney rogó a Thanassis que aguardara unos instantes. Se acercó al alemán. Heilser estaba tranquilo. Había perdido el juego y aceptaba las consecuencias.

—Dime una cosa, Julio, ¿cómo lo habéis hecho?

—Un plan muy ingenioso, lo reconozco. La resistencia se hallaba enfrentada con un grave problema. Sacar a Lisa y a Morrison de Atenas sin llamar la atención y con el mayor sigilo. Thanassis me vino a ver con la idea de aprovecharme. Sabía que me gustaba el dinero. Pero no hasta este punto. Todo tiene un límite. Así que, amigo Konrad, puedo decirte que has prestado un enorme servicio a la resistencia griega.

—Y además he financiado la partida…

Chesney sonrió.

—Sigue siendo buen chico y no le digas a Thanassis que me diste cincuenta millones. Le he dado tan sólo diez y sé que va a gastarlos inmediatamente comprando armas para sus amigos de la resistencia.

—Debemos marchar —dijo Thanassis.

—Un momento. Tú sabes, Konrad, que incluso en el caso de que hubieras cogido a Morrison y hubieras conseguido la lista, las cosas hubieran venido a acabar de modo parecido. No estás en el buen camino. No estáis en el camino adecuado. Podéis atraer a hombres como Zervos, toda esta basura de que hablas, pero no a los demás. De vez en cuando surgen aficionados como Morrison o Lisa, llenos de miedo, inexpertos en vuestras artes, pero, precisamente por esto, llegan a alcanzar lo que se proponen. Desgraciadamente para granujas como nosotros dos, Konrad, existen en el mundo demasiados hombres y mujeres como éstos. Al final nos vencerán siempre.

—De acuerdo —dijo Heilser en voz baja—. Estoy dispuesto. Amanecer.

El submarino subió a la superficie.

Lisa salió a cubierta, con sus hijos al lado. Michael Morrison escritor americano de segunda clase, aficionado en el campo de la intriga internacional y el espionaje, estaba a su lado. Le acarició suavemente el hombro cuando la línea del litoral del norte de África apareció en el horizonte, ante sus ojos.



LEON URIS (Baltimore, 3 de agosto de 1924 - 21 de junio de 2003). Novelista estadounidense, creador de una literatura convencional y ligera, muy seguido por el gran público. Hijo de inmigrantes polacos judíos, estudió en su ciudad natal y en Virginia, pero sus problemas con el inglés, le hicieron abandonar sus estudios, alistándose con diecisiete años en los Marines, y participando en la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico.

Finalizada la contienda trabajó como chofer pero, a partir de 1950 ya se dedicó por completo a la literatura. Su primera novela publicada, *Battle Cry* (1953), fue muy bien recibida y se utilizó para una película para la que él escribió el guión.

Sus siguientes novelas que, por lo general tenían como tema la guerra, también fueron exitosas. Pero fue con *Éxodo* (1958), novela escrita por encargo y también llevada al cine, con la que alcanzó renombre internacional.

Después de la exhibición del film llegaron a venderse veinte millones de ejemplares del libro que, sin duda, contribuyó a la causa sionista, ya que es la historia de los judíos que emigran de todas partes del mundo para ir a fundar el estado de Israel. Otros títulos destacados de su obra son: *Mila 18* (1961), *Topaz* (1967), *QB VII* (1970) y *Redención* (1995).

Notas

[1] Rueda de ternera <<